

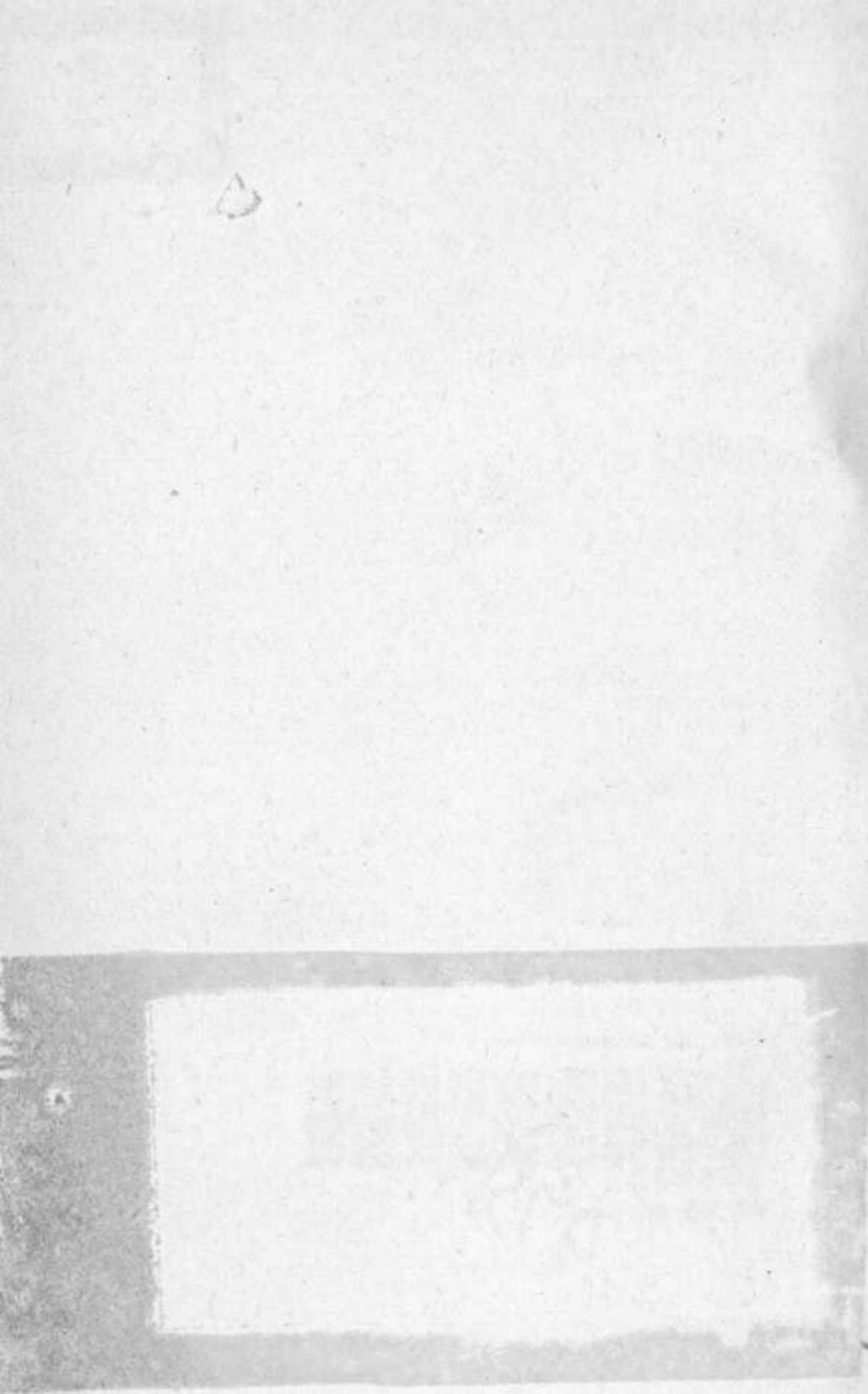
S. S
6-7

B.P. de Soria



61049357

SS 929 ARA dem



**DE MI INICIACION POLITICA
Y LITERARIA**

R. 4. 478

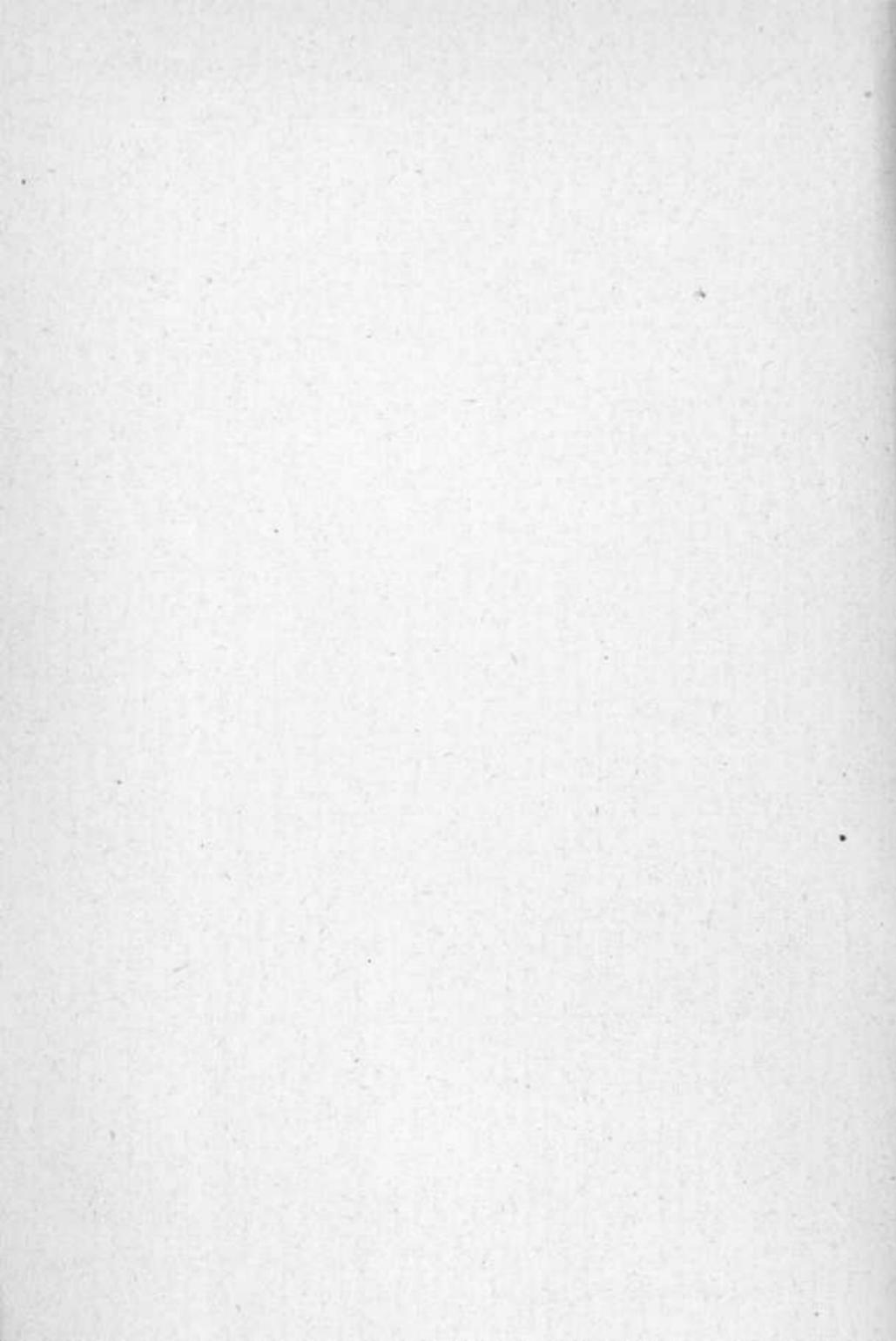
55.
29

JUAN ARAGON Y MARTINEZ

*De mi iniciación
política y literaria*



MADRID
IMPRESA DE JUAN PUEYO
MESONERO ROMANOS, 34
1915



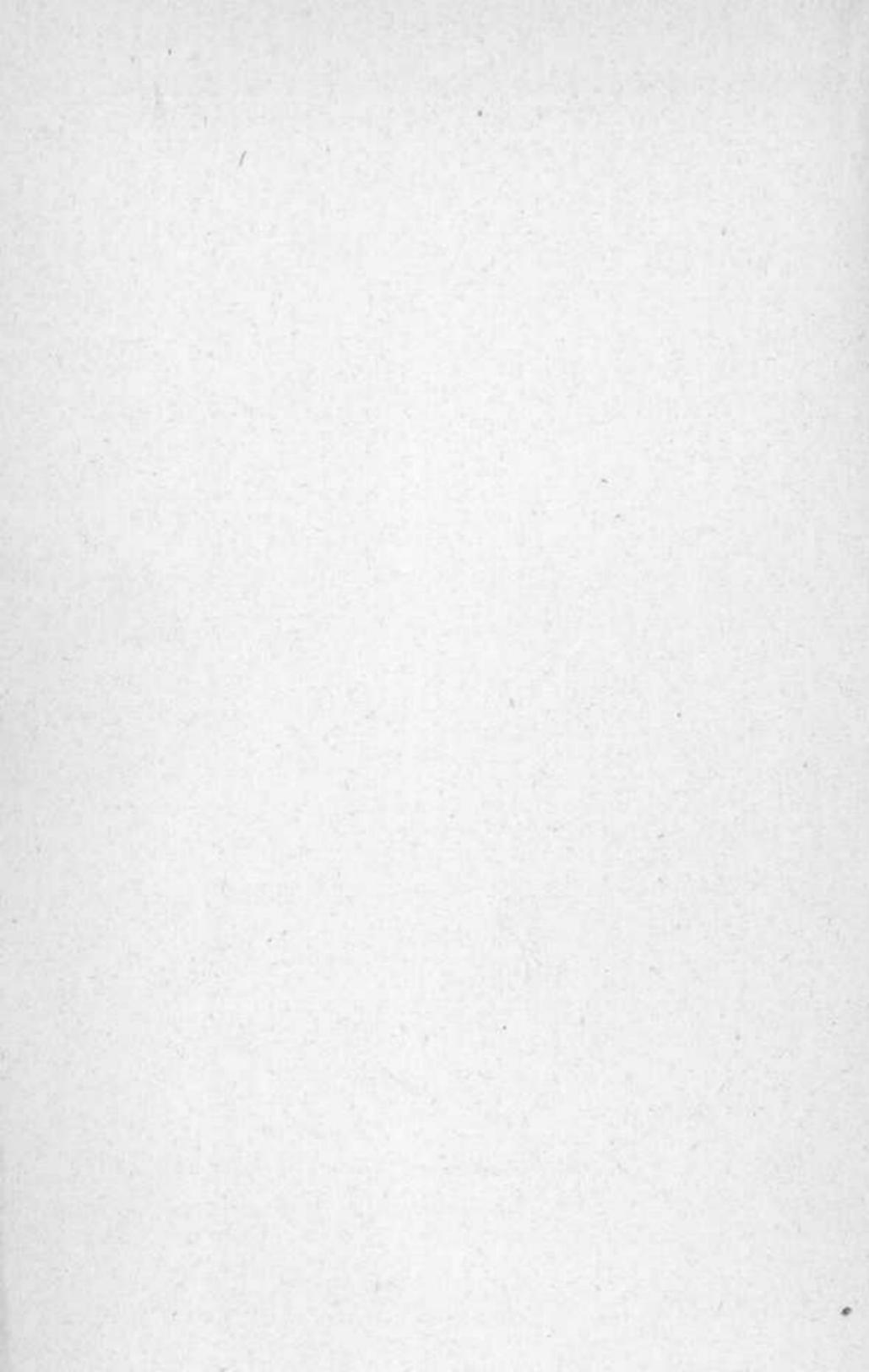
A

DON MIGUEL MOYA

CON EL MAYOR AFECTO

EL AUTOR.

PRÓLOGO





PRÓLOGO

Ha transcurrido un tiempo como de dos años desde que conocí á D. Juan Aragón y Martínez.

Me anunció un día su visita el prestigioso senador, mi querido amigo D. José de Parres y Sobrino, y poco tiempo después honraba mi casa un joven distinguido, con tipo de *sportman*, de maneras afables, jovial, correcto y de una ingénita campechanía. Conversamos y, al poco rato, había aumentado nuestra simpatía cordial. De esa simpatía—el gran vínculo de las almas—derivó en seguida la mutua confianza. Me había yo formado *à priori*, é imaginativamente, claro está, un concepto distinto á como realmente es, de la personalidad de Juan Aragón.

Yo sabía de él que era hijo de un señor muy

rico, de D. Julián Aragón, un hombre de verdadero talento financiero que, á fuerza de ese talento y de su genio emprendedor y de su asombrosa actividad para los negocios, consiguió fortuna en el comercio de Veracruz, y luego vino á España para acrecentarla en diferentes empresas, fiadas todas ellas á los mismos propios impulsos que en tierras mexicanas le dieron nombradía y una fuerza que aquí, como allá, garantizaron el trabajo y un gran golpe de vista para los negocios industriales y bancarios.

Apenas si sabía otra cosa ni tenía otros datos del que poco tiempo después había de ser mi amigo entrañable. Conocía también su propósito de presentarse candidato á la diputación á Cortes por esta su patria chica, con motivo de la renuncia que del acta había hecho el actual diputado á Cortes por Soria, señor Vizconde de Eza, en aquella marejada traída al partido conservador histórico español por la renuncia que de su jefatura había hecho el insigne hombre público D. Antonio Maura.

De tal modo me había yo figurado á Juan Aragón un joven un poco frívolo, lleno de es-

peranzas para un porvenir, que podía mirar tranquilo teniendo la conciencia de una posición económica envidiable. Debo declarar en este lugar que no soy de los hombres que dan al dinero más que un valor material, muy cómodo para quien lo disfruta; pero no concibo que su posesión pueda tener sino una relativa trascendencia social. No obstante este criterio personalísimo, he tenido en mi vida de trabajo y de lucha mil ocasiones que han llevado á mi ánimo la persuasión de que el dinero es un poderoso estimulante de las actividades humanas y el oráculo al que rinden extraña, pero certísima pleitesía, todos los egoísmos. Y el mundo, por encima de todas las escuelas filosóficas y por sobre todos los apostolados, á mí no me parece otra cosa que una enorme y brutal acumulación de egoísmos.

Transcurrida una hora de mi primera conversación, tuve que modificar mis juicios *apriorísticos* respecto de él. Se trata de un joven sencillo, de un hombre que no se acuerda en nada ni para nada que represente alarde de su posición económica, y que piensa en ella para derivarla hacia obras buenas, de altruísmo—que en realidad no puede existir más que

en los mimados de la fortuna—de abnegación y desinterés.

Los títulos de su futura y de su presente fortuna material puede ostentarlos el Sr. Aragón como amasados en la honradez y acrisolados en actividades hereditarias, que serán siempre el blasón de una familia en la que hubo un hombre capaz de inriquecerse con su trabajo y de enriquecer á otros muchos ayudados de su propio esfuerzo. Si bien se mira, atendida la psicología peculiar de los habitantes de la tierra de Soria, de esta tierra tan elevada, tan olvidada é indiscutiblemente pobre, en esa legión de hombres que de aquí salieron para trabajar y para luchar en tierras americanas, está la afirmación más potente y fuerte de una raza que tiene indudables virtudes en el contraste de la economía social, y que posee como defectos una tibieza espiritual, una modestia exagerada y una resignación para sus propios dolores, que tiene que desechar para que estos campos de la antigua Castilla, inmortalizados por ese mago admirable de la lírica contemporánea española que se llama Antonio Machado, y cien veces venerables por la evocación de sus recuerdos—

que son los de un héroe en cada piedra y de una historia en cada héroe—obtengan, no ya el respeto y la protección que demandan, sino la atención que merecen.

La obra artística de Machado, el gran *sentidor* de su poesía, extraña y penetrante como el aroma de sus frescas umbrías y enérgica como el oro que el sol refleja en sus solanas, necesita el hombre ó los hombres *complementarios* que impongan, así que *sepan imponer* el respeto á esta meseta y á sus hijos laboriosos como hormigas, silenciosos é inteligentes, de un silencio un poco montaraz en sus pobladores rurales y de una inteligencia que podría dar grandes frutos con algo más de osadía y de voluntad, para acelerar la retirada de bastantes rutinas y hacerse el convencimiento de crear más riqueza, que puede ser creada, y sobre todo, de emprender una obra de renovación en las tradiciones políticas que son quietismo y que representan, como en el resto de España, el predominio de distintas oligarquías, disimuladas pudorosamente unas veces, encubiertas con banderines (distintas otras, pero todas, y siempre apercebidas á la mutua defensa de sus intereses. Y cuenta le c-

tor, que Soria, *que es España*, y cuyos habitantes tienen inconvenientes comunes á todos sus connacionales, es una región que posee el privilegio—aparte los de Numancia y los de sus pinares, y sus joyas de Arte—de no sentirse apenas en su ambiente los efectos de esa plaga siniestra y vergonzosa que se llama caciquismo.

Pero la pluma, y un impulso interno demasiado espontáneo, me han llevado á divagaciones no del todo propias de este trabajo. Hay que volver, pues, al prólogo y al Sr. Aragón.

Y dando de mano á una labor detallista que carecería, además, de interés para quien tenga la bondad de leernos, diremos que muy pronto nos pudimos convencer de que D. Juan Aragón era un hombre serio, bueno, y sobradamente capaz para preocuparse de cosas trascendentales. A su sencillez se une una gran espontaneidad para juzgar y un intenso conocimiento de la vida y de los hombres.

Esto último se comprende fácilmente si tenemos en cuenta que el Sr. Aragón ha vivido mucho la vida de los de arriba y, estando en su escala, descendió frecuentemente de ella para conocer la vida de los de enmedio y la

de los de abajo. Y los hombres, todos los hombres, no necesitan para su propia vida más que estudiar la vida de los otros y obtener de ella las enseñanzas necesarias. La vida es el gran libro donde el hombre puede aprender los conocimientos de mayor provecho para sí propio y para sus semejantes. ¡La vida, la vida!... Permíteme, amigo lector, que comprima una ironía amarga, que si destilara por los puntos de la pluma sería justiciera para muchos desengaños y eternamente cruel para no pocas decepciones. Tengo que cumplir el encargo honroso de un íntimo amigo que quiso encomendar á la amistad sincera, eso sí, lo que pudieron hacer con mucha holgura plumas de escritores muy doctos y de talento, y no quiero dejar en este modesto trabajo mío, hecho en circunstancias tristes y penosas, ni el más leve rasgo de pesimismo. Para pesimismos nos dejó ya bastantes Schopenhauer —aunque pedantes, según Unamuno— y yo, obrero infatigable que he tomado por instrumento de trabajo la misérrima y mal remunerada pluma, herramienta que por otra parte está al alcance de todas las manos, no quiero contar á nadie, por ahora, mis pesimismos que



nacen de una fuente optimista á todo evento, porque optimismo, aun nacido del pesimismo, que puede nacer, es energía, es confianza y es voluntad; es, en fin, la *eclosión* del convencimiento de que aquí, en este pobre y miserable y, ahora tan ensangrentado planeta, debemos luchar todos, y vencer todos los que sepan luchar. Todo es cuestión de tiempo y de algo más que paciencia.

Y ahora sí que he venido, como *traído de la mano*, á tratar un punto que quiero dejar bien sentado en este trabajillo. Ignoro si á Juan Aragón le perjudica el ser rico. A mí me parece que no, porque además de su riqueza material, posee un fuerte caudal espiritual. Es digno, pues, de ser rico. Me parece también que en ese respecto es un *predestinado*; si no nace rico, se hubiera hecho, y no me cabe duda, por más que sé que no tendré 1.000 pesetas de sobra nunca, que si uno se hace rico es por algo. Puede serlo por suerte loca, por privaciones grandes y prolongadas (esta clase de ricos, *relativos en todo caso*, son siempre pobres), por otras muchas causas, y, la principal, por inteligencia para hacerse hombre de posición económica. Yo he escrito, y he dicho muchas ve-

ces, que el principio fundamental de todas las libertades individuales y colectivas está en la libertad económica. Es difícil, indudablemente, en muchos casos, conquistar esa libertad.

Las leyes económicas que actualmente rigen en el mundo,—y nada hay extraño á la Economía—necesitaban una honda transformación hacia la justicia verdadera y enderezarlas á una verdadera equidad social. No puede dejar de haber en muchos siglos la minoría de los poderosos y la legión inmensa que forma el pauperismo. Que no crea nadie que yo pienso en distribución de fortunas para los pobres, ni que comparto muchas utopías que ahora más que nunca, por obra de esa cruenta y cruel guerra europea, mirada en un aspecto que suelen olvidar muchos de sus comentaristas, se han hecho completamente ilusorias. Para mí hay muchas riquezas legítimamente adquiridas, pero es justo y es humano el pensar en un estado social más perfecto, de una *civilización* más eficaz que la presente, declarada en bancarrota sobre los campos de Flandes y alrededor de los lagos masurianos.

El radical principio de aquel gran econo-

mista inglés que se llamó Stuart Mill, podría ser convertido en este postulado social-económico: todo hombre que *sabe trabajar*, tiene derecho á vivir bien. En consecuencia, habría que educar al inepto, ú obligarle á que eligiese el oficio para el que pudiera capacitarse. Al holgazán habría que obligarle á trabajar, de grado ó por fuerza. Con la aplicación de esta fórmula, cuya enunciación está al alcance de cualquier mortal, quedaría resuelta una gran parte de los problemas sociales que hoy producen preocupación en muchos espíritus, pavor en otros muchos ánimos, y pena y tristeza en innumerables corazones.

El Sr. Aragón puede mirar con confianza cualquier transformación en los principios económico-sociales. Y esa confianza depende, principalmente, de sus cualidades personales. Un hombre de su condición, que experimenta la *preocupación por el trabajo*, está capacitado para todo. ¿No veis en este mismo libro una prueba palmaria de ese aserto? Podría vivir una vida de frivolidades, apartada en absoluto de todo intento de actos ajenos á sus propios negocios, á la *quietud paradisiaca* de rentista, y, sin embargo, quiere ingresar en política

bien seguro de que ella no habrá de proporcionarle otra cosa que molestias y preocupaciones impensadas, y dispendios, y algún que otro disgusto sin ningún provecho positivo, y no contento con esta su actuación inicial, escribe artículos y poesías, y más tarde tiene el buen gusto de recopilarlos, aumentados con trabajos inéditos, en un volumen cuyos productos destinará á un fin benéfico.



Quiero tratar aquí, siquiera sea incidentalmente, del *bautismo político* de Aragón. Su apellido merece general respeto entre sus paisanos los sorianos, y en toda la provincia saben cuánto representan hoy en el mundo de la banca y en el de los negocios, los Aragones de Vinuesa. Con estos antecedentes, y un noble afán de ser útil á su país, desprovisto de toda ambición personal bastarda y mezquina, vino Aragón á luchar por el distrito electoral de Soria, y por motivos que ya he anotado, de pasada, en estas cuartillas. Había muchas gentes que tenían de Juan Aragón un juicio subjetivo parecido al mío. Y doy fe de

que cuantos le trataron, tuvieron que rectificarlo inmediatamente. Vino á Soria en aquella lucha, á prueba de lícitos afanes, y en la práctica inicial de su consecución, dió muestras más que sobradas de honradez política, de un respeto casi exagerado á las opiniones ajenas, y de un vigor ético indiscutible. Estuvo muy lejos de los que pretendieran el pretexto de su candidatura para dar lugar á una política de revancha pasional, y atento tan sólo á lo que era lícito ostentar en una contienda caballerosamente y dignamente planteada. Aun así, fué juzgada su candidatura con demasiada precipitación por algunos defensores de la opuesta, los cuales tuvieron que reconocer que se habían equivocado de medio á medio si pensaron que en aquella actuación podía haber algo imprevisto, y entre las imprevisiones, si con alguna había que contar como en todo acto humano, ésa no era, ni podía ser la del ridículo. El Sr. Aragón dejó bien demostrado todo lo contrario.

*
* *

¿A qué responde este libro? Sencillamente,

á una aspiración loable de entrar en relaciones directas con el Arte. Lo más triste y lamentable, me decía en cierta ocasión un gran artista, es que el Arte responda, las más de las veces, á un fin utilitario. Es decir, que es triste que el artista tenga que vivir de su Arte. ¿Sería quizá una gran cosa el que escritores, poetas, pintores, músicos y escultores nacieran ricos? Yo no me trevo á afirmarlo.

Muchos grandes artistas nacieron pobres y se enriquecieron con su Arte, y nada, desde luego, más legítimo. Claro, que el fin utilitario inmediato, el de apremio económico por obligaciones inexcusables de la vida, es el que malogra la obra realmente fructifera de muchos hombres. Aquellos que tienen ese previo y trascendental problema resuelto, pueden dedicarse con toda abnegación y con plena tranquilidad á sus devociones artísticas. Son los que pueden hacer un Arte inmaterial. A estos respectos me parece conveniente copiar aquí, algo de lo que ha sugerido á *Azorín*, el pulcro y atildado escritor, el envío que de su libro *La verdad sobre la guerra* le hizo Alvaro Alcalá Galiano, "aristócrata, francófilo". Y escribía entre otras cosas, *Azorín*: "Un caba_

llero que vive en un magnífico hotel de la Castellana manda un libro con una tarjeta á... *un hombre que anda por la calle*. Perdonad esta definición, un poco elíptica. Pero ¿de qué mejor modo vamos á definir á un escritor que se halla en el polo opuesto, de otro que vive en un elegante palacio? *Un hombre que anda por la calle*... El escritor que se desenvuelve en un medio holgado, suntuoso, ¿qué podría querer del que camina á la ventura por calles y plazas? ¿Un artículo? ¿Unas líneas de crítica, de atención reflexiva? Nos ponemos en su lugar—espiritualmente—y no podemos imaginarnos tal cosa; es posible, sí. Pero ¿para qué querríamos nosotros artistas moradores de un bello palacio, á cubierto de todas las angustias y todas las asechanzas de la vida; para qué querríamos nosotros nada que fuera ajeno á nosotros ahora? ¿Qué nos importaría el juicio de nadie, ni la impugnación de nadie, ni la lanza ó la saña de nadie? Serenamente, plácidamente, con un poco de ironía tal vez, iríamos haciendo nuestra obra.“

“Y, sin embargo, sin embargo... El hombre que anda por la calle, atrae al escritor que en una espléndida y confortadora cámara va lle-

nando de líneas las blancas cuartillas. Y, sin embargo, sin embargo, la vida, el arte, la sensación humana y honda podrá estar en las doradas cámaras, pero está más que nada en la errabunda, tumultuosa é incierta existencia de las calles y de los campos. No todo es ironía ni serenidad. Hay una vibración de dolor, una honda tristeza, una comprensión indulgente y misericordiosa, que no se sienten con plenitud, ni llegan á empapar el espíritu sino cuando la vida diaria, á nosotros, artistas, nos ha hecho—ó nos hace—experimentar toda la gama de sensaciones y de meditaciones que lleva como cortejo necesario y constante.“

“¿Cuál ha sido en la historia literaria, la modalidad de aquellos escritores que se han visto libres de las adversidades de la vida? Y aquellos otros que han tenido que estar diariamente atenazados y angustiados por una realidad amarga, ¿qué es lo que hubieran producido de hallarse en otras condiciones? ¿Debemos desear ó no desear que Cervantes haya sido pobre? ¿Debemos desear ó no desear que Larra se haya visto amargado por una íntima tragedia? El extremo dolor, como el extremo placer, es inapto para la producción mental y,

en términos generales, para la vida. Pero acaso un dolor moderado, una tristeza discreta, una preocupación tenue, pero constante, por el problema de la vida; acaso todo esto sea más propicio á formar un espíritu que todas las contrarias condiciones. Habrá siempre en un espíritu que se halle en tal estado una comprensión y una indulgencia que tal vez no haya en otro que se halle colocado en regiones opuestas. Pero generalizar en estas materias es un poco aventurado. La vida es amplia y contradictoria. ¿Qué sabemos lo que puede haber en un palacio y lo que puede encontrarse en una cabaña? Lo supremo es la inteligencia.*

*
* *

Desde su magnífico hotel de la calle de Recoletos 14, ha escrito Juan Aragón sus artículos, y en él ha bocetado su poesía. En esos artículos y en esas poesías, de una fluidez espontánea y de una perfecta naturalidad en el lenguaje, condiciones ambas que nosotros estimamos primordiales y preferentes en todo escritor que se precie de serlo, está la prueba

de que puede entrar libremente por el camino de las producciones y de las investigaciones literarias. Sus primicias de este linaje obtienen la alternativa con otros estudios universitarios. Ellos darán carácter especial á sus trabajos. La especialización es una necesidad en la literatura española, sobre todo en la periodística, más necesitada de ella que ninguna otra de sus modalidades.

En este volumen interesante y aristocrático, encontrará el lector impresiones vividas entre los incomparables pinares de Vinuesa, observaciones psicológicas muy ciertas de la vida de Madrid, epitalamios fervorosos, estudios muy atinados acerca de aquel infortunado México, víctima del caudillaje, y notas diversas que llevan todas como característica la sinceridad.

El *caso* Alcalá Galiano y el *caso* Aragón y otros muchos *casos* que podríamos citar, representan que las emociones artísticas, creadas por quienes sienten, sobre todo, las devociones del espíritu, pueden ser patrimonio de todas las almas selectas. Ello es, además, consolador, toda vez que esos *casos* demuestran la razón de las preferencias adoptadas por quie-

nes han tenido que hacer de su Arte una noble profesión para vivir, aunque sea, en muchas ocasiones, un modo de vivir demasiado fatigoso y amargo. Esa es la triste utilidad del Arte.

*
* *

Ya tiene usted hecho, mi querido Aragón, esto que quiere usted que sea el prólogo de su libro. Lo quiso usted y yo no puedo negárselo. Lo he verificado en circunstancias, si no de extremo dolor, "inapto para la producción mental", sí de amargura extrema. Sírvame ella de disculpa y de justificación, si no acerté á hacer cosa mejor. Bien sabe usted que va saturado de un verdadero afecto y de un alto interés por sus cosas. Y esto también me justifica ante usted.

Y no busco más justificaciones, porque la mejor hubiera sido ceder el puesto y el espacio á plumas más expertas que esta mía, mantenida por una mano á la que llegan hondas sensaciones del espíritu de un padre que tiene que estampar su firma para velar sin interrupción á una de sus hijas amenazada de

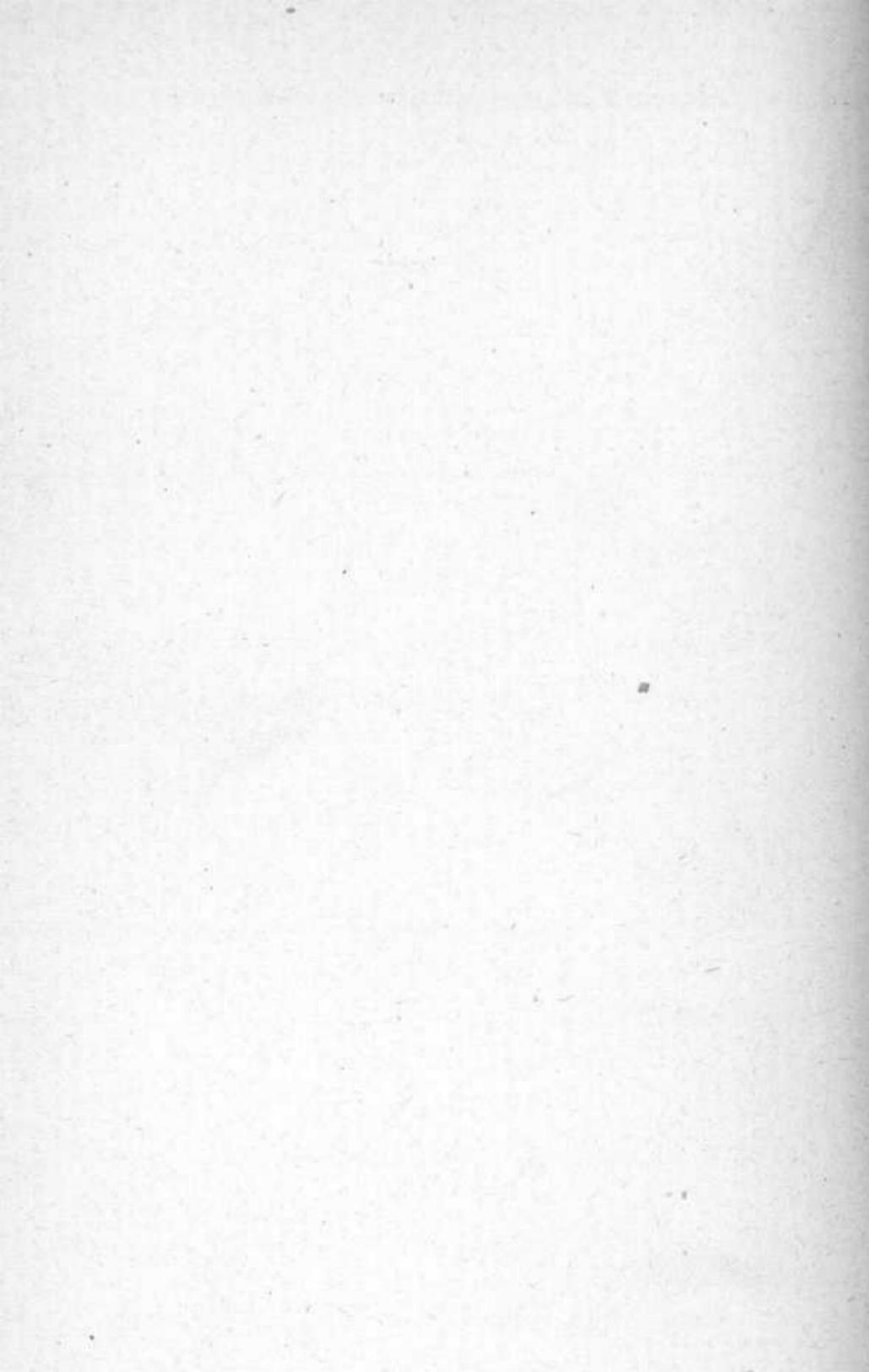
muerte por una enfermedad pertinaz, absurda y cruel.

Ojalá que al dar á luz su libro, ella haya recobrado por completo la salud. Sería entonces para mí una obra de gran valor por diferentes conceptos.

JOSÉ MARÍA PALACIO

Soria, 30 Marzo 1915.

MI ACTUACION POLITICA





Por qué quise yo ser diputado.—Satisfacciones y disgustos.—Floretazos que no hieren.—Mi manifiesto y mis amigos.—Proyectos para el porvenir.

Una mañana, y hace de esto dos años próximamente, cuando bien ajeno estaba yo á jaleos y andanzas políticas, leí un suelto que publicaba *La Época*, según cuyo contenido el distrito de Soria iba á quedar vacante; á partir de entonces, y ¿á qué negarlo?, fué cuando nacieron en mí deseos de representarlo, y nacieron ¡bien lo sabe Dios! sin ninguna mira bastarda ni ninguna aspiración egoísta; nacieron, al contrario, pensando en dedicar toda mi actividad y todo mi celo al logro de las justas aspiraciones de aquéllos que nacieron en una tierra que tantos y tan gratos recuerdos tiene para mí. Hice mis gestiones y, evidentemente, la renuncia del por entonces diputado por Soria era un hecho; sonaron varios nombres

para sustituirlo, y en uso de un perfectísimo derecho (hora es ya de decirlo, puesto que me parece que yo no soy nacido en Japón) juzgué conveniente lanzar el mío, por si mis paisanos consideraban que les pudiera ser útil en la contienda que se avecinaba; y, precisamente, lo bien que mi nombre cayó entre muchos de ellos fué lo que más me animó á sostener mi candidatura. Entonces partíamos de la base de que el actual diputado á Cortes Sr. Vizconde de Eza renunciaba al acta, y partíamos de esa base porque él mismo se lo dijo á un cercano familiar mío y él mismo lo publicó en varios periódicos. A los pocos días de esto, el *Aviador Numantino* y *El Noticiero de Soria* publicaban un comunicado, que decía lo siguiente:

“Noticia sensacional.

Con este mismo epígrafe, sin duda para llamar más la atención, publica *El Porvenir Castellano* un suelto que le remiten de Madrid, en el que se dice que en la hipótesis de que el señor vizconde de Eza persista en la renuncia de su acta de diputado por el distrito de esta

capital, será su sustituto D. Juan Aragón, hijo de D. Julián, el opulento capitalista, dice el suelto, como si al distrito de Soria le dieran frío ni calor los dineros de D. Julián.

Añade el suelto, y esto es lo más interesante, que dichos señores fueron presentados al señor conde de Romanones por el señor Parres.

Nuestras noticias son que el señor vizconde de Eza, al renunciar su acta de diputado, recomendó á sus amigos para sustituirle en la representación de este distrito á D. Pedro González de Castejón, hijo del señor marqués del Vadillo, del mismo señor marqués que trajo á esta provincia al señor Parres, entonces conservador y vadillista, y que con tal carácter fué elegido diputado por Burgo de Osma, al mismo señor Parres que, olvidando aquellas atenciones, tan solícito se muestra ahora para buscar un candidato que se presente contra el hijo del que un día fué su protector y sin cuyo apoyo no hubiera sido diputado por Burgo de Osma, base para que pueda seguir ostentando representación parlamentaria por Soria. Bien está."

Aunque todo lo expuesto en el comunicado son una serie de sandeces, lo copio para que el lector vea y juzgue que esa y otras armas parecidas fueron las empleadas contra mi legítima aspiración. Ciertamente es que tales floretazos no causaron en mí más que un gesto de desprecio y una impresión de pena. ¿Qué había yo hecho para que ya se empezasen á meter conmigo, diciendo que si los dineros de mi padre no iban á dar frío ni calor al distrito de Soria? Yo lo único que hice, en uso de un perfectísimo derecho, repito, fué presentar mi nombre como probable y futuro candidato, y lo presenté sencillamente porque me dió la gana, porque quise, porque para ello tenía una libertad plena. No faltaría más sino que tuviese que consultar mis decisiones con quien ni siquiera amistad tengo ni necesito. Precisamente una de las cosas que más me entristecieron en las distintas gestiones políticas que realicé, fué la indicación que me hacían *muchos* de que el ganar el acta era una cuestión de pesetas. No es que yo me desanimara á gastarlas, mucho más cuando en mi tierra se quedaban, que buena falta le hacen; pero ¿qué fuerza moral puede tener con su

diputado un distrito que se le ha vendido y que todos los ideales de su porvenir los limita al logro de unas pesetas? ¿Qué puede pedir altivamente á aquel representante que le ha pagado sus servicios?

*
* *

Pasó algún tiempo. Mi aparición (permítame, lector, que así lo crea) en el escenario de la política soriana había hecho cambiar mucho las cosas. El diputado que había renunciado el acta, volvía por ella, temeroso, como declaró en carta, de que una ingerencia extraña á su partido pudiera conquistarla para otras filas. Las elecciones se avecinaban y yo me dispuse á ir á la contienda animado por el apoyo de unos cuantos amigos cuya bondad siempre recordará mi corazón agradecido. No los cito con sus nombres, porque ellos saben perfectamente quiénes son; otros que me brindaron protección y apoyo y amistad y, por último, me traicionaron, tampoco ignoran quiénes fueron; y así, sin citar nombres (¿para qué herir susceptibilidades?), resulta que todos, absolutamente todos, nos conocemos. Yo estaba decidido á luchar y á triunfar; me llevaba á ello

el deseo legítimo de conseguir una representación que yo siempre consideraré un galardón; á mí me parecía que la labor de mi contrincante, con todos mis respetos, no era todo lo intensa, todo lo activa que Soria necesitaba. Opinaba, además, que su gesto de renuncia con ida y vuelta lo tendría muy en cuenta el distrito, puesto que á quien elige no se le debe abandonar por el acaloro de un momento, ni por el disgusto de una decepción, ni por alguna ilusión contrariada.

Y en esas condiciones, verdaderamente entusiasmado para entablar una lucha noble y elevada, llegué á la capital soriana, por cierto, con un frío glacial, cosa no rara en aquella tierra... Tuve una reunión con mis amigos y, acordada en principio la contienda, comencé la visita de los pueblos. De ella justo es consignar que no guardo más que gratos recuerdos, así como de los cariñosos amigos que solícitos y amables me acompañaron. Sin embargo, el detalle de que antes os hablé y que, por cierto, me daba una idea del concepto que tenían del sufragio, surgía por doquier preponderante: ¡El dinerol ¡Rediez con el dinerol El distrito estaba de enhorabuena: eran dos

señores de posición los que se iban á disputar el acta; los votos se pagarían caros y unos miles de duros iban á regar los campos numantinos, como preconizó en carta publicada por *El Avisador* un nuevo Cánovas, de cuyo nombre no quiero acordarme. ¡Qué equivocados estaban los que tal pensaban! ¡Qué concepto más erróneo tenían! de cómo yo entiendo y comprendo una representación parlamentaria!

Y en esos trances, en esos momentos, en ese ambiente de miseria que todo lo basaba en el poder de *Don Duro*, me sorprendió la publicación de un manifiesto en el que se recomendaba la *necesidad patriótica* de votar á mi contrincante, exponiendo las consideraciones de su altura política, de que era ministrable, de que haría mucho por Soria, etc., etc.; y, ¡oh decepción!, algunas de las firmas que encabezaban el escrito, me habían brindado un apoyo incondicional.

Visto aquello y en el deseo de no crear dificultades á quienes tanto esperan que haga por el distrito, reuní á mis amigos, les expuse mi opinión y publiqué el manifiesto que todos conocéis. En aquella reunión la síntesis de mi escrito la oyeron de mis labios cuantos á ella

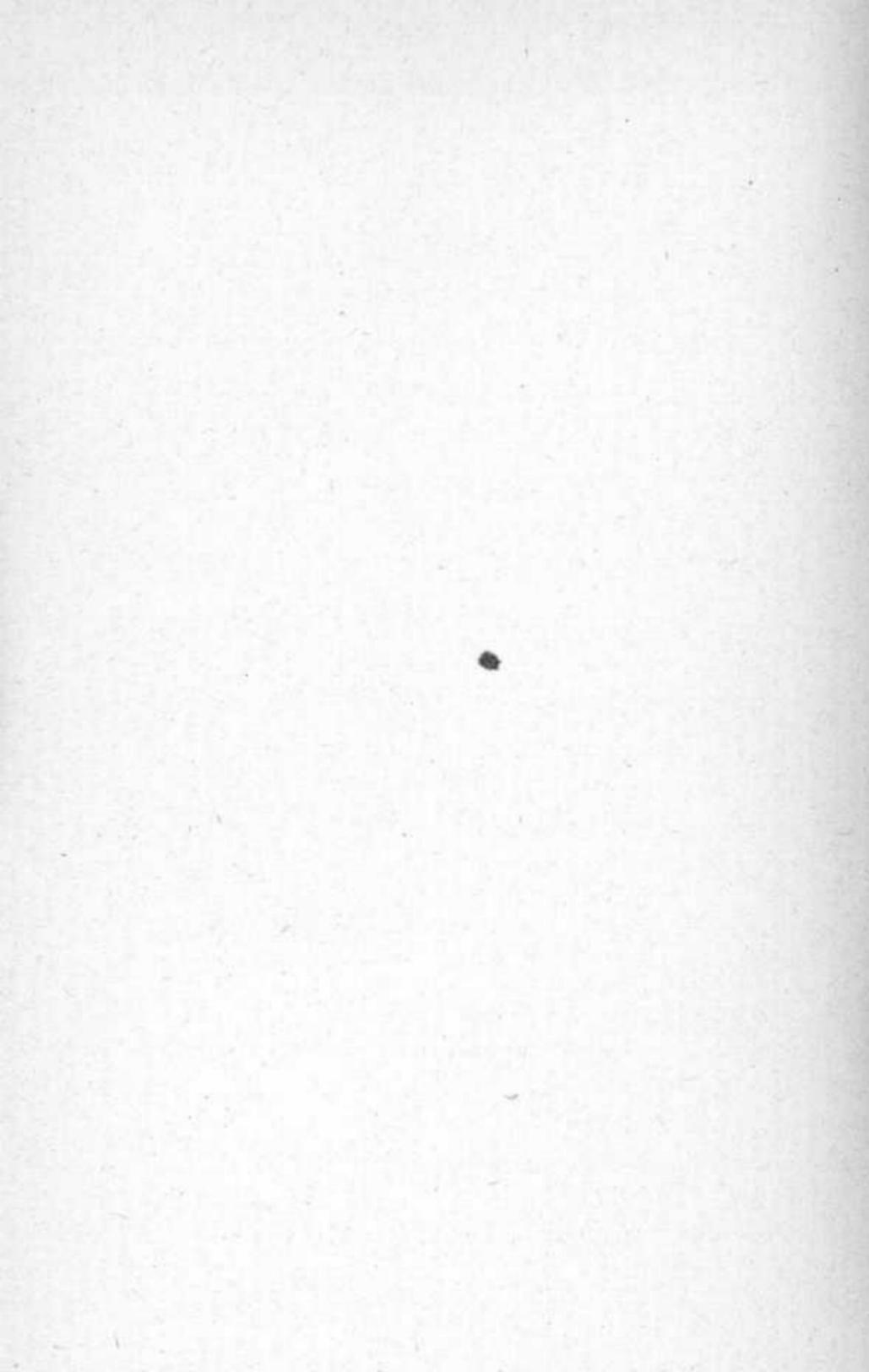
asistieron: mi afirmación de que si mi contrincante llegase á llenar todas las justas y legítimas aspiraciones de los sorianos, yo sería el primero que me convertiría en defensor suyo, retrataba fielmente mi deseo de no entorpecer la labor de nadie, sino, por el contrario, quitar todo obstáculo que mi insistencia pudiera ofrecer. De aquella reunión mi amistad salió unida á otras que estimo enormemente, por lazos que siempre sellará la gratitud. ¡El apretón de manos que verdaderamente conmovido, demostrando un amor grande á su patria chica, me dió una persona intachable, de gran prestigio y moralidad acrisolada, no le olvidaré nunca! ¿A qué decir su nombre? Dirigid la vista hacia quien más respetos os merezca como político y hombre en Soria.

Limpio el campo de enemigos, el art. 29 fué aplicado en el distrito de la capital; tuve en ello, ¡bien lo sabe Dios!, una íntima satisfacción; y eso os consta, lectores, porque pude muy bien impedirlo; pero no es el acta un galardón que deslumbra mi vista ante la perspectiva de decir: ¡soy diputado! Eso con unos miles de pesetas me hubiera sido fácil conseguirlo en esta nuestra España, quizás sin salir

de la misma provincia; pero es que yo tengo un concepto especialísimo de tal cargo, de lo que debe ser un diputado; es que me abochornaría representar á esa tierra teniendo que añadir: "Me ha costado tantos miles de duros."

Mis proyectos para el porvenir siguen siendo los mismos que expresé en mi manifiesto: me limito de presente á observar movimientos juzgando tranquilamente la labor de quien yo dejé en plena libertad para prodigar todos los beneficios que, por mi parte, muy de corazón deseo para Soria y con los que soñaban los firmantes que pensaron que mi candidatura pudiera ser la no realización de una serie de mejoras que celebraría como el que más, pero que no veo por parte alguna.

DEL OTRO MUNDO





Hacia la Habana.

23 de Enero.—Un viento fuerte, desagradable, soplabá en Coruña, en cuya bahía elegante esperaba *La Navarre*, dispuesta á conducirnos al otro mundo. Una niebla tristona invadía la ciudad, triste de suyo, y las olas, agitadas por el mal tiempo, chocaban gallardas contra los muros de los muelles. Unas cuantas pobres mujeres esperaban ansiosas la llegada de las barcas donde venía su medio de vida, el sostén de su casa; el trasatlántico en medio del puerto lanzaba orgulloso dos sirenazos como para indicarnos que debiéramos ir á él. Por fin al mediodía así lo realizamos en un remolcador amigo que se movía si Dios tenía qué, y poco á poco íbamos dejando más lejos Coruña y acercándonos más al na-

vío. Produce tristeza grande dejar ese puerto, porque es el último de España; quedan en él sus costumbres, su gente, su ambiente... Vamos, sí, donde se parecen mucho á los españoles, puesto que hijos de ellos son; pero no es lo mismo. *La Navarre* da el sirenado final, coincidiendo con las doce del día. Empezamos á virar; las campanas de un poblado vecino que se ve desde el barco llaman á comer á sus pobres campesinos que, al desembocar el puerto la nave, se quedan como asombrados mirándola. ¡Quién sabe si pronto no tomarán ellos otra en que emigrar á lejanas tierras! *La Navarre* es un trasatlántico de segunda categoría, casi tocando en tercera; es uno de los muchos cascarones con que los franceses y los españoles nos obsequian en esa línea. Yo llevaba un camarote de arriba, sobre cubierta, y soportaba menos mal las pocas comodidades del buque. Coruña se va perdiendo á lo lejos; las bandadas de gaviotas que nos cercaron en el puerto también nos abandonaron y sólo son tres ó cuatro las valientes y aventureras que persiguen la nave; un aire de pesar llena el alma; es la tarde molesta, fría; nos disponemos á entrar en lo que los marinos

llaman alta mar para así navegar diez días hasta que veamos el bello cielo cubano con su azul único, exclusivo. Empiezan los bandazos y empiezan los mareos; se prepara una mala noche de travesía, hasta el extremo de que los marineros aconsejan la conveniencia de no permanecer sobre cubierta... Es un anochecer lánguido, tristísimo; la obscuridad se va apoderando del día y á lo lejos una línea negra confunde el mar con el horizonte. En la dirección de la ciudad que poco antes abandonamos brilla un faro y en el cielo unos cuantos luceros que, ansiosos de lucir, se asoman por entre unos nubarrones... Suena la campana que llama á cenar, y al comedor me dirijo... Los comedores de los buques invitan á no comer; son bajos de techo, con una atmósfera de mareo... Allí se hallaban unos buenos compañeros de viaje, amigos cariñosos, amables y simpáticos; unos van á Cuba y otros siguen á México; todos formamos la mesa española del buque. Os los presentaré: Uno era don Adolfo Espinosa, comerciante veracruzano, burgalés de origen, bueno y amable; otro, don Luis Ibáñez, asturiano, banquero en Madrid y comerciante en la Habana, buen sujeto, aun-

que poco espléndido; otro más, Pepe Ponte de Covadonga, tabaquero y castizo á más no poder; y el otro, un gallego bastante bruto, cuyo nombre siento no recordar y que no era simpático más que por el hecho de que se lo eran muy poco los franceses. Lo cierto es que fraternalmente, en alegre comunidad, nos reuníamos todos los días y así íbamos echando el viaje fuera lo más agradablemente posible. El compañero gallego de que os hablo era un buen señor á quienes los gabachos estropearon el estómago en tres ó cuatro días á fuerza de pimienta en las comidas; excuso decirlos cómo los pondría y las lindezas que les diría, mucho más valiéndose de que nuestro mozo de *table* era francés y no hablaba español.

El pasaje, aunque escaso, era agradable; especialmente unas niñas cubanas, simpáticas en extremo. Rara era la noche que no amenizaban la *soirée* con alguna copla de su tierra cantada ó tocada con gracia y donosura; los danzones de Cuba tienen un dejo especial que sólo las cubanas saben dar. Entran ganas de dormir, de querer, de soñar, oyéndolos; convidan á escucharlos tumbados en una hamaca

fumando un buen habano y bebiendo una rica taza de café; es un canto eminentemente tropical; es música de harén, de ensueño, de nostalgia; cómo me gustaban aquellas tonadas y qué bien me predisponían para conocer la patria de sus notas cadenciosas y tristes... Aquellas chicas, con su charla, con sus canciones, con su vestir y su andar, me iban demostrando lo que era Cuba... Hicimos muy buena amistad y el viaje se pasó sin sentir; después de tumbos, mareos, días malos y regulares, nos hallábamos como quien dice á las puertas de la Habana... total faltaban 500 millas... Ya el aire que venía á nosotros era el de las ricas y bellas vegas de la vuelta de abajo; el cielo que veíamos casi se podía considerar el bellísimo cielo cubano bajo el cual habían nacido aquellas bellas muchachas... Recuerdo perfectamente la noche antes de llegar al puerto que, recostada una de ellas y yo sobre el barandal de cubierta, nos empezábamos á contar nuestras cuitas. Venía ella de París, donde había estado seis meses, y ¡qué infeliz, se había enamorado!... ¡Pobrecilla! La noche ideal, sin una nube, con media luna clara y poética, convidaba á charlar de amores; su cara bonita

se veía perfectamente, porque la claridad le daba de frente...

—Si no se ha enamorado usted ya, no se enamore nunca—me decía—, porque se pasan muy malos ratos...

Un rizo travieso caía jugueteón sobre su frente, mientras sus dedos de nácar enredaban con un medallón que llevaba en el pecho...

—¿Lo lleva usted acaso ahí?—pregunté curioso.

Y ella, expansiva, franca, me enseñó un retrato pequeño y redondo de un joven de larga melena y ojos vivarachos...

—¿Es poeta, acaso?—exclamé.

—Sí, poeta; y si viera usted qué versos más bonitos hace...

—Ya me dará usted á conocer alguno; me interesan sus amores...

Aunque la conversación gustaba á aquella dama encantadora, sus ojos empezaban á humedecerse por el recuerdo del ser amado.

—¿Quiere usted que demos un paseo hacia tercera?... Distráigase, y no se sienta tan enamorada...

Accedió; no olvidaré nunca lo ideal de la

noche; la mar, como un plato, dejaba deslizarse suavemente á *La Navarre* que, atenta y majestuosa, casi se movía.

Los pobres viajeros de tercera eran todos emigrantes; iban sucios, revueltos en asquerosa confusión: un muchacho guapo, gorra en mano, pedía unas perras á cambio de unas jotas... La cubana amiga mía era, á más de hermosa, espléndida; pronto cayó una peseta en las manos del pedigüeño, y pronto, también, una jota clásica de la pura cepa aragonesa rasgaba el viento: la copla en sí, la voz, el gesto ó lo que fuese, llegó al alma de la cubana, tocó su cuerda sensible y, entonces, un puñado de pesetas llovió sobre el muchacho, que hubiera seguido cantando coplas toda la noche...

Las notas de una orquesta llegan á nuestros oídos: es en el salón de música, que hay gran festival por ser el último día de travesía; á los pobres de tercera no llegan más que los tenues ecos de la orgía... Viendo aquel cuadro se me ocurre preguntar á mi bondadosa compañera:

—¿No le da á usted horror pensar en que algún día se insubordinen los de abajo y quie-

ran saciar sus ansias de riqueza con los que en primera viajan?...

—A mí no, porque ya me las arreglaría yo con el de la jota...

Las luces de la Habana se empezaban á apreciar lejos, muy lejos, casi por donde se esconde temerosa la luna, satisfecha de haber iluminado una escena donde se hablaba de recuerdos de amor...

A bordo de *La Navarre*, Enero 912.



Mi estancia en Cuba.

¡Grato recuerdo el que guardo de las pocas horas que pasé en la Habana! Unos amigos de toda la vida me acompañaron cariñosísimos, y en muy poco tiempo conocí la población, que en los últimos años debe haber adelantado mucho, pues aquello no es como á mí me lo habían referido muchos que habían estado en ella: en algunos sitios determinados de la ciudad más bien parece europea que americana; hay movimiento, gente, negocios, actividad y, sobre todo, tranquilidad. Los americanos han puesto aquello como una balsa de aceite: allá nadie grita ni nadie alborota, y casi todos trabajan. ¡Qué cantidad de recuerdos tiene Cuba para nosotros los españoles! ¡Con qué satisfacción pisamos aquella tierra bendita, que todavía consideramos nuestra, aunque sólo

sea en ilusión! ¡Y cómo se parece en muchas cosas, en muchos detalles, á nuestra España, á nuestra Andalucía, para mejor decir! Es una impresión de simpatía la que invade el alma de un español estando en Cuba; por si fuera poco aún su ambiente simpático y cariñoso, tenéis la moneda, el centén español, que triunfante y reluciente recorre la isla de punta á cabo. El elemento español de la isla de Cuba es un orgullo para la madre patria. Existen allí de españoles dos Sociedades que admiran por lo numerosas y asombran por lo bien organizadas: el Centro Gallego y el Centro Asturiano. Cada uno cuenta con más de 35.000 socios, y el primero está construyendo un palacio monumental en la mejor plaza de la Habana, que le cuesta ocho millones de pesos oro; esto os dará idea de su importancia y magnificencia. Además, cada Centro de éstos posee su quinta de salud para los asociados que tienen la desgracia de caer enfermos, y hay que ver cómo están montadas é instaladas y qué calidad de galenos son los que forman su personal clínico. ¡La flor y nata de la isla! Yo tuve la gran satisfacción de visitar "La Covadonga", que es la de los astu-

rianos, y sólo puedo decir que salí encantado de su visita, admirando de lo que es capaz esta raza privilegiada en cuanto sale de su propia patria. "La Covadonga" tiene diez ó doce naves dedicadas cada una á distintos servicios y á distintas enfermedades: cada una de esas naves la construye de su bolsillo particular algún español distinguido, y así tenéis que, independientemente de la Sociedad, ha habido una docena de patriotas que se han gastado unos miles de duros en ayudar á sus paisanos, salvándoles en muchas ocasiones de la muerte. Pero para que se creen almas tan generosas es necesario que crezcan en la batalla de la vida y en un ambiente tropical del todo. Id á pedir otro tanto de los ricachos empedernidos y avaros de nuestra tierra. Ni por soñación.

Yo, á cuantos quiera bien, no me cansaré nunca de recomendarles una visita á Cuba, gloria de nuestra dominación colonial. Poner en ella la planta, da encanto; salir de ella, da pena: algo tendrá. Es bueno su clima, bello su cielo, frondoso su suelo, hermosas las cubanas; como que, según el poeta, valen por dos... ¿Qué más se puede pedir?

Había prometido una visita a la bellísima cubana con la que tan buena amistad hice á bordo. Saqué la cartera, vi su dirección y á ella me encaminé... Mi amiga habitaba con su familia un hotel del Vedado: el Vedado es el barrio aristocrático de la Habana; situado cerca del mar, van á él sus brisas y le hacen agradabilísimo. Llegué á la casa y pregunté por mi compañera de travesía. Efectivamente, allá vivía. La casa estaba amueblada con gusto, muy á lo cubano: una canariera muy adornada con lazos y flores, unos cuantos retratos, un piano y una sillería de mimbre, sin que faltasen su buen par de mecedoras, que invitaban á oír un danzón de aquellos con que nos deleitaban en *La Navarre*.

Mi bella amiga se hizo esperar muy poco, y pronto apareció radiante de hermosura; un kimono de seda azul cubría sus formas de diosa. Me saludó amabilísima, y empezamos á charlar; seguía lo mismo de simpática, de cariñosa; fué un momento de deleite, de encanto. ¿Por qué no prolongar más aquella conversación sugestiva?... Era imposible; mi visita se limitaba á estrechar su mano, pasar unos minutos en su compañía y cumplir con ello la

promesa que le hice en aquella noche poética de ir á su casa de la Habana. Un apretón de manos afectuoso é intenso nos separó quizá para siempre... Declaro que me conmovió tal despedida... La noche se iba apoderando de la bellísima silueta que en el cielo azul formaban las edificaciones de el Vedado. Un rumor de poesía corre de casa en casa, de huerto en huerto, de corazón en corazón. Con razón Rueda, el poeta eximio, hizo tan bellos versos de Cuba y de sus hijas...



A la otra mañana *La Navarre* seguía su viaje á Veracruz; para allá íbamos. A la salida del puerto los restos del *Maine* distraen nuestra mirada, me hago la ilusión de ver los despojos de un cadáver. ¡Y pensar que aquello fué el móvil de la hecatombe, la causa de que aquella bella isla huyese de nuestra tutela cariñosal...

¡Vive Dios, que es bien tristel



De Vera Cruz á México.

Una mañana hermosa, tranquila, con un aire suave y agradable que convida á vivir. Sonaban las siete en una iglesia cercana, grande y esbelta en cuya cúpula redonda, unos pajarracos negros que allí llaman sopilotes y que tienen cierto parecido con los cuervos de esta tierra, desperezaban el sosiego de la pasada noche. Poco movimiento en las calles; tan sólo se ven grupos de muchachos jóvenes que entraban en un establecimiento próximo y salían presurosos como con temor de llegar tarde á la obligación: eran dependientes de las casas de comercio de la plaza, y casi todos ellos españoles; una pareja de gendarmes circula con un aire grotesco, sin marcialidad alguna; pudiera llamárseles la caricatura del poli-

cía: marchan sin aire, sin garbo, con la dejadez propia de la tierra en que nacieron, de la raza á que pertenecen. Llego á una plaza grande y cuadrada donde miles de tordos atormentan con sus chirridos: me siento á la puerta de un espléndido café y pido uno con pasteles para hacer tiempo á que salga el tren que me ha de conducir á la capital. Me lo sirven, lo tomo, lo pago y marchó á la estación. Vera-Cruz, es una población bonita, con calles rectas y asfaltadas, con un puerto hermoso y sobre todo con mucha simpatía en su ambiente; es la ciudad más agradable de la República mexicana. Existe en ella cierto aire español; es tranquila, sosegada, comercial, su gente es pacífica y culta, dentro de la cultura que este país tiene. La estación terminal, que es donde se toma el tren para México, es moderna y amplia, con mucho más confort que el que tienen bastantes de las de algunas buenas capitales europeas, coloco mi maleta en un coche y el tren parte. También el furgón recuerda á Europa: aquello es espléndido, no puede pedirsele nada. Dejamos Veracruz, el paisaje es bonito; á derecha é izquierda unas huertas admirablemente culti-

vadas por unos pobres chinos, nos demuestran de cuánto es capaz el hombre lejos de su patria por conseguir el garbanzo; continuamos corriendo, el tren marcha rápido; campo y más campo, todo frondoso, todo bello...

A Paso del Macho, pueblo del trayecto, se llega á eso de las diez de la mañana; la estación ofrece un típico aspecto. Indios é indias vendiendo baratijas, gendarmes de á caballo bien preparados con rifles y espuelas y sombrero charro esperan la hora de partir (1).

Empieza á aparecer ante mis ojos algo que subyuga mis sentidos: un paisaje bello á medida que nos acercamos á Córdoba y que crece en hermosura cuando salimos de allí para entrar en el Fortín. ¡Divino! Es preciso conocerlo para poder apreciar su imponderable belleza, su vegetación exuberante, su profusión de flores, su aire, su cielo, sus naranjales y rosales, su conjunto, porque aquello no es imaginable. Declaro ingenuamente que es lo más bonito que he visitado, que he visto en el mundo, y dudo que haya nada que se le asemeje. Tan bello es, que entra cierto es-

(1) Cuando este viaje hice estaba ya México en revolución.

calofrío al contemplarlo; como si estuviera uno presenciando algo sobrenatural. Me acuerdo de Rueda, de Villaespesa, de esos grandes líricos á quienes aquellas bellezas inspirarían trozos sublimes de poesía encantadora... Una verdadera idealidad... El trayecto se hace cortísimo; quisiera uno que durara más tiempo, pues á poco le saben tantos encantos; el terreno es quebrado, con puentes difíciles y pasos peligrosos, pero de un todo encantador. No hay una piedra sin cubrir de flores, ni una flor que no esté rodeada de otras mil... Ese recorrido de diosas nos conduce á Esperanza. En esta estación se almuerza y se cambia de máquina para subir las famosas cumbres de Maltrata. La fonda es decentilla. Continuamos nuestro viaje y entramos de nuevo en el paisaje. También aquí la Naturaleza echó el resto. ¡Qué divinidad de sitios, qué hermosura de vistas, qué valentía de ingenieros que se atrevieron con ese ferrocarril... Pocos hay en el globo tan atrevidos, pues se llega á hacer uno la ilusión de que va á volar, tan en el aire queda el tren; y allí en el fondo, míseros pueblos y campiñas y ríos y prados cuyos pobres habitantes admiran el paso de

la mole de hierro. ¡Qué de riscos y peñas, qué espectáculo tan colosal el que presentan las agrestes cumbres! Riscos y peñas que piden á voces el pastor romántico y la zagala enamorada; pero no, no se halla eso, no estamos en España, lector... Y así, atravesando túneles y admirando bellezas, se sigue un rato grande...

Después el trayecto en su resto, sin ser feo, no tiene nada de particular. En una planicie y entre miles de luces, México, la capital, nos espera impaciente... Hemos terminado con felicidad uno de los viajes más pintorescos que se pueden hacer.



México moderno.

El poder de D. Porfirio Díaz se deshizo ante una opinión loca que siguió á Madero, sugestionada por un programa democrático que ni el mismo D. Panchito entendía. El surgir de este hombre, lo que en 1909 parecía broma en todo el mundo, tomó cuerpo y realizó más tarde la funestísima obra que padecemos los que por allí tenemos algo. México llegó en el mando de D. Porfirio Díaz á un alto grado de esplendor, tan alto, que al pasear por la capital se hacía uno la idea de que se hallaba en alguna población europea de las buenas. A tal llegó. Algunos edificios nada tienen que envidiar á los mejores de las poblaciones de Europa: tranvías, automóviles, coches y bicicletas en gran número cruzaban sus calles.

Los negocios, en su mayoría florecientes, daban un movimiento que se traducía en actividad, en mejoras, en vida. Las acciones de casi todos estos, subían y subían porque la prosperidad del país avanzaba, y todos creían con relativa razón que á pesar de la altura que todo había alcanzado, quedaba aún margen para ganar más dinero. Esa fiebre de negocios ha influido algo también para que México atravesase la crisis que atraviesa. Se volvieron locos con tanta bondad; inflaron tanto el perro, que al fin tuvo que reventar. Aunque D. Porfirio Díaz hubiese continuado y el país hubiera seguido en paz, gran parte de los valores mexicanos que hoy están por los suelos, hubiesen bajado de precio; claro es que no con la aterradora proporción que lo han hecho; pero que hubieran bajado, es indudable. Muchos achacan á la revolución y á sus funestos resultados la depreciación de esos valores, y no sólo ella tiene la culpa, la tienen también la fiebre general existente hace algún tiempo, la creencia de que valían lo que en realidad no valían ni quizás vuelvan á valer. Si la paz vuelve, si todo adquiere de nuevo la tranquilidad de antes, recuperarán mucho de lo per-

dido, pero no se puede pretender que valores que se hallan á cuatro mil millas de distancia se coticen á un tipo que capitalizando su interés no llegaba á cuatro por ciento. Y eso á cuatro mil millas.

Don Porfirio Díaz fué un gran gobernante, un gran patriota, pero en su última etapa no fué práctico, no supo crear un lugarteniente que le sustituyese: precisamente Madero, que no surgió como un solo hombre, sino como una opinión fuerte, funesta ó no funesta, pero fuerte al fin, fué el resultado de la política de Díaz. Este, como todo aquello de que se hace mucho uso, llegó á cansar; y no cansaba su política, ni su ideal, ni su gobierno; cansaba su persona, ya gastada, vieja, achacosa. Un pueblo nuevo, un pueblo joven, necesitaba un gobernante joven, si no de edad, de ideas, de espíritu. Y D. Porfirio, el gran D. Porfirio, se había dormido en sus propios laureles; nunca pensó que aquella raza á la que él había sujetado y disciplinado con su energía y su talento, se le revolviere como un perro rabioso. Esa fué su equivocación; creyó que el pueblo que él mandaba estaba en condiciones de darle más libertades de las que hasta entonces le dió, y su

misma confianza le perdió. Díaz pudo ser un gran hombre para llevar á México adonde lo llevó; pero una vez eso conseguido, su misión estaba cumplida; lo más difícil lo había realizado; debió dejar las riendas del poder en otras manos menos gastadas; pero quiso apurar tanto la colilla, que al final se quemó los dedos.

Madero se elevó hasta la Presidencia de la República, y D. Porfirio, viejo y caduco, víctima de sus últimos errores, tuvo que salir de mala manera para librar el pellejo de quienes no se acordaban de lo mucho bueno que había hecho, que bien podía bastar para perdonar sus yerros.

*
* *

Yo, queridos lectores, oí hablar en cierta ocasión al funestísimo Madero. Fué en Veracruz, cuando lanzaba una de sus arengas á las multitudes; desde entonces predije su triste fin. Un hombre que hablaba como él hablaba, y que pensaba como pensaba él, al llegar á la altura de la Presidencia de México tenía que terminar de mala manera. Y así sucedió; patriotas mexicanos, cansados ya de su osadía, hicieron lo que hicieron, y acabaron con

aquel presidente polichinela. En Madero, no fué lo malo su persona, fueron sus doctrinas, la opinión que formó. Entre aquella raza tan pobre de alma, cayó su democracia maderil como semilla bien dispuesta que ha dado un fruto horrible, el más horrible que pueden recibir los pueblos. Lo que Madero les decía claro es que les tenía que gustar ¡y cómo no! si los ricos, los que oprimían al pobre iban á terminar y la repartición social iba á ser un hecho. Esa doctrina tenía que caer bien entre las gentes que la oían, incultas en alto grado.

¿Qué mejor solución para ellos que comer y robar sin responsabilidad y sin trabajo? Así sucedió que cometieron toda clase de atropellos y crímenes, deslumbrados por una doctrina infernal, falta de conciencia y sentido común, que los llevaba á cometer los mayores excesos sólo por creer lo que aquel perturbador los exponía como un programa ideal.

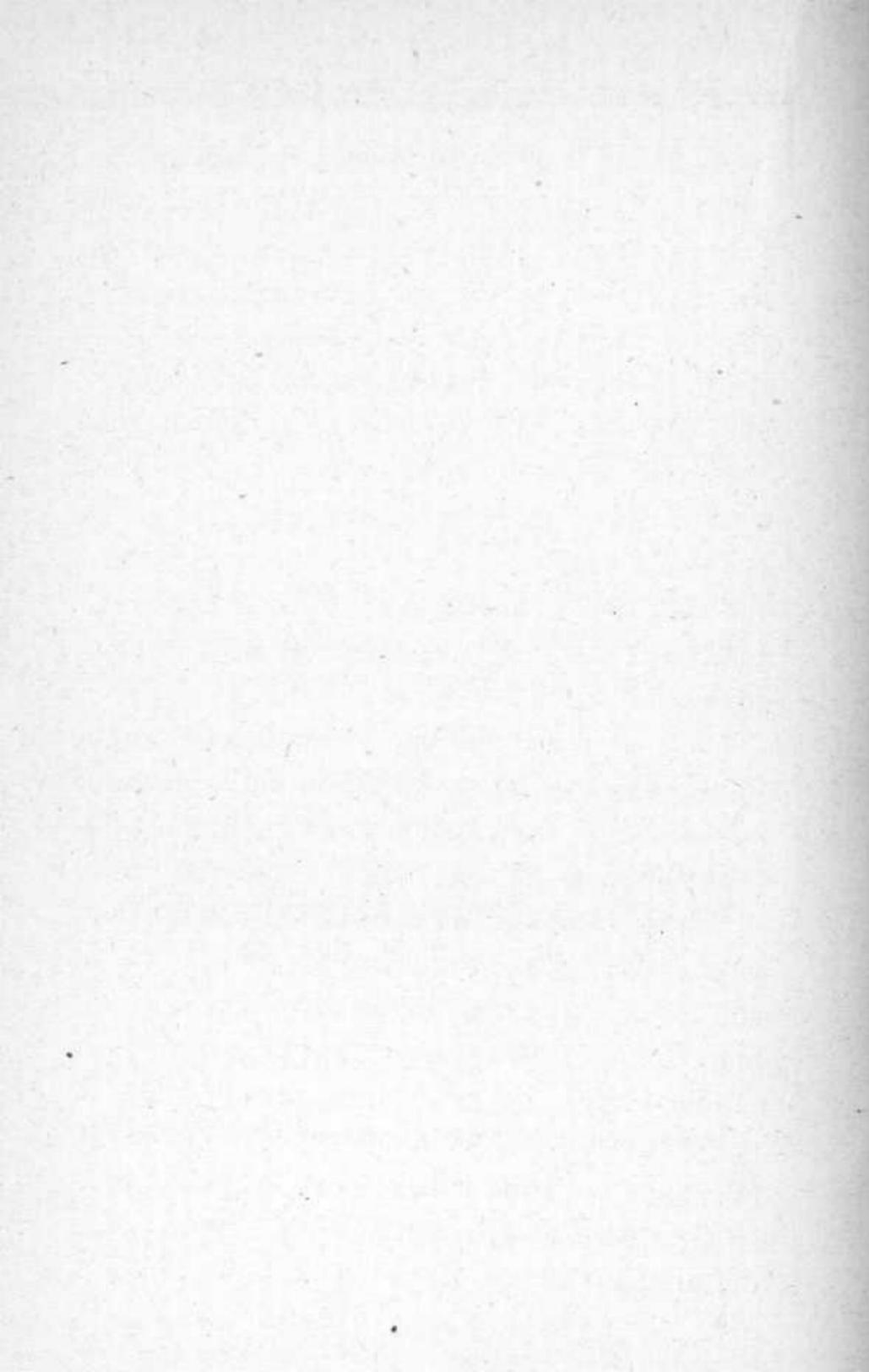
México, cuna de leyendas, pasado glorioso para las armas españolas, ¡cómo te han puesto! ¡Y cuánto tenemos que sentir tu actual situación los españoles! En ti están muchos recuerdos, que te hacen hijo predilecto de la madre patria; en tu suelo viven muchos com-

patriotas que te quieren porque les diste posición y felicidad; en ti está su idioma, en ti gran parte de su historia, en tu suelo las sendas que siguió nuestro Hernán Cortés en pos de la victoria. Al pasar revista á lo que eres y fuiste, necesariamente hemos de chocar con elementos patrios: al leer tu historia, los actos llevados á cabo por los españoles, llenan muchas páginas gloriosas para honor de España y honor tuyo. El habla que emplean tus naturales es el habla que Colón empleó para decir á los americanos quién era y de dónde venía; es el habla castellana, ese lenguaje, ese idioma hermoso del que dijo Carlos V se hizo para hablar con Dios. Alguno de tus poetas ha cantado nuestras glorias con versos inmensos. Late en tu ambiente, en tu sangre, sangre española. ¿Cómo no te vamos á querer?...

Merced á lo rico que tu suelo es, merced á lo que te empujó el invasor, llegaste á ser, México, un emporio de riqueza, un país grande, floreciente. Una revolución de pasiones te ha perturbado y trastornado, conduciéndote á un estado de cosas triste, lamentable. Pero pasará, quién lo duda! Como lo bueno se acaba, también ha de acabarse lo malo. No obstante

como estás, la obra de tus dos últimas generaciones resplandece triunfante, presentando ante la faz del mundo un país con legislación avanzada, con una red de ferrocarriles grande, con edificios suntuosos, con negocios verdaderamente enormes, añadiendo á esa riqueza que los hombres crearon en ti, lo que Dios con su poder te cedió en el reparto mundial, dándote honores de país privilegiado. Díganlo tus pozos de petróleo, los más ricos del mundo; tus minas de plata y cobre, con filones inagotables; tu vegetación exuberante, tu profusión de maderas.

México, rico, poderoso, sacudirá el yugo que le oprime é impide en la actualidad su engrandecimiento. Así lo exige la justicia, la humanidad así lo pide. Alguna solución ha de tener aquel desorden existente. El patriotismo y la conveniencia abrirán á la razón un horizonte diáfano que deje ver á México en una marcha rápida de prosperidad y calma. Los pueblos ricos podrán estar perturbados más ó menos tiempo. Es un peligro de su misma riqueza; pero, al fin, ésta vence, y todo lo que á su alrededor se desarrolla es rico. ¡Ojalá pudieran decir lo mismo los pueblos pobres!





Los españoles en México.

—Adiós, amigo; mañana le esperamos á usted á comer en casa.

Estas palabras llegaron á mis oídos un atardecer en la plaza de Armas de Veracruz, y me las decía una española simpatiquísima que allí se hallaba desde hacía muchos años con su buen marido y sus hijos, reuniendo pesos para luego descansar en su España, en esta España de tantas ilusiones cuando tan lejos se hallan de ella. Contesté afirmativamente y agradecidísimo, mientras aquella dama bella y bondadosa se perdía entre la demás gente, del brazo de su esposo, un castellano de pura cepa, cariñoso y apto como pocos.

Veracruz recibía la noche; esa plaza de que os hablo es el punto de reunión de casi todos

los españoles, es el sitio clásico de la ciudad; allí se congrega lo mejor de la sociedad veracruzana, y dando vueltas alrededor del kiosco de la música, dejan llegar la hora de la cena; un arrastrar de pies, un charloteo constante, confunde el ruido de la orquesta; millares de tordos chirrían alegres entre las ramas de unos árboles monumentales, á cuyas sombras unas parejas de enamorados se dicen amores... ¡También en México hay poesía!

*
* *

Al día siguiente acudí puntual á la cita de la española: no podía faltar. Cariñosísimos me recibieron y me hicieron pasar á un salón elegante adornado con cuadros y vistas de España, un piano ataviado con un mantón de manila ocupaba uno de los ángulos de la habitación; en el piano dos platos sevillanos denunciaban escenas andaluzas y en los candelabros del piano unos madroños ocultaban la caoba de unas castañuelas.

—¿Quién toca aquí el piano?—pregunté.

Y en seguida una pollita como de unos catorce años, guapa y lista, contesta orgullosa:

—Yo lo toco, yo.

Y dicho y hecho, y en efecto, que lo hacía con gracia, con sentimiento. Las notas de una jota bravía y sentimental llenaban los ámbitos de aquella estancia... La niña tocaba con soltura, con brío: era una española; el haber nacido en tierras extrañas no influía en nada para que todo el vigor de su alma fuera español.

Mientras la señora nos abandonaba unos instantes, seguramente por atender la comida, el amo de la casa conversaba amablemente conmigo.

—¿Va usted á estar mucho tiempo entre nosotros?—me interrogó.

—No, señor, respondí—; el necesario tan sólo para arreglar unos asuntos que traigo; después volveré á España... A propósito: he oído que también usted este año piensa ir para allá.

—No sé aún; como somos tantos, cuesta mucho el moverse de casa. Además, el negocio no se puede dejar abandonado...; usted, soltero, va bien por todas partes; pero nosotros, con tres chiquillos, figúrese usted.

—Por cierto muy guapos—interrumpí yo.



—A mí, como padre, qué quiere usted que me parezcan; he procurado educarlos en un ambiente puramente español; dentro de mi casa observará que casi se olvida uno de que está en América; ellos oyen hablar mucho de nuestra patria á su madre y á mí, y al fin la han tomado cariño; no sabe usted eso lo que me satisface. ¡Es tan bonita aquella tierra!

—¿Cuántos años lleva usted en México?

—Veinticinco, querido amigo. Y quince mi esposa, esa santa que usted conoce, y en ellos crea usted, no la oí decir una sola vez que la llevara á España, y me consta que por conseguirlo, por ir á ver á su madre que está allá, daría un ojo de la cara; pero es tan buena, tan sumisa, ha comprendido tan bien lo que pasa en esta tierra, que cuando se acuerde de ir á la suya será para no volver á ésta...

—No sabe usted—me decía aquel español simpático—lo que estas mujeres valen... Aquí, ya ve usted, somos treinta y tantos individuos que el que más y el que menos hemos venido chicos de España; pues por espacio de mucho tiempo ella ha presidido la mesa donde todos comemos: departe cariñosa con ellos, corrigiendo lo que le parece malo y aplaudiendo lo

que halla bueno; si se enferma alguno, ella como madre cariñosa le atiende, y en la mayoría de las ocasiones, merced á sus desvelos, se pone bien. Tenga la seguridad que ese trato constante con la señora de la casa, ese respeto que su presencia en la mesa impone, educa el alma... ¿No ha notado usted algo especial en el emigrante de México? Algo en el trato, en el respeto, en los modales... Pues esa no es obra ni de ellos ni de los amos: es labor de las españolas. Nadie sabe lo que vale una señora de su casa.

El buen castellano le hablaba á un convencido.

Sonó un timbre...

—¡Cuando usted quiera podemos comer!...

A los pocos minutos unos grupos de jóvenes, guapos, sanos y fuertes, se hallaban alrededor de una mesa enorme. La señora ocupó la presidencia, su esposo se sentó á su izquierda y á mí me cedieron la derecha... Dos cazuelas tremendas de arroz con pollo honraron con su presencia el local... Aquellos jóvenes dirigían sus ojos al guiso con verdadera ilusión... La española me sirvió una ración grande, diciéndome:

—Tenga usted; no quiero que luego diga que le hemos hecho pasar hambre.

—¡Por Dios, señora!—respondí.

La comida transcurrió agradabilísimamente y la conversación recayó en la cuestión del casorio... Recuerdo que la dama me dijo:

—Debe usted casarse; es una obligación en el hombre, pero con una española, ¿eh? No porque las de aquí sean malas, no es por eso, sino porque seguramente si lo hace usted con una de aquí no nos vamos á ver en España, y yo celebraré muchísimo que esta comida la repitamos por aquella tierra...

El párrafo aquél me dejó frío; trajo á mi mente recuerdos que con la conversación amena de aquella gente se habían disipado... Tenía razón, había que casarse; pero si con ella no podía ser, ¿á qué pensar en eso?

Los taponazos del champagne anunciaban el final de aquella deliciosa escena. Emocionado, cogí mi copa y brindé por aquella familia, por aquellos españoles que con su moral, su virtud y sus costumbres tanto honraban la patria en que nacieron. El resto del tiempo que entre ellos pasé, aunque aún fueron horas, me parecieron minutos; fumé un rico ha-

bano, oí otras piezas españolas, conversé con todos ellos de España y salí de aquel templo del trabajo dudando si me hallaba en México ó en una población española... Hasta llegué á pensar si el champagne tenía la culpa de aquella ilusión...

De esos españoles que os cuento, queridos lectores, hay muchos en México; fueron á él pobres, chicos, en una edad en la que casi no se pueden sentir ideas de nacionalidad, y, sin embargo, la de cariño á su España late en su corazón con verdadera pujanza; y se casan y tienen hijos y en su hogar no se respira más que ambiente español, y los nenes la primera palabra que aprenden es España, la tierra de sus padres, de sus antepasados, y las canciones que aprenden son españolas también.

Si ese sentimiento de patriotismo se hiciera sentir con la misma intensidad en todos los que en esta tierra nacieron, otro gallo nos cantara, porque ese ideal patrio que se forma en los hogares de los españoles de Ultramar no es un patriotismo estudiado ni de conveniencia: es un sentimiento leal, noble, de conciencia. ¡Eso! ¡Eso es hacer patria!



Huerta, presidente.

Una de las causas de que la Revolución mexicana subsista es el patriotismo de algunos mexicanos. Parécerá esto ilógico, pero insisto en que uno de los motivos principales de que México esté revolucionado lo constituye el "mexicanismo" de muchos, que no consienten en su país la intervención extranjera; triste es que esos que tan patrióticamente se expresan con los hechos, no puedan por sí solos pacificar su nación y llevarla en aras del progreso y del adelanto.

A nosotros, á los españoles, nos convendría grandemente una intervención americana á semejanza de la que en Cuba existe; pero eso no quita para comprender que la actitud de los que actualmente manden en México, tiene cierto aspecto patriótico. Que sigan mal sus

destinos es aparte; mas lo que antecede no se puede negar, pues nadie dudará que al actual presidente Huerta, si no se sintiese mexicano, le sería mucho más cómodo ponerse de acuerdo con los Estados Unidos y gobernar en paz y gracia de Dios. Ahora bien; esos mismos patriotas desconocen ó hacen que desconocen, por lo cual cabe sospechar en la falsedad de su patriotismo, que con la situación creada no llevan á su patria más que al desorden, al des- crédito y á la ruina. Han llegado á conseguir que no exista allí lo más elemental, para que la vida pueda ser soportable, "la seguridad personal"; ésta, hoy por hoy, se puede afirmar que desapareció en la patria de Moctezuma.

La falta del principio de autoridad es bien notoria; de eso que los tratadistas de Derecho político señalan como elemento tan necesario para el buen orden y funcionamiento de toda sociedad bien organizada, se carece en absoluto, y es natural que al hallarse en libertad desbocada los elementos que la componen, no sigan el camino de un fin social, digno y elevado, sino el de la destrucción y el desacato.

Yo creo que pueden sufrir transformaciones por medios patrióticos los pueblos muy

cultos, los que en su sangre y en su mente llevan innata la idea del progreso; los patriotas mexicanos creen que México puede responder con su cultura actual á esa torsión de patriotismo, y están, á mi juicio, en un error, por ser otro el temperamento de su raza y otro también su grado de saber.

Allí existen dos poderes encontrados grandes, indiscutibles. Uno, el deseo de muchos mexicanos de ser independientes, de ser libres, de regirse solos sin necesidad de la ayuda de nadie. Otro, la aspiración de los Estados Unidos á que la doctrina de Monroe se cumpla con la adición de "América para los americanos del Norte". Estos dos poderes, al encontrarse, provocaron la revolución que tantos trastornos ha traído. Los patriotas ó patrioterros, que quizá les cuadre mejor este nombre, saben que los yanquis no se atreverán á intervenir en una forma guerrera por temor á los resultados que su campaña pudiera traerles. Los Estados Unidos no ignoran esto, pero codiciando siempre la riqueza petrolera de México, como base principal de sus aspiraciones, echan leña al fuego y hallan más cómodo imposibilitar la vida al gobierno ac-

tual por medios con los que no exponen hombres y gastan menos dinero. Esa es la situación actual de México, que durará mientras existan mexicanistas y americanistas, que subsistirán si el Presidente sigue sintiéndose patriota.

Yo deseo con toda mi alma que aquel país, que es un emporio de riqueza en muchos órdenes, llegue á pacificarse; una nación que se halla á la altura en que está México tiene derecho á vivir de una manera próspera y floreciente. Deseamos la paz para bien de todos, y tranquilícese esa hermosa tierra donde tanto español tiene su fortuna y su hogar y donde tanto porvenir hay para los que quieran trabajar, siempre que los amparen las leyes, pues si esto no existe, demostrarán ante la faz del mundo que dejan los fueros de gobierno y de justicia en manos de cualquiera, y contra esos estados injustificados y anormales que crea el desacato y el desorden, los gobernantes deben saber desempeñar sus fines, tomando medidas enérgicas y justas que les aseguren sus vidas y sus haciendas, porque la mayor garantía de los ciudadanos han de ser los derechos que les asisten en las leyes.



Los españoles de México, gimen.

Los americanos, esos colosos del dinero, han ocupado Veracruz, la población en que hace veinte años no se podía vivir por su insalubridad y que hoy es un modelo de limpieza é higiene en la república mexicana. Desembarcaron unos cuantos marineros, enfilaron los acorazados á la población, las respetabilísimas bocas de sus cañones y el *México Libre* se inclinó ceremoniosamente ante el poder de los *Dollars*, señores del mundo. Unos cuantos tiros en las calles, unos muertos, otros pocos heridos y en plazo cortísimo la bella ciudad pasa á ser posesión del Tío Sam. Los españoles que en ella habitan, los que en ella



tengan intereses, están de enhorabuena, porque siquiera ya hay alguien que defienda la propiedad y la existencia de las iras de un pueblo inculto. Huerta ha dicho que la ocupación de Veracruz ha sido un atentado al derecho de gentes; en el aspecto legal, quizás tenga razón el general mexicano; en el aspecto práctico, ha sido una necesidad á que los ha impelido precisamente la falta de cultura del pueblo que gobierna. Nadie se acordó del derecho de gentes en México hasta que la bandera yanqui se asentaba con carácter de dominio en una población mexicana.

En Torreón cientos de españoles han sido expulsados, y se les amenaza con la confiscación de sus bienes; algunos de ellos, que se opusieron á tan injusta medida, han sido villanamente asesinados, y hasta una dama que se interpuso para evitar el fusilamiento, también fué atravesada por las balas; el bandido Villa cumple á maravilla el funesto plan que Madero trazó. Este fué el programa. Villa, su ejecutor.

El abuso de la fuerza, la injusta razón del poder de unos maüserts ha servido para despojar de lo suyo á quienes lo habían ga-

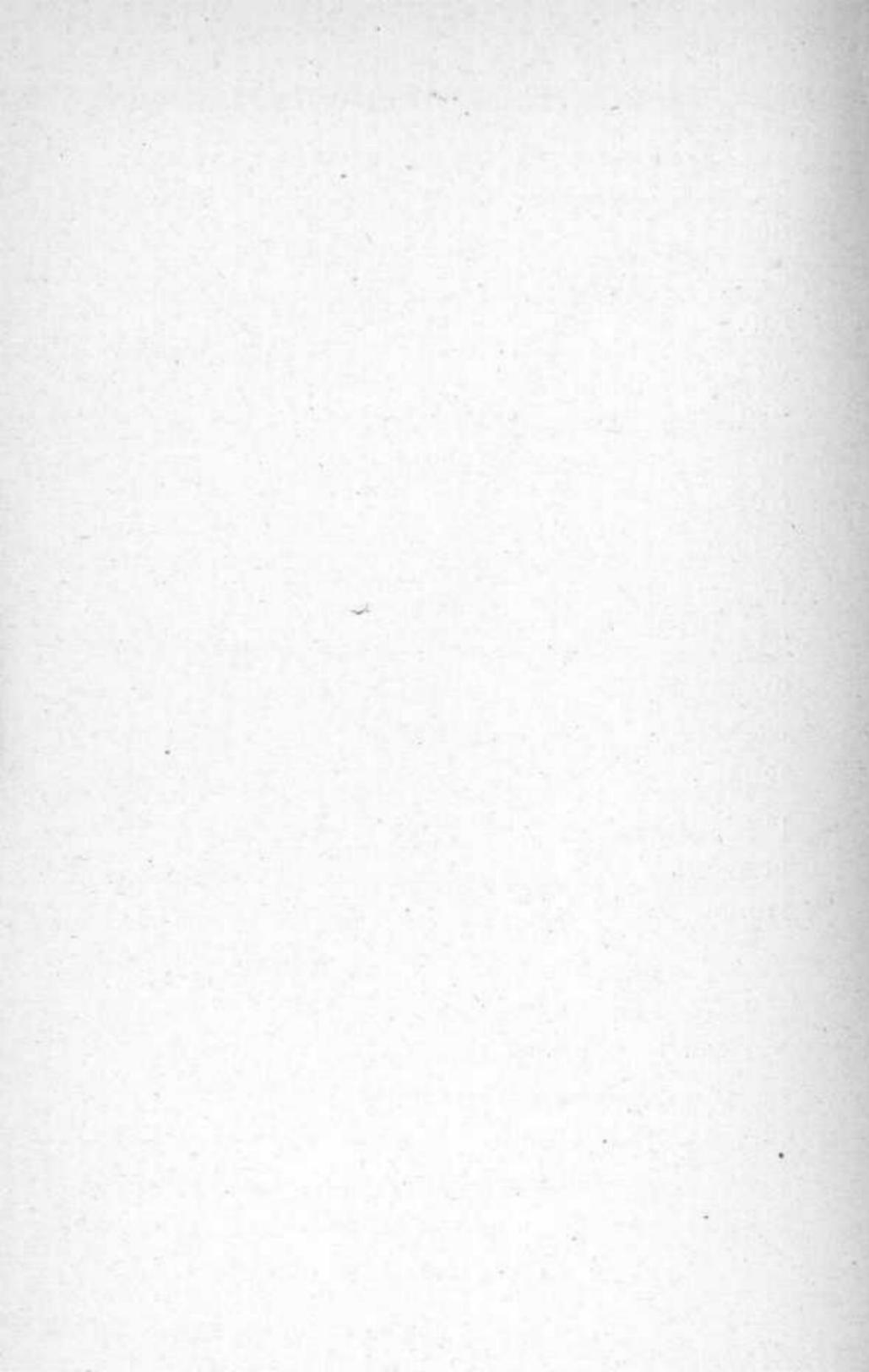
nado á fuerza de años y de trabajo. El atropello es bien notorio: un bandido, á la cabeza de unas huestes de asesinos, entra en Torreón y arroja de allí á los compatriotas nuestros, prodigándoles frases insultantes é injuriosas; no contento con eso, les quiere confiscar sus bienes. Sin embargo, ante tales abusos, ante tales atropellos, no se acordaron de que el derecho de gentes existía. ¡Claro, para qué, si eran españoles!

Estoy segurísimo que el Sr. Dato y los ministros no sabía ninguno que en Torreón existía una colonia de más de mil españoles, no necesitaban saberlo. A los españoles de América, que los parta un rayo. Cuanta protección pidan será vana. España en el presente no está en condiciones de poder hacer nada por nuestros hermanos de México, y aun siendo triste, hemos de declarar y reconocer nuestra impotencia; pero esos gritos de dolor deben servir para abrir los ojos de nuestros gobernantes en el porvenir y pensar que en América hay grandes colonias, honra de España, que merecen verdadera atención por parte de los Gobiernos. ¡Cuánto más nos valdría atender bien eso y dejarnos de otras aventuras á

las que los poderes tienen gran cariño y de las que no vamos á sacar más que los pies fríos y la cabeza caliente! Si los cientos de millones de pesetas que se ha llevado, se lleva y se llevará África se hubiesen dedicado á instrucción, ferrocarriles, caminos y pantanos, en una palabra, á fomento, España sería un país fuerte y rico, y entonces podría imponer la ley donde necesitasen su amparo un puñado de compatriotas. En la situación que nos hallamos, ¿á qué presumir de cultura y fuerza, á qué gestos ridículos de pujanza y bravura, cuando últimamente en la *débacle* de Torreón hemos quedado á la misma altura que los chinos? ¡Pobre España! De tu poderío enorme has descendido á la mayor insignificancia; agradece á tus gobernantes el buen empleo que hicieron de tu raza, esa raza privilegiada que por talento, por heroísmo, por tesón, llegó á hacerse la señora del mundo. Hace cuatro siglos América tembló bajo la planta de algunos de tus hijos. Cuatro siglos después una raza de las que tú ilustraste, dirigida por un bandido, roba y asesina á los mismos que cuatrocientos años antes les enseñaban á hablar.

Decidme si no merecen más atención las

cuestiones relativas á América que la improductiva labor que se lleva á cabo allende el estrecho; calculad la posesión, el capital, la representación que tiene la colonia española en América. ¡Cuánto no puede dar de sí ese plantel de lucha, de trabajo! ¿No merecerían más cuidado esas riquezas de hermanos nuestros que el ir á explorar y á gastar hombres y dinero donde todavía no sabemos lo que vamos á conquistar? Desgraciadamente estamos en una época de descomposición. El espíritu aventurero de la raza nos lleva á crear riquezas donde luego no las podemos defender por falta de *Patria*, donde cuando no nos repeten por leyenda ó por cortesía tendremos que abandonar el lugar, diciendo con tristeza: ¡no somos nadie!





Los españoles de la Argentina, piden.

De allende los mares, entre vapores de entusiasmo y patriotismo, llega á las playas españolas una mujer joven y hermosa que, ansiosa de pasear sus riquezas y sus galas, dice á gritos á los primeros españoles que á su paso encuentra: ¡Salud, compatriotas, vengo tan sólo porque quiero convivir con vosotros! ¡Traigo una comisión honrosísima de vuestros hermanos de la Argentina! La dama en cuestión, bella y elegante, es la representación de los españoles en la Plata; arriba á un puerto español y dice á los que la rodean, poco más ó menos lo siguiente:

“Compatriotas queridos, os saludo á todos

con el alma por encargo de los españoles de la Argentina; aunque muchas veces nos hemos visto, muy pocas nos hemos tratado y es necesario que nos vayamos conociendo. Vosotros nos mandasteis grandes literatos, poetas inmensos, oradores elocuentísimos y comediantes insignes que con sus talentos los deleitaron alegrando su vida; vuestros paisanos de allende los mares creen cumplir con vosotros enviándoos como embajada á una mujer hermosa.

Espanoles de corazón, políticos, literatos, oradores, poetas, patriotas, haced lo que podais por complacer á esta dama que viene de lejísimas tierras á solicitar algo justísimo; no dejéis que marche como tantas veces marchó; complacedla, pues complacerla es un deber, puesto que llegó á la tierra de la galantería.“

La visita se repitió varias veces y los Gobiernos, que son los que podrían hacer todo, permanecen impasibles ante la pretensión de la bella mujer. Lo que ellos dirán: ¡Qué necesidad tienen esos españoles de lo que la dama solicita! ¡Al fin y al cabo, qué representan los españoles de la Argentina!

Los españoles residentes en la República Argentina quieren y deben tener representación parlamentaria. El deseo de esos compatriotas no puede ser más plausible, pues bien merecen tener en Cortes buenos paladines quienes tan alto, tan dignamente han sabido colocar el pabellón de España fuera de ella. La Argentina es un país rico, floreciente, de gran porvenir; los que en él están aun padeciendo las crisis económicas que padecen todos los países en evolución, atraviesan una era de paz que hace tranquilos sus esfuerzos y productivos sus trabajos. Los españoles que por acierto en la elección, los que por suerte se hallen en ella, piden, y con razón justificadísima, que haya alguien en Cortes que pueda hablar por ellos. Esa petición llena de entusiasmo y patriotismo es un grito de vida que no pueden desoir nuestros gobernantes; es más, tienen el deber de escucharlo. Es el corazón de una raza que late fuera de su patria queriendo tener en ella una representación á que la ha hecho acreedora una labor de fe y entusiasmo.

Los gritos de dolor de nuestros compatriotas de México y la petición valiente y justa de nuestros hermanos de la Argentina llegan á España; sin embargo, una pasividad grande envuelve el ambiente nacional; toda la vida política activa se reconcentra en el salón de sesiones del Congreso, donde monárquicos y republicanos, con elocuentes frases y fogosos discursos tratan de arreglar nuestra desarreglada Patria; por la puerta entreabierta de ese salón glorioso trascienden á la calle vapores de elocuencia. Muchos de los párrafos son verdaderamente sublimes; pero, por desgracia, nuestra España es un país de oradores, pero nada más... ¡Compatriotas de América, paciencia!



¡Pobres compatriotas!

La situación en que se hallan los españoles residentes en México no puede ser más deplorable: están lejos de su patria y de sus familias, con sus vidas á merced del deseo de unos bandidos y sin protección alguna por parte de sus Gobiernos, que ya tienen bastante labor con la de malgobernar España; y es verdaderamente lamentable que no presten más atención á los que allende los mares tanto representan, pues basta salir del suelo patrio y conocer al español fuera de él para poder apreciar lo que vale, de lo que es capaz. Esta afirmación la confirman las grandes figuras españolas que en el extranjero y ambas Américas hay con posiciones verdaderamente brillantes debidas tan sólo á su talento y laboriosidad. Sin necesidad de llegar á los privile-

giados de la fortuna, basta recorrer América, donde se encuentran muchos, muchísimos españoles ricos, demostración evidente de que nuestra raza sirve para mucho. ¿Que también hay muchos españoles pobres? Es verdad, no todos iban á triunfar, á hacerse ricos; pero cierto, ciertísimo que son los menos.

La República Mexicana atraviesa en los actuales momentos una crisis política y económica (ésta motivada en parte por aquélla) que no sabe nadie cómo se solucionará. Ni los mexicanos más patriotas saben si deben emanciparse de la tutela yanqui ó, si por bien patrio, será necesaria su intervención para la pacificación del país. Claro es que la intervención pacífica, diplomática, pues la armada costaría á los Estados Unidos muchos más millones que representa el capital yanqui en México, y representa muchos, y una cantidad grande de soldados que tendrían que luchar con los inconvenientes de un terreno desconocido y de una raza indómita. México es un pueblo medio salvaje; es decir, más de medio, porque la gente que sabe discurrir, desgraciadamente no llega á la mitad de sus almas ni mucho menos. Existe, es natural, una parte

intelectual que vale y piensa; pero en su mayoría (10 millones de habitantes) son indios que carecen de toda cultura, de todo roce social; raza que ni gasta, ni produce, ni se viste, ni se alimenta; un elemento así ningún beneficio puede reportar ni al país ni al extranjero, alma y vida de aquella nación rica y bella como pocas. Además, el indio es pendenciero y borracho por temperamento, y como nada tiene que hacer ni guardar, fácilmente se convierte en revolucionario para traducirse más tarde en asesino y robar y matar sin conciencia alguna; á todas estas bellas cualidades hay que aumentar su antipatía al invasor principalmente por el *gachupín*, que es el nombre con que nos denominan á los españoles.

Yo, que he visitado México y lo conozco algo, declaro sin temor á equivocarme que, por cada indígena que se pueda considerar útil á su país, existen veinte que no lo son. Retrátalos el hecho de que *ellos* no pueden sofocar la revolución iniciada hace cerca de cuatro años.

Conociendo lo que allí vale el elemento español, es incomprensible que el Gobierno no dirija su mirada á Ultramar. Todos se preocu-

pan de sus súbditos menos España, esta España que tiene allá tan brillante representación y que por idioma y tradición tiene el compromiso moral de mirar hacia el nuevo mundo. Los yanquis mandan ya barcos de guerra á los principales puertos mexicanos; Italia, Japón y Francia se preparan á enviarlos. Sólo España permanece impasible. ¿Es que no sirven para nada los que tenemos? ¿Podrían tener aplicación más honrosa los que están construyendo ó algunos de los ya construídos?

Algo más debieran preocuparse los Poderes de nuestros pobres compatriotas que en México se hallan; de aquéllos que en un momento dado, de gravedad suma como los que ya se han presentado, tendrían una satisfacción enorme en poder hallar, por lo menos, un barco español donde guarecer á sus mujeres y á sus hijos de los ímpetus de un pueblo falto de corazón y de cultura; no menos merecen los que en los días tristes por que atravesó España dieron pruebas tan hermosas de patriotismo, los que tienen sus bolsas siempre dispuestas para toda suscripción que á la Patria se dedique y, por último, los que á fuerza de laboriosidad y talento supieron colocar tan alto

el pabellón nacional en tierra extranjera.

Yo me atrevo á rogar desde estas columnas á mi querido amigo D. José de Parres y Sobrino, ilustre senador soriano y americanista insigne, influya con su brillante pluma y su elocuentísima palabra para que no se dejen en el rincón del olvido intereses tan sagrados. Es un deber de español que él, como gran patriota y gran talento, ha de reconocer. La atención que sus sabias opiniones merecen y su altura política é intelectual, le permiten ejercer gran presión en el ánimo de los gobernantes. Hágalo por la Patria grande y por la Patria chica, que también merece nuestra atención y nuestro cariño, y no olvide que muchos de los que allí padecen son sorianos que, por su patriotismo y abnegación, se hacen acreedores á que los recuerden y protejan los que á su tierra tan dignísimamente representan.



Mirando al porvenir.

Son muy de estudiar, en el momento presente, las vicisitudes por que atraviesa la República mexicana, donde las naciones europeas, estos colosos que están gastando el oro, la metralla y los hombres en proporciones verdaderamente aterradoras, han consentido que unos indocumentados maten y atropellen, roben y saqueen á quien por todo mal no hizo más que reunir un modesto pasar á costa de trabajo y laboriosidad, que al fin y al cabo es lo menos que podían exigir nuestros compatriotas de una tierra á la que nuestros abuelos dieron su idioma y su civilización. Digo que son muy de estudiar porque, en mi entender, no hay esfuerzo más triste que el realizado para la consecución de un fin que luego es desbaratado por el derecho de la fuerza, sin

que pueda ser amparado ni restituído en los que la propiedad y las leyes conceden á todos los ciudadanos. Casos de éstos por docenas invaden la historia de la actual revolución mexicana, siendo, por desdicha nuestra, casi siempre los españoles los preferidos por el destino. Todos, ó casi todos, los lectores de estos renglones saben ya de memoria los atropellos de que han sido víctimas nuestros hermanos de México, los residentes en aquella segunda España, sembrada por doquier de recuerdos y leyendas que la hacen nuestra predilecta.

Lo que con aquellos buenos hijos de España han cometido y cometen es altamente injusto, notoriamente indigno; injusto, por parte de los mexicanos, que nos adeudan tesoros inolvidables en lo que á cultura é independencia se refiere; injustísimo también por parte de nuestros gobernantes que, impotentes para defendernos allende los mares, no hacen lo posible por contener toda idea emigratoria, toda iniciativa que tienda á cruzar el charco con dirección á la patria de Moctezuma.

Los paisanos de Juárez, de aquel patriota que indicó á su pueblo cuál era la senda del

deber, que luego no han seguido, no debieran olvidar que la bandera gualda y roja, rica en trofeos de gloria y conquistas, fué la que se asentó en su patria por vez primera como portadora orgullosa de la civilización y como emblema de bravura; no pueden olvidar que fueron españoles los que á las órdenes del gran Cortés reconquistaron un pueblo inmerecedor de tan gran conquistador, y que también la vida azarosa del gran guerrero fué turbada por los amores insanos de una mexicana, que aún barragana en sus aspiraciones, tuvo amores con aquel español insigne, de los que quizás nacieron los que México guardó á nuestra patria tanto tiempo, traducidas en cariño y respeto á nuestros compatriotas, que no llevaron allá más que un ánimo de trabajo y laboriosidad.

México, como está, como desgraciadamente lo han puesto, no puede infundir confianza á nadie; no puede ser ya la estrella de salvación que aparecía en el horizonte de los desheredados de la fortuna. Debe surgir, de cuantos no ignoren esta situación y quieran á España, una voz de alerta potente, clara, estentórea, que llegue á lo más recóndito de las aldeas,

á los mismos sitios donde llega la labor mezquina y rastrera de muchos agentes de emigración que pintan á gentes desgraciadas é incultas paraísos de felicidad que no llegarán nunca, y demuestre á los que piensen en ese faro salvador que lo que van á recibir allí son vejámenes y desengaños. Que soporten penalidades los que allí tienen gran parte de su fortuna y de sus afectos, conformes, ¡qué van á hacer!; pero ¿á qué ir aquellos que aún no han probado las penalidades del viaje, que aún no han formado hogar y que el que piensen formar, caso de que la suerte les fuera propicia, que á la mayor parte no les es, se vea destruído cuando menos piensen por la mano impía de un criminal, sin más ley que un revólver ni más bandera que el atropello y la destrucción?

No, españoles, no. Aguardad y no abandonar, por lo que más queráis, el suelo querido de la patria. Dar todas vuestras energías, vuestra savia, vuestros brazos á esta nuestra pobre España, que bien los necesita, donde, por lo menos, se respetan los derechos individuales, en medio de una paz cariñosa que nos depara la suerte, y de la cual no podemos

más que congratularnos. Haceros cuenta de que la ruta gloriosa que siguió Colón para indicarnos con su cerebro maravilloso la situación de América, se ha borrado del mapa y que no sabéis más que en sitio lejano hay una tierra que en tiempos fué de promisión llamada México, á la que Dios colmó de bellezas naturales y gobiernos infames incapaces para contener las iras de un pueblo que se desborda en una crecida de pasiones y malos que-
reres.

*
* *

Nada en la vida, aun lo más insignificante, se puede conseguir sin voluntad, sin energías, sin conciencia, sin unir al proyecto el deseo vehemente de adquirir una cosa. México no es para los mexicanos el nombre sagrado de la patria; es el que le concedió el idioma; mas la patria existe muy relativamente donde de ella no hay el concepto elevadísimo que merece, que debe crecer y fomentarse en la educación, en la cultura de una raza, como, por ejemplo, ha ocurrido en Alemania, donde la palabra patria es lo que se antepone á los demás deberes de los ciudadanos. Y es que ella

es todo en un país; es su suelo, sus ríos, sus montañas, sus costumbres; es el todo de las naciones; donde no tienen ese ideal cumplido, donde prescindan de él para dar paso al desbordamiento de injusticias y traiciones, la obra de los que protestan de patriotas cae falta de base firme y segura, como el viento se lleva unas cuartillas de una mesa... Mientras aquella República, rica y bella, se halle en el estado anárquico en que se encuentra, es un alto deber, por parte de los gobiernos, evitar á todo trance el que un solo español abandone su patria... El emigrante no lleva más deseo que trabajar, hallar en tierra extraña lo que la suya cruel le niega y crearse una posición decorosa con sus desvelos. Para que esto tenga la debida recompensa, lo primero que hace falta es de lo que carecen en aquella República: la seguridad personal y que las leyes se respeten y respeten los derechos. Ese deseo de emigrar subsistirá; pues aunque los siglos pasan y los hombres se suceden, el espíritu aventurero de la raza conserva sus trazos clásicos, sigue en el marco que con majezas y gallardías le crearon nuestros antiguos aventureros; el emigrante español es uno de tantos paladines de

esta raza privilegiada de trovadores y poetas, de guerreros y arlequines, es el hermano gemelo del que luchó en Lepanto contra el poder de la Media Luna, capaz, poco después, de escribir el inmortal *Quijote*, para deleite de la humanidad; del que en la heroica Flandes atropellaba la mansión señorial del rico flamenco, y atravesándolo de una estocada iba á posarse á los pies de su dama, recitándola su canción de amor; es el mismo que en Venecia enamoraba una noble con sólo dedicarle una trova al pie de su celosía; es el que luchó en las colonias, y atándose una cuerda á la cintura no podía consentir que su cuerpo cayese en manos de enemigos de su bandera; es el eterno héroe popular, el de las tonadillas, el de las leyendas, el de las historias, aventurero de suyo.

Merced al influjo que la madre patria dió á la civilización de las Repúblicas americanas, éstas cantan hoy á sus hijos, nietos de España, himnos de independencia y libertad, y merced también á la voz elocuente de tribunos insignes, españoles siempre, el negro no oye ya el chasquido del látigo, ni la negra puede tener el temor de que sus hijos sean fruto de un comercio indigno. La palabra grandiosa

y libertadora de nuestros oradores sirvió con su arrebatadora elocuencia para romper las cadenas de la esclavitud, y gracias á esa campaña redentora muchos millones de seres que tenían los mismos derechos que las bestias de carga, fueron convertidos en seres libres. ¡Qué pago dieron muchos de ellos á tal generosidad! ¡Recordad, lectores, los últimos sucesos de México y ved el comportamiento de esos mismos con aquellos que los libertaron!

*
**

Otro de los gandes inconvenientes que tiene el emigrante en aquellas repúblicas, consiste en las fluctuaciones que ofrece el cambio. Ultimamente, los pesos mexicanos han llegado á valer 65 céntimos oro; esta depreciación, esta ruina, ha sido motivada por la poca garantía que ofrece el papel moneda existente, aumentado por el que los revolucionarios, sin más autorización que su capricho, han lanzado por todo el país imponiendo su curso forzoso con la fuerza de las armas. La moneda de papel es absolutamente lo mismo que la moneda metálica en lo que á valor se refiere, siempre que cuando un Banco emi-

ta, por ejemplo, 100 millones de pesos en billetes, tenga otros 100 en oro ó plata en sus cajas; entonces lo único que se ha hecho es dar al público más facilidades, privándole de un peso inútil, puesto que aquel papel que dice 100 pesos sabe que son cien monedas de oro ó plata de á peso. Ahora bien; la moneda de papel puede ser de tres clases: *representativa*, *fiduciaria* y *convencional*. La representativa es la que se refiere al caso que ya he citado de tener una suma igual á la que representa en la caja de un Banco y que le sirve de prenda. Es la que tiene veadero valor legal.

La *fiduciaria* es la que se presenta bajo la forma de un título de crédito propiamente dicho; es la promesa de pago de cierta suma, y es evidente que en este caso el valor del crédito depende de la solvencia del deudor. Y, por último, la moneda de papel *convencional* es la que nada representa ni da derecho á nada: en sentido extricto recibe el nombre de *papel-moneda*. Esta es la que impera en la República mexicana, y son hojas de papel emitidas por un Estado que carece de numerario garantizador, y aunque en ellas van grabadas palabras que encierran una obligación de

pago, todo es una ficción, puesto que el Estado no tiene con qué reembolsar.

Cuanto más papel-moneda exista en un país, cuanto más aumente la probabilidad de que pueda existir, mayor será el demérito de sus pesos. El valor de esa moneda es *precario* en extremo, y así lo reconocen los más insignes economistas, pues está á merced de la voluntad del legislador, y la misma ley que la creó puede fácilmente suprimirla. Si el billete pierde su valor legal, el que le ofrece la garantía metálica, lo ha perdido todo, no queda en manos del portador más que un papelucho que no sirve para nada. No hay que olvidar que otro de los inconvenientes del papel moneda es la limitación de su valor, puesto que conferido por la ley, no puede extenderse fuera de los límites del territorio regido por dicha ley. No podrá, pues, jamás formar base de un cambio internacional, limitándose á ser una moneda nacional cuya equivalencia con el tipo de cambio universal dependerá únicamente de la mayor ó menor abundancia de emisiones de papel-moneda que lancen á la circulación aquellas *almas generosas* que por lo visto creen con ello enriquecer á una nación lo mis-

mo que si hubiesen descubierto una mina de oro, ignorando que con tal procedimiento lo único que consiguen es llevarla al descrédito y á la ruina, imponiéndole cargas que sabe Dios cuánto tiempo tardará en liquidar.

Vista la situación de la república mexicana, emporio de riqueza, su redención parece un sueño de poeta: los últimos días de anarquía han empañado con desgracias todas las glorias de su historia. Queda un vago recuerdo de lo que fué, y apenas si se vislumbra la seca energía de Juárez, ni la fría resolución de D. Porfirio; pero así y todo, yo confío en que, aun retrasándose más de lo que deseamos, la normalidad llegará y saldrá de entre los mexicanos quien los normalice y regenere, sacándolos del ambiente impuro en que se hallan, con el alto ideal de crear una nacionalidad. Dios, que á la par que grande es justo, como creó los que condujeron á aquel bello país á la ruina y á la desolación, habrá creado el genio guerrero y honrado que sabrá redimirlo. ¡Esperemos! Las entrañas de un pueblo rico nunca son estériles, y de ellas, fiel á su historia y á su patria, quizá surja el hombre que á la vez que dé la paz á México, recibir

el mayor trofeo que un héroe puede recibir: el entusiasmo y el cariño de un pueblo y la bendición de las generaciones venideras, que serán las que disfruten de una era de tranquilidad, de progreso, fruto del heroísmo y patriotismo del que podrá llamarse con justicia libertador, y al que tendrán que vivir agradecidos los que á aquella tierra perturbada hayan ido en busca de posición y dinero, respetando siempre los ideales patrios y no mezclándose jamás en nada que pueda titularse política americana.

DESDE VINUESA



Carta abierta.

Amigo Palacio: Aquí me tiene usted entre estos pinares gozando de una temperatura ideal y disfrutando de las delicias que esta hermosa región prodiga á los veraneantes. Prometí á usted unos renglones desde esta villa y hoy que la pereza huye de mí, se los envío en forma de carta, juntos con un fuerte apretón de manos.

Vinuesa está como siempre estuvo en esta época: hermoso, tranquilo y rodeado de bellos montes y claros ríos, en unas condiciones de poesía que está llamando á Machado, Rueda ó Villaespesa para cantar sus primores. Todo es tranquilidad en la Corte de los Pinares: un sol estival aplasta á la villa toda y sus moradores sólo sacan la cabeza por el ventanillo

de la puerta para ver quién pasa. El centro del día transcurre en completa paz: parece que nadie vive en Vinuesa. Los que conocemos esta tierra, los que en ella recibimos alguna vez en Agosto las caricias de los copos de la sierra, nos ponemos á pensar cómo estarán por allá abajo. . á dos pasos del infierno.

En la tarde la cosa se anima; el sol se oculta entre el pinar y los señores salen á pasear por la carretera, donde algún automóvil cruza de vez en cuando, dejando marcada con su polvareda la estela de la civilización.

En este pueblo, querido Palacio, las noches son las más agradables aun sin diversiones, y quizá; esa falta de *números* ayude á darles un aspecto romántico que encanta; llevamos ya cuatro ó cinco de ellas que no se puede pedir nada más grato, noches serenas, de ensueño de romanticismo, en las que sólo se oye el cantar de algún sapo viudo ó el airoso sonar de un pasodoble en el gramófono. Además, como de noche aquí no se ve á casi nadie, esta es una condición que aumenta su belleza.

Así pasa el verano; yo, por mi parte, deseando que llegue el 1.º de Agosto para poder tirar las codornices.

Política, como siempre: un rincón de África. Más vale no hablar.

Las escuelas de párvulos de la generosa fundación Silvestre Torraba cerradas á piedra y lodo. Una donación tan hermosa, una filantropía tan plausible, maltrechas por la ignorancia de un JUSTICIA MAYOR MODERNO. El otro día creo estuvo aquí el gobernador, y que al verlas cerradas se indignó grandemente exclamando: "Esa escuela, que se abra desde mañana, bajo mi responsabilidad." Lo cierto es, que cerrada estaba y cerrada está, y hasta me atrevería á asegurar que cerrada seguirá. Si la sanción se aplicase siempre en consonancia con el delito, el que autorizó la construcción de ella, donde está emplazada, debería estar en la cárcel ó construyendo otra de su bolsillo particular, dada la facilidad con que hoy se hacen las cosas y las casas.

He oído también, que nos piensan traer un sanatorio para niños enfermos. Si entre estos pinos hallan la salud, bien venidos sean.

Y nada más por hoy.

Un fuerte abrazo.

Vinuesa, Julio 15-914



La labor de un profesor.

Se han celebrado en esta Escuela nacional los exámenes que todos los años tienen lugar. Ahora, y merced á un Real decreto reciente, se han sustituido los que así llamaban por una Exposición de trabajos. Esta innovación que algunos combaten, tiene para mí mucho de bueno, puesto que con ella, una simple inspección basta para ver y apreciar lo que cada chico hace y sabe, y no sucede lo que antes sucedía, que los cuatro ó cinco muchachos distinguidos que en todas las escuelas hay, eran los que se destacaban admirándonos con sus agudezas y trabajos, sin que casi nos ocupásemos de los demás. Cada cual en este mundo tiene su opinión, y yo respeto la de todos, como me place que respeten la mía, modesta,

pero sincera. Para mí esta innovación merece un aplauso.

Y otro, muy caluroso, calurosísimo, merece la labor de D. Anastasio González, maestro, por oposición, de esta Escuela, persona cultísima y bondadosa que encierra todos sus afa-nes en el de instruir á los niños visontinos, como no haya otros en la provincia. Y á fe que lo consigue este admirable profesor. Los chicos de este pueblo conocen hoy muchas cosas que antes no se enseñaban en las escuelas, aun conociéndose en el mundo. Y las conocen bien; no es aquello de que la sepan prendidas con alfileres; las saben á fondo, á conciencia; ¡las saben bien sabidas! En escritura y contabilidad hay muchos alumnos notables, dada su edad y su asistencia, y en conjunto, en conocimientos generales, casi estoy por asegurar que no habrá otra escuela en España donde se enseñe más y mejor. ¡He dicho España! La prueba está á la vista; el bondadoso maestro á quien se deben estos milagros, estoy seguro, celebraría vivamente que los intelectuales de la provincia dieran su vueltecita por esta escuela de Pinares, orgullo de ellos, é insisto en que la mayor parte es debida al

celo, al trabajo, á la labor del profesor citado, honra del Magisterio español.

Claro es que los materiales con que cuenta también son buenos; pero esos los hubo siempre en Vinuesa, y, sin embargo, no sabían lo que saben hoy, prueba evidéntísima de que el éxito, en su mayor parte, es debido al maestro.

Yo, que he leído tantos artículos encomiando á individuos que no han hecho más que dar unas pesetas para que los elogien, no puedo menos de quebrar, gustosísimo, una lanza en honor de ese buen varón. El mismo día de la exposición, al felicitarle calurosamente, se lo dije:

—Amigo don Anastasio; lo que usted hace con los chicos es digno de que lo sepa la provincia entera, y si ser puede, nuestros hermanos de América; y le prometí este artículo que él no quería que publicase y que yo envió con verdadera satisfacción.

Y él, sencillo, modesto, amable, siempre decía con naturalidad:

—Es mi misión; lo que hago, aparte de que sé que es mi deber, constituye en mí una alegría, una satisfacción enorme. Que por intrigas ó baja de miras ó pobreza de alma no

se me agradece como creo que se me debiera agradecer, ¡qué le vamos á hacer!, eso no tiene importancia. Si fuera uno á esperar eso siempre de las gentes, no se haría nada en la vida, y usted lo sabe como yo; pero puede que algún día, allá lejos, donde hoy padecen muchos españoles y muchos españoles triunfaron, alguno de estos que enseñe se acuerde de su viejo profesor y le envíe una bendición; y crea usted que sólo el pensar que eso puede ser posible, basta para alegrarme y compensarme de todo lo que pueda hacer por ellos.

Con un alma así es como se puede enseñar, como enseña D. Anastasio González, maestro cultísimo de la Corte de Pinares.

Vinuesa, Julio 18 1914.



Un paseo hacia Molinos

—Señorito, un amigo le espera á usted abajo... Este fué el aviso que empleó para despertarme una buena señora que en casa de mis padres presta sus servicios como doncella hace la friolera de quince años. El amigo era Vicente García Nieto, un *che* (1) la mar de templado y simpático que este verano decidió pasarlo cerca de su familia, dejando por unos meses la Argentina, donde se halla elaborando pesos. Habíamos quedado de acuerdo la noche anterior para dar un paseo á caballo por la parte baja del río Duero y llegar hasta la carretera de Covalada, esa bella región que tan bien describe Machado en sus bellas trovas.

Monté en mi buen tordo andador, producto

(1) Che, quiere decir argentino.

del país, y salimos marchando á buen paso por las calles del pueblo; mi acompañante era madrugador, pues todavía el sol tan sólo acariciaba la tierra sin marcarse aún con su característica pujanza. Yo, que soy dormilón en extremo, iba medio traspuesto, y bien sentado en mi jaco, que por cierto es muy cómodo, me hago la ilusión de que no anda, y que es el camino el que poco á poco se nos va tragando. Unos pinos altos, erguidos y arrogantes, parecen como que quieren segar mi cuello; el caballo marcha, y marcha tranquilo como orgulloso de cumplir con su deber, fiel siempre á la rienda de su jinete. El rumor de unas risas llega á nuestros oídos; nos ha hecho el efecto de que nos acercamos á un palomar; es la fuente del Hierro, paraje ideal, sencillo y saludable, que se oculta temerosa entre los pinos frondosos sin negar á los que la buscan sus condiciones inmejorables para ciertas enfermedades. Es tan poética la fuente, que á mí se me antojan enfermas de amores casi todas las chicas que veo en ella. Esa mañana no había muchas; el amor había hecho pocos estragos; tres ó cuatro de Vinuesa y Salduero que, según declaración propia, iban más por

pasear que por el agua. ¿Sería cierta mi sospecha y querrían con su dicho despistarnos de sus amores? Por fuerza tenían que estar enamoradas; todas eran jóvenes y bonitas, ¡y qué mujer bonita y joven no ha sentido en su corazón las caricias de una ilusión amorosa y no ha visto desfilas ante sus ojos al galán que ella soñó!

En aquella grata compañía, pasándose el tiempo sin sentir, llegaron las nueve; la suavidad del sol, que nos saludó al salir del pueblo, se iba convirtiendo en latigazos de fuego; los moscos se empiezan á ensañar en nosotros, y las muchachas, aquellas muchachas tan guapas que poesía prestaban á la fuente, ya de suyo poética, se disponían á dejarla temerosas de que algún tábano descortés picase su cara bonita. Daba cierta tristeza dejar aquel paraje que, á sus encantos naturales, unía los de aquellas muchachas, todo alegría y simpatía.

¡Son muy simpáticas las chicas de Pinares! Se dividió la tertulia: unos, fueron hacia Vinuesa, y otros, hacia Molinos; nosotros, acompañando á uno de los grupos, tomamos esta última dirección. Llegamos al pueblo; Molinos conserva su sello clásico de pasada grandeza;

antiguamente, cuando era un barrio de Vinuesa, habitaban en él los criados de los merineros ricos, que tenían sus palacios en la corte de los Pinares, y allí pasaban el verano; de entonces precisamente data la riqueza y solidez de sus casas, casi todas de piedra sillar con escudos en sus puertas, símbolos del abolengo y señorío de los ricos merineros. Una pareja feliz acababa de contraer matrimonio; sus amigos, con guitarras y bandurrias, felicitaban á los recién casados; por cierto que oí una copla que, por lo gráfica y española, no la olvidaré nunca; decía así:

De tofcas las canciones
que se cantan en la Europa,
ninguna de ellas se atreve
á competir con la jota...

Es verdad, tenía razón el mozo; ninguna canción, de las que recorriendo cien poblaciones oí, tiene el brío, la altivez, la valentía de la jota; es un reto de guerra, un canto de amor, una caricia del deseo, un latigazo de la pasión, un grito de despecho; cada nota lleva en sí algo que caracteriza á España en algún detalle ó en alguna región. Rueda, el gran lírico, la

describe así, descripción la más hermosa que se hizo de la jota:

De esa jota en sus sonidos hay rugir de corazones, flotan cascos, plumas, lanzas borgoñotas y pendones; en un río que es de gloria, que es de luz, que es de pasión, y entre el brío de las notas que retuércense incendiadas, se perciben cañonazos, y relinchos, y estocadas, bizarrísimas arengas y zarpazos de león.

Hay motines de manolas en sus salvas de alaridos y claveles reventones como rojos estampidos, pasodobles de toreros que se arrojan á matar, castañuelas que repican como bélicos clarines y guitarras que parecen españoles polvorines que revientan de entusiasmo con la mecha de un cantar.

De esa jota en los acordes hay estrofas de Zorrilla, acuarelas de Fortuny, regios óleos de Padilla, filigranas cordobesas, de un pregón la alegre voz, los embozos de una capa, los temblores de un pandero, el cairel de una verbena, la chaqueta de un torero y mil notas levantinas como mil gránulos de arroz.

De esta nota en los sonidos hay caireles de las parras, hay rocíos destilados por los poros de las jarras, hay mil flecos de mantones como mil obras de luz; de Aragón hay una copla, de Jerez un sorbo añejo, hay un plátano de Málaga, de Granada un azulejo, de Sevilla un tango, un palio, una peina y una cruz.

Las acompañantas nuestras se metieron en la casa á felicitar á la novia, y nosotros, montando en nuestros jacos, dispusimos el regreso á casa... Allá seguían cantando y tocando; quizá fuese el único día alegre de los que se acababan de casar...



Cosas de mi tierra

España entera se estremece en estos momentos por la cogida del *Gallo*. Un toro medio ciego ha atropellado al genial gitano y le ha partido el esternón, poniendo su vida en grave aprieto. La medalla de la Virgen de la Paloma que llevaba el torero en el pecho ha sido manchada con la sangre del artista; por esta vez la gracia divina no ha quedado á gran altura.

Hay que ver la cantidad de telegramas, telefonemas, conferencias y avisos que se cruzan estos días en toda la nación con motivo de la cogida de Rafael: en los círculos, en las calles, en los cafés, en los teatros, no se oye hablar de otro asunto; incuestionablemente en esta pobre tierra se le concede mucha más importancia á esas cosas que á otras de mucho mayor interés. Un soldado español sale en terri-

torio marroquí á hacer algún reconocimiento y cae muerto de un balazo traidor; sin embargo eso no tiene importancia; ha muerto en cumplimiento de un deber, lejos de su familia, sin que al cerrar los ojos le rodeasen ninguno de sus seres queridos; fuera de su patria, mal calzado, mal vestido, se puede muy bien decir que muere un mártir. Así y todo no le prestan gran atención; una carta de algún buen compañero dará la triste nueva á su pobre madre, ó ésta la sabrá al no tener noticias del mozo y ver con ansia la lista de bajas y hallar el nombre de su hijo querido. Es un caso más; adelante; una pobre vieja que llora, un año de luto en la ropa y una vida de luto en el corazón, y rueda la bola.

El torero de fama no morirá así, caso de morir; de no sucumbir en la plaza, recibirá toda clase de cuidados, saldrá su madre en tren especial para el sitio del suceso, sus hermanos alquilarán un automóvil, le cuidarán los médicos más eminentes, se interesarán por él casi todas las personas de algún viso y hasta recibirá algún telefonema del Presidente del Consejo de Ministros; los periódicos llenarán sus planas con telegramas en los que

nos cuenten la vida y milagros del artista herido, lo que tardará en curar, lo que ha hecho su mujer, y su padre, y su madre y su abuelo si lo tiene... Algún periódico, y de los de más circulación por cierto, se ha atrevido á decir que si el *Gallo* moría sería un día de luto para toda España. ¡Por Dios, caballeros, no es para tanto; el *Gallo* es un gran torero, un artista genial, único, todo lo que quieran, pero su muerte (que yo no deseo ni mucho menos) no dejaría de ser una desgracia sensible, sin más trascendencia que la pérdida de un buen artista. De ahí á que se pueda considerar un día de luto para la nación, va mucha diferencia. Además de esto, es muy natural que á los toreros les peguen cornadas, y más de desear es que se las den á los de fama que á los otros que casi no tienen contratas, porque hay que tener en cuenta que cobran siete mil pesetas por corrida, que dura dos horas próximamente, y que ellos despachan hasta con gusto. Si la fiesta pierde su nota trágica, ese temor constante de que el torero salga herido por el toro, la fiesta pierde su principal atractivo; por eso Belmonte llena las plazas, porque su toreo trágico, emocionante como ninguno, despierta en

el ánimo del espectador ese temor constante de la cornada próxima. Aun siendo muy de lamenter y poco humano, insisto en que es muy conveniente que los toreros, cuando llegán á ser figuras de fama, reciban cornadas grandes; es la contra de su oficio, que todos la tienen, es la justa compensación á la facilidad con que ganan miles de duros y es la sanción de la vida al endiosamiento popular.

Desgraciadamente nada hace estremecer á España como la cuestión taurina; ni el discurso de Lerroux, y cuidado que ha dicho cosas. *El Liberal* vendió el día de la cogida del *Gallo* 20.000 ejemplares más que de ordinario, y así por el estilo los demás periódicos.

Y lo que es hasta que se ponga bien el susodicho *Gallo*, ya tenemos lata: curas, retratos, interviús, la Biblia en pasta; ya nadie se ocupa más que del *Gallo* y de la Señá Gabriela y de la curación del ídolo. Lo demás no tiene importancia, ni África, ni América, ni los chispazos de guerra europea probable, ni la ruina de nuestra Hacienda, nada en absoluto: sólo la salud del *Gallo*...

Adelante con los faroles.

Vinuesa, Agosto 1.º, 1914



El conflicto europeo.

El estampido tremebundo del cañón del 42, símbolo del poderío militar germánico, hace trepidar al mundo. No parece sino que á todos los que la tierra habitamos ha llegado el zumbido de esa bala monstruosa, asombro de los vivos, aletargando nuestro ánimo y dejándonos absortos ante un duelo universal, nunca creído.

Qué trastornos más horribles, en el orden social, militar y económico acarrea el colosal conflicto por que atraviesa Europa. Ciertamente el causante de tanta desdicha, el que lanzó la chispa, no pagaría con cien vidas, si cien vidas tuviera; pero aparte de las ambiciones personales que quien no las tiene en todas las esferas, y en todas las categorías, independientemente de ese odio de razas de que nos

hablan y de ese antagonismo franco-alemán, lo que verdaderamente ha producido el choque colosal, ha sido la rivalidad comercial de dos grandes naciones; Inglaterra y Alemania. La primera, señora del mundo y de los mares, reina del comercio mundial, no puede consentir que la dispute nadie esa supremacía, de cuya adquisición habría mucho que hablar. Alemania, culta, grande, poderosa, trabajadora y constante como ninguna, le iba pisando los talones, aspirando en un legítimo deseo de grandeza á la hegemonía que Albión pretende ejercer y ejerció siempre. De ahí la guerra, de ahí el conflicto actual; son muy de preocupar setenta millones de habitantes que respiran al unísono en un canto de unión y poderío; es muy para preocupar una nación que es cuna del mayor número de hombres cultos de la actualidad; es muy para preocupar un imperio militar por excelencia, organizado mecánicamente, de cuyo seno surge un concepto de patria sublime. Y por si eso, que en paz ya apreciábamos, era poco, surgió la guerra y nuevos fenómenos de heroísmo, de valor, de ciencia y abnegación, se han presentado ante los ojos de quienes opinaban que

Alemania era un pueblo que en cuarenta y cuatro años no había pensado más que en la guerra. ¡Qué ilusos! Precisamente si la patria de Goethe y Bismarck se ha hecho grande, brutalmente grande, en todos sentidos, ha sido porque á la vez que fabricaban cañones, abrían escuelas, prodigaban cultura y votaban un presupuesto de instrucción como no le hay en el mundo. Es muy corriente, al hablar de los germanos, el oír opinar que son muy bárbaros. Y eso no se debe decir; no pueden ser unos bárbaros los que, como ellos, en el siglo de los adelantos, de los prodigios mecánicos, están en guerra con el mundo y lo tienen en jaque, sin que un solo extranjero haya posado su planta en territorio alemán; no son unos bárbaros los que han inventado un cañón del del 42, ante el cual, de nada sirven todas los tratados que sobre fortificaciones se escribieron; no lo son tampoco los que entre ellos cuentan sabios de renombre universal á quienes la Humanidad estará siempre agradecida, ni lo pueden ser, ni se les puede llamar así, sin sentar plaza de ignorante, á los que pilotando un monoplano, aparecieron sobre la Ville Lumière, ó los que tripulando el

Submarino *V-9*, hundieron á tres cruceros ingleses, asombrando al mundo con la grandeza de su corazón.

La cuestión está sobre el tapete y sabe Dios quién triunfará en esta lucha de colosos. No hay más cierto hasta la fecha, que dos millones de teutones están en Francia, y que ningún francés, de no ser los prisioneros, pisa suelo alemán, que Bélgica está destruída, que esa irrupción avasalladora de los rusos está contenida y que en Londres no duerme nadie con tranquilidad ante la aparición de unos cuantos *zeppelines*. Hay que rendirse á la evidencia y reconocer que el alemán pierda ó triunfe, es un pueblo único, una raza privilegiada que quizás sea la que Dios guía con su dedo de oro por el camino que ha de seguir en lo futuro la Humanidad.

*
* *

Aterra el leer los telegramas que dan cuenta del abandono de Amberes, la ciudad inexpugnable, por el elemento civil de la misma. Apenas pensar el éxodo tristísimo que recorrerían las pobres mujeres belgas, los infeli-

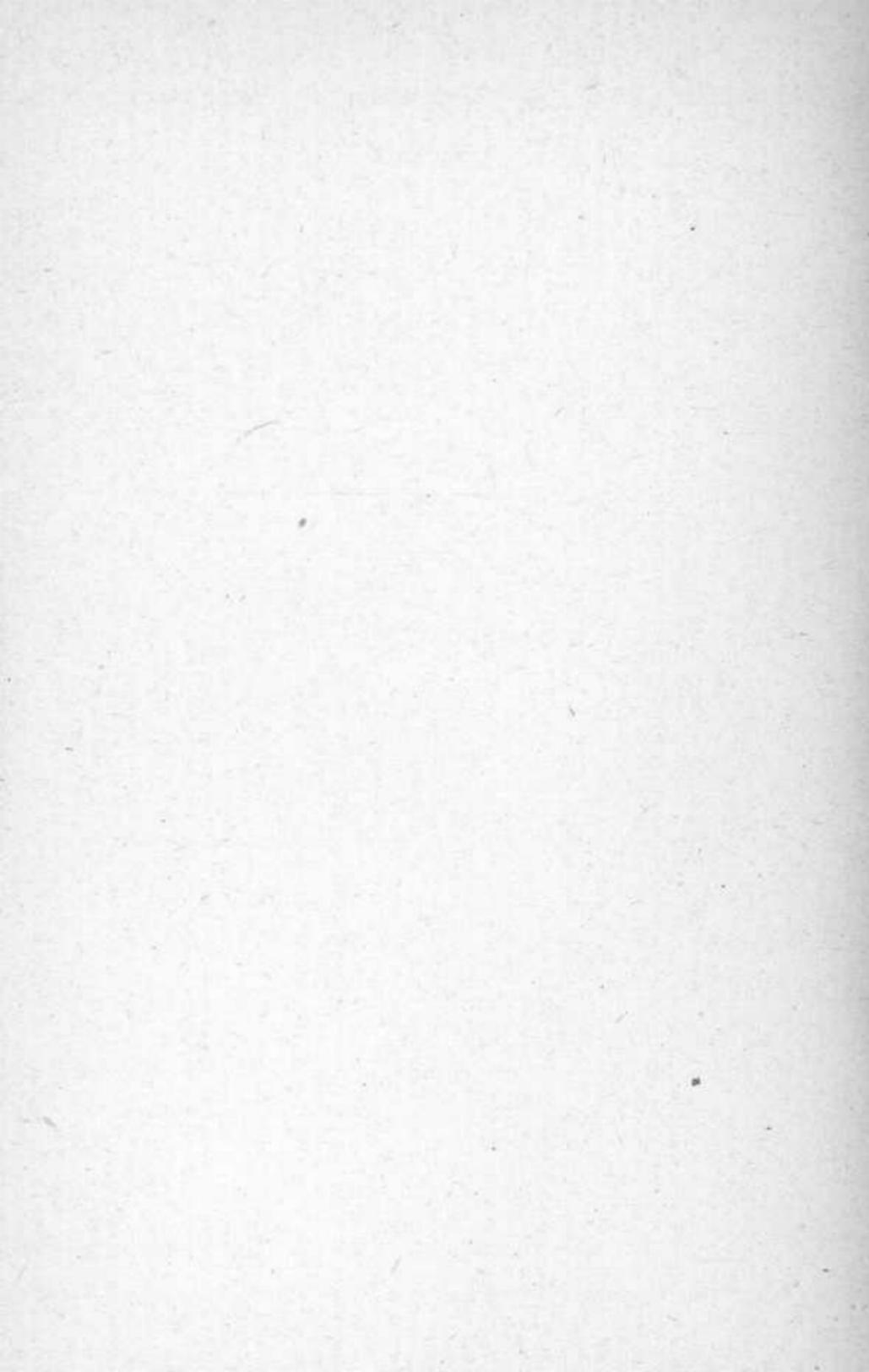
ces ancianos, los inocentes niños. ¿Qué culpa tienen ellos de todo lo que sucede? ¿Qué intervención han podido tener en el desarrollo del desastre actual? Ellos, los niños, las mujeres, los ancianos que por el peso de los años no han podido empuñar un fusil contra el invasor, son las verdaderas víctimas de la campaña; porque al fin y al cabo, el soldado que en una trinchera aguarda el ataque del enemigo, ya sabe que para eso está allí: tiene quien lo alimente, quien lo anime, quien lo cure caso de caer herido, hasta quizás quien lo entierre. Tiene también de un lado y otro, compañeros sin fin que están dispuestos como él á defender la bandera sagrada de la patria y por encima de sus cabezas cruza arrogante la idea del deber. Los pobres que han sido sorprendidos y arruinados por un bombardeo no tienen ningún motivo que alivie sus penas, ni ningún lenitivo que aminore su pesar: se encuentran *con el regalo* de pronto, de improviso, injusta, indignamente; tienen que salir de estampida con lo puesto, y gracias que salven la pelleja. ¡Qué horror! La guerra en este trisísimo aspecto, no puede ser más cruel, pero por eso es guerra... Las naciones que en ella

están, sufren una poda de raza, fuerte y vigorosa que será la mayor de las desdichas que traiga el duelo entablado. La flor de esos pueblos que se batan, quedará tendida en los campos de batalla por defender la independencia de su patria adorada. ¡Pobre Francia, pobre Alemania, pobre Inglaterra, pobre Bélgica, pobres todas las conflagradas, cuántos proyectos, cuántas ilusiones, cuántas alegrías cortaron en flor las balas de los fusiles, los obuses de vuestros grandes cañones, pueblos geniales! Nosotros, los españoles, los que fuimos tan grandes como vosotros queréis ser, os vemos luchar desde un palco modesto en el teatro de vuestras campañas, mientras en el resto del local todo es estrépito y entusiasmo. Como cansados de ese bullicio permanecemos silenciosos, tranquilos, neutrales, ni nos atraen los locos proyectos de unos, ni nos incitan los retos de otros. Afortunadamente, no sentimos deseos de lucha; nos limitamos á ser simples observadores. Congratulémonos de ello y celebremos siempre con gran satisfacción, que el actual jefe del Gobierno, don Eduardo Dato, se sienta neutral por excelencia; él por eso, sólo por eso, y los que inter-

vinieron en tratados internacionales que desligaron á nuestra patria de toda intervención armada, merecen de los españoles un profundo agradecimiento. Ante los que equivocadamente opinan que España debe ir á la guerra, no cabe más que exponer el telegrama que Víctor Manuel dirigió al Emperador Guillermo, en contestación á otro que entrañaba un reto: LO PRIMERO ES MI PUEBLO. Y ese es el lema que debe seguir los pasos de todo buen gobernante y buen patriota. España no quiere más que la neutralidad.

Vinuesa, Agosto 1914.

VARIA





Galdós y Belmonte.

He aquí dos nombres que reniegan de estar juntos y que sólo la caprichosa imaginación de un cronista puede agruparlos al objeto de expresar la idea que les ha unido.

A veces las cosas más desemejantes tienen un punto de contacto, y aquello de que los extremos se tocan pudiera dar una explicación clara de lo que el título de este artículo expresa.

¿A qué motivo obedece y á qué fin tiende el articulista y qué asunto puede proponerse desarrollar tomando por tema dos nombres realmente opuestos? ¿Qué puede haber influido sobre el ánimo del escritor para hablar bajo un mismo epígrafe de cosas tan distintas como esos mismos nombres representan?

Permitidme, queridos lectores, que baraje

y maneje estos dos apellidos, y luego que termine mi objeto ambos quedarán en su puesto, el uno añadiendo otro episodio más á su hermosa colección, joya de nuestra literatura, y el otro satisfechísimo de su triunfo, por la emoción que han despertado y seguirán despertando aún en la afición taurina sus espe-luznantes é incomprensibles capotazos.

Por lo que llevo dicho, cualquiera, no obstante, llegaría á creer que me propongo buscar una nota que convenga á la misión que estos señores están llamados á desempeñar. Pero no es eso; yo quiero únicamente presentar á estos dos seres privilegiados, cada uno por su estilo, como *indignamente* antitéticos, pues en el aspecto qué lo son es donde menos debieran serlo. Y aquí es donde se ha de hallar la razón justificativa de tratar en un mismo sitio de personas tan distintas en sus caracteres, en sus costumbres y en su destino. Precisamente porque son demasiado distintos, el recuerdo de uno me ha sugerido el del otro.

Toda la Prensa de Madrid, y hasta la de provincias, se ha ocupado estos días pasados, y en los presentes se ocupa, de narrar las proezas taurinas del "fenómeno" allende los mares—hanle dedicado columnas enteras, encabezadas con letras muy gordas para que todos se enteren.

En varias capitales se le ha hecho un recibimiento digno de un monarca medioeval, y en Sevilla, sobre todo, ha sido objeto de una entusiasta, de una inenarrable acogida, y se le han prodigado los vítores y los aplausos con la verdadera borrachera toreril.

Un periódico de gran circulación afirma, hablando del viaje de Belmonte, que desde Córdoba todas las estaciones del trayecto estaban llenas de admiradores, en todas fué objeto de grandes muestras de admiración y simpatía, y así es, á su llegada á Sevilla se le tributó una inmensa ovación y fué aclamado de modo tan frenético que hubieron de tomarle en hombros y llevarle hasta su mismo domicilio orgullosísimos de conducir al ídolo de Triana.

Hasta los balcones se engalanaron para rendir su tributo de adhesión, y llegaron á alqui-



larse á precios altos. Todo es poco para rendir homenaje á un artista de esta clase en nuestra España.

Yo no pretendo censurar la conducta de los españoles que tal hacen; pero no he podido menos de pensar, al leer estas prodigalidades de entusiasmo y de dinero, en ese otro hombre, más conocido en Europa, pero en España menos que Belmonte, cuyo apellido figura á la cabeza de estas líneas.

¿De qué no sería merecedor ese privilegiado escritor cuando tan poco se regatea la admiración y el entusiasmo á otros hombres de indiscutiblemente menos valía?

Ved el trabajo enorme que cuesta conseguir la celebración de una fiesta, de un homenaje, que tiene por laudable fin allegar recursos y proporcionar una posición decorosa á un adalid de las letras, á uno de los más distinguidos literatos contemporáneos. ¿No repugna la diferencia que esta sociedad establece entre los tributos que otorga á uno y otro hombre?

Yo no digo que no se aclame á quien lo merece; no lo digo ni lo diré, porque precisamente soy uno de los que se conmueven con el toreo trágico de Belmonte; pero este contraste

me entristece y me subleva. Si rendimos tributo de adhesión á quien por sus dotes naturales hace estremecer los corazones de doce mil espectadores reunidos en un circo, por obra de ese don sobrenatural que encierra en anémica figura, ¿qué mucho que nos acordemos también de quien nos ha conmovido tantas veces narrando los episodios y las hazañas realizadas por una raza durante un siglo de luchas y hecatombes? Al fin y al cabo, Belmonte cautivaré el ánimo de los espectadores de la actual generación; pero el esclarecido novelista llegará á conmover á nuestros hijos y á los hijos de nuestros hijos, porque su obra se propagará á través de los siglos como legado hermoso, cuyas páginas están escritas con la sangre de nuestros ontepasados...

¿Qué menos que depositar á los pies de un talento como Galdós el óbolo de nuestro respeto y por ende todo aquello que á su condición social cumple como ciudadano distinguido, gloria de nuestra España? El autor de *Electra* y *El abuelo*, el cantor de nuestras glorias y de nuestros afanes nacionales, el impecable narrador de nuestros hechos de armas, el juzgador imparcial de nuestros desastres, merece

también que se engalanan los balcones á su paso y que nuestros bolsillos contribuyan en la medida de sus fuerzas á colocarle en una posición digna de uno de nuestros grandes hombres. Y lo que digo del gran Galdós pudiera muy bien repetirse de otros muchos genios que en su gabinete de estudio se queman las pestañas, mientras una masa estúpida vi-torea al torero.

Así somos; no nos contentamos con aclamarles en la Plaza, que es donde únicamente se ven bien los toreros; hemos de demostrar al resto de la humanidad que nos importan mucho más esos astros que nuestros verdaderos genios.

Exponer á la consideración de mis lectores la injustificada diferencia que la sociedad establece entre dos personalidades tan distintas, es lo que me proponía en este artículo, y cumplido mi cometido, doy paz á mi modesta pluma, lamentando como español que se paguen diez duros por ver pasar á Belmonte, y que á la vez que eso sucede, una de nuestras grandes figuras, una de nuestras legítimas glorias, no tenga casi para comer.



La paz de la aldea.

“Por la tranquilidad se puede vivir en los pueblos.” Así dice un refrán muy castellano que debió hacerse cuando la política no era aún conocida en tierra de garbanzos. Quizás nació en los labios venerables de alguna noble dama, buena y cariñosa, que rodeada de parientes y amigos, sentada ante una chimenea señorial, contaba á sus oyentes una historia de brujas y arlequines, ó quizás otra más poética llena de amor y ternura en la que una princesa de bucles de oro moría por un arrogante mancebo, que displicente y conquistador, morir la dejaba por otra de negros ojos. Tal vez naciera el adagio de algún señor feudal que tranquilo y sonriente en hermoso patio de su castillo, en cuyo suelo manos antiguas dibujaron un escudo, viese que na-

die le molestaba de entre los habitantes de una mísera aldea que desde su regia mansión dominaba. Probablemente naciera en algún cansado de la vida que, deseando poner unas medias suelas á sus pulmones, recayese en un pueblo de esos de gente sana, buena y cariñosa. Y ya en el terreno de las hipótesis, quizás la frase oyérase por vez primera en cualquier pueblo de estos de nuestra provincia, rincón pinariego pintoresco y bello, con paisaje ideal, cielo diáfano, azul, aires puros saturados por los efluvios del pinar, ríos cristalinos y vecindad tranquila, sin ambiciones ni aspiraciones, con espíritu sano y tradición honrada.

Ese adagio, fuese quien fuese su inventor, es el juicio de una época, de un pasado tranquilo, honrado y glorioso, porque honrado y tranquilo fué; pero llegó la política, esa señora que todo lo transforma con sus enconos y sus pasiones, surgieron las luchas, el quítate tú para ponerme yo y la realidad de las cosas transforma el adagio, la evolución del tiempo modifica el refrán, trayendo á los mismos rincones tranquilos de antaño la discordia y la desunión.

Podían haber ido hace años en muchos pueblos de España á predecirles el estado de anarquía en que hoy se hallan. Se hubieran sonreído, habrían pensado mal hasta de quien se lo hubiese ido á indicar. ¡Qué infeliz!, dirían, no sabe lo que yo quiero á tío Mengano, á tío Fulano y á tío Perengano, y lo mucho que ellos me quieren á mí; vamos, hombre, el pueblo desunido, ¡qué iluso! ¡qué desgraciado! Y no era ningún iluso, ningún desgraciado el que aquello hubiera podido decir: era un profeta, puesto que luego ha sucedido. Y es que en muchos sitios, modelos de orden y de unión, sin saber porqué ni para qué, aparece algún sujeto que por sí solo sirve para torcer y trastornar el organismo moral de las aldeas.

*
* *

No sólo ha sido la política la que ha descompuesto muchos vecindarios: han influido también otros factores, otras circunstancias: la vagancia, motivada en muchas ocasiones por la fuente de oro de las Américas, también ha hecho lo suyo. Como gracias á ella muchos no necesitan trabajar para comer, claro es que

el tiempo que tienen de sobra, que es todo, á algo han de dedicarlo, y como no hay nada más agradable que mandar, de ahí el que tengan relación muy directa con la situación político-local.

Los americanos ricos que por su posición más elevada van á invernar á las grandes poblaciones y no dedican á su terruño más que los meses del veraneo, como con raras excepciones tampoco hacen nada más que pasear por aquello de que bastante hicieron en América, juzgan que cumplen una misión sagrada velando por su pueblo, mezclándose en su política, y por eso veréis que en muchas aldeas no se puede vivir, en unas por la influencia de caciques del lugar, en otras por la influencia de los americanos, que entregados en alma y vida á esa política rural, creen que cumplen un sagrado deber, y en otros por una combinación insoportable de esos dos elementos.

Por esas intervenciones, por la pretensión ridícula de intervenir en asuntos que sólo los vecinos deben resolver, se provocan muchos disgustos que se podrían evitar. El deseo de desempeñar alcaldías de verano tiene que acarrear malos resultados. Hasta las aldeas más

pobres, los pueblos más insignificantes, tienen derecho á regirse solos en lo que á régimen interior se refiere, sin la intromisión de individuos que ningún patriotismo demuestran al amparar determinaciones más ó menos caciquiles.

Ese tipo del americano cacique y entrometido que os presento lo hallaréis muy frecuentemente; forma parte de nuestro carácter, es el mismo que si no hubiera salido del pueblo, hubiera, seguramente, sido sacristán, alcalde ó secretario: es un intruso por temperamento.

Además, por lo general, como desconocedor de la ley y amigo de no cumplirla, se suele hacer acompañar de quien más la infringe y atropella, sugestionado y convencido de que defiende una justa causa; se convierte en un cacique que no vive si no recibe la carta diaria del pueblo con todos los cuentos y chismes que por él corran. Y esos que llevan á cabo con jesuitismo esa labor antipatriótica son los mismos que sombrero en mano y verdaderamente diplomáticos tienden la diestra para brindar una amistad que tiene tanto de sincera como de noble su actitud. Esos mismos señores son los que suelen formar las colonias

finas de las villas; esos mismos señores, juntos con los caciques del lugar, son los que han influido para que el adagio castellano se transforme.



La política, con sus luchas, con sus pasiones, llega á enardecer los ánimos de una manera extraordinaria. El conocido pucherazo, símbolo de la inmoralidad, suele ocasionar situaciones graves; las más de las veces no sucede nada, y la ilegalidad se consiente, pero otras la injusticia es tan enorme, tan insoponible, que los vecindarios sacuden su letargo y proceden á medios extremos, con los cuales consiguen normalizar una situación que los encargados de velar por el orden y la justicia entorpecen.

A todas esas situaciones verdaderamente tristes lleva la labor de esos que antes he citado y que tan directamente influyen en la solución de muchos problemas rurales. Deberían, por delicadeza, quedarse en su casita con sus gestiones, porque para hacer patria chica ó grande hay otros procedimientos más gene-

rosos y más prácticos. Si son ricos y su corazón responde á su riqueza, obras benéficas hay que pueden ejecutar y que redundan en beneficio de su terruño mucho más que esas labores sórdidas, mezquinas y rastreras que están mal en quienes visten de señorito y tiende una mano amistosa á muchos de los que por antipatía ó envidia no pueden tragar.



Algo sobre emigración.

Entre los diversos caminos que la imaginación inquiere y las circunstancias ofrecen, no se ve para los sencillos y honrados habitantes de pobres regiones, uno más halagador y risueño, más acertado y conveniente que la emigración. En ella cifran todas sus esperanzas; en ausentarse de su tierra é ir á buscar el sustento á lejanos países encontraron la solución del problema económico. Ellos creen que el único recurso capaz de sacarlos de aquella situación precaria, apremiante é insostenible es la emigración, y á ella se lanzan lleno su espíritu de ideales, saturado el corazón de legítimos deseos y pletórico su ser de risueñas y alentadoras esperanzas. Juzgan lo que América puede dar ó da de sí, por los que ven llegar de allí ricos y dichosos, con

muchos billetes en la cartera y muchas sortijas en los dedos; los ven y los admiran, diciendo todos los que no han emigrado, á la vez como un solo hombre:

—¡Qué lástima! no me fuese yo con él!

Crean que es fatal que todos, absolutamente todos los que vayan, han de volver poderosos; no piensan que aquel mismo á quien admiran se fué joven, chiquillo, y ha vuelto con su cabeza llena de canas y su cara cuajada de arrugas; vuelve rico, sí, muy rico, á su terruño, orgulloso de poderle ser útil; pero vuelve viejo, achacoso; sus pobres padres, á quienes podría con su posición procurar un vivir cómodo, pasaron á mejor vida, sin tener el gusto de estrecharlos en sus brazos y besar sus canas; los del pueblo, los que lo ven, sabían que estaba en América, pero no sabían cómo le iba, ni les importaba, por supuesto: no aprecian el intermedio de vida americana; sólo recuerdan que le vieron marchar hace muchos años en un borrico gris, sin más equipaje que una manta y unas alforjas, y sin más acompañamiento que el de sus pobres viejos, que lloraban la pérdida del muchacho aventurero; recuerdan eso y su llega-

da, de hombre ya, á lo mejor en un magnífico automóvil, con buen equipaje y gran boato. Esos dos aspectos de la vida del emigrante son los que únicamente juzgan, produciendo el del regreso la natural envidia, que sólo puede nacer en corazones mezquinos.

Olvidanse de los que por allí gimen, de los desgraciados que no han hecho una peseta, de los que destruye el vicio, de los que viven de la caridad de sus compatriotas, que esa en los españoles existe en dosis crecida para honor de su patria y de su historia.

En esa equivocación de lo que América es, se basa principalmente el fracaso de muchos ignorantes que allí van, creídos que el dinero se gana á espuestas, con poco trabajo y poca inteligencia; pero al llegar, ¡Santa Realidad se encarga de demostrarles lo contrariol, evidenciándoles lo falso de la leyenda ultramarina, pues si bien, por lo general, los sueldos son mayores, mayores son también los gastos y horribles los pesares que invaden el alma á muchas millas de distancia, sin otras compañías que el azar, ni más amparo que la bondad de sus compatriotas.

Yo no me propongo en estas desaliñadas líneas negar en absoluto las palpables ventajas que con la emigración se han conseguido en muchos casos; pero sí añadiré que en otros no ha podido tener peores resultados, quizá por el equivocado concepto que tienen de América gran parte de los que á ella van.

La emigración ha de ser colectiva é individual; ésta es beneficiosa, porque el emigrante que se decide á surcar el Océano, dejando en sus lares á su mujer, á sus padres ó á sus hijos, es guiándole el propósito de buscar en tierras extrañas algo que la suya le negó y labrar la felicidad de esos seres queridos y por ende el de crearse una desahogada posición que indirectamente ha de producir ventajas visibles en pro del interés común, puesto que él puede coadyuvar después, sin dejar de enriquecerse progresivamente, al mantenimiento de otras familias de más humilde condición.

La emigración colectiva, en cambio, la que tiene lugar por el traslado á Ultramar de numerosas familias, es una brecha continuamente abierta por la que se están restando sin cesar fuerzas al país; la emigración en *tropel* su-

pone una lamentabilísima pérdida de brazos robustos, de sangre vigorosa, de cuerpos sanos, fuertes y bien conformados para el trabajo, que van á regar sudando los campos de otras regiones, donde, por regla general, suelen quedar los frutos de sus esfuerzos, frecuentemente fracasados en pro de su fortuna, el producto de su continua laboriosidad y la riqueza acumulada por sus desvelos.

Pocas ó ninguna región de nuestra España se ha librado de tener que apelar á resolución tan extrema; también á Soria le ha tocado en parte; familias enteras se han ausentado de ese país anhelosas de encontrar en otro sitio la recompensa á las penalidades y sufrimientos de un viaje incómodo, largo y molesto, apéndice de una más ó menos larga temporada de privaciones y miserias. Y ojalá fuera siempre el viaje, con sus vejaciones y trastornos, el último período de su infortunio; pero desgraciadamente es más usual de lo que los ilusos y optimistas creen, que la etapa de miserias que precede al viaje sea *pecata minuta*, en comparación con las que tienen que soportar á veces en las Repúblicas americanas, donde, por la falta de trabajo unas veces, por la

todavía escasa remuneración otras, ó, en fin, por la carestía de la vida, se ven obligados á hacer frente á la misma desgracia de que inútilmente huyeron.



El hospicio del Burgo.

Con verdadera satisfacción he visitado esta institución de caridad, este asilo modelo. Acompañado de varios amigos cariñosos cuyas atenciones nunca agradeceré bastante, llegué al hermoso local que ocupa y pude desde luego, apreciar que se trataba de un edificio amplio, sólido, perfectamente orientado, con mucha luz y con mucha alegría. Contrasta ésta, que en todos los departamentos del Hospicio se nota, con lo triste de sus fines, con los procesos penosos que allí han llevado á casi todos los que tan cariñosamente se ven atendidos por unas buenas madres que les legó la caridad cuando el cruel destino los retiró las atenciones y cuidados que de las suyas verdaderas merecieron y que no recibieron en unos casos por la labor del vicio, en otros por abandono y descariño, en otros por

desgracia: pero en fin, fuere por lo que fuere, lo cierto es que allí están bien atendidos, bien cuidados y desarrollándose en un ambiente de tal forma sano, que él solo sirve para purificar lo impuro de muchas procedencias.

La madre superiora Sor María Teresa, una francesa en extremo amable, sale á nuestro encuentro y solícita y bondadosa nos acompaña á recorrer el Hospicio, que es hermosísimo, con muchísimos ventanales por los que entran salud y alegría: los dormitorios, los comedores, los servicios, todo responde á una organización perfecta, más de admirar cuando se conocen los recursos con que cuentan. Yo pensé al ver todo en tan admirables condiciones que tendrían una consignación grande. ¡Sí, sí! ¡grandel!; la ínfima, la insignificante de CINCUENTA CÉNTIMOS por asilado, y con eso han de comer, han de vestir y han de calzar; dentro de una rigurosa higiene. Es admirable, verdaderamente admirable. Las hermanas, esas cariñosísimas hermanas cuyas caras no olvidaré nunca porque personifican la bondad, marcan una pauta en lo que á administración se refiere. ¡Qué hermosa es su misión! ¡Qué bella su labor!, ¡qué ejemplo el

suyo! Hay que ver los semblantes de aquellas criaturas, pletóricas de vida, con unos colores que seguramente envidiarían muchos á quienes Dios prodigó lo que aquellos infelices no tienen, privándolos de lo que éstos poseen en abundancia: una salud á prueba de bomba.

Los pobres alguna compensación habían de tener. Un detalle. En tres años y entre trescientos asilados próximamente, se ha registrado una sola defunción. Honor al HOSPICIO-SANATORIO, orgullo de la provincia.

Satisfechísimo y encantado de la amabilidad de aquellas santas mujeres salí del asilo, y un gran rato después de dejar el Burgo, esa ciudad hospitalaria y simpática, en mi mente se agruparon una serie de gratos recuerdos; pensé en los pobres desheredados de la fortuna, en aquellas hermanas de todo corazón, de alma tan grande, en el Hospicio, en su administración modelo, en su organización perfecta, sin olvidar, como es natural, á los bondadosos amigos, sin cuya amabilidad no hubiese conocido nada de aquello que me enorgullecí como español y como soriano, produciéndome una de las impresiones gratas de mi vida.

Soria y Noviembre de 1913.



Granados.

En la plenitud de su talento, en el apogeo de su inteligencia, la muerte ha cerrado los ojos de un gran soriano, sobresaliente entre todos.

¡Granados! Soria se enluta con sus mejores galas para dar el último adiós al cadáver del jurisconsulto ilustre, del esposo cariñoso, del padre amantísimo.

Los que tuvimos la honra de tratarle, los que tuvimos la suerte de ser sus amigos, no le olvidaremos nunca. Su bondad, su talento, su palabra, su afecto, su gracia, harán que Mariano Granados siga viviendo entre los sorianos.

Por su capacidad y su trabajo llegó á conquistar una gran reputación como abogado;

Granados, el orador elocuente, de palabra arrebatadora, lo pudo ser todo, y por su modestia y su sencillez ha muerto siendo un gran sujeto y un gran talento, pero sin ningún cargo que otros con menos condiciones que él se hubiesen esforzado en conseguir.

La muerte de esa gran persona es una desgracia enorme, porque cuando es un viejo el que desaparece, lleno de años y de achaques y su misión en el mundo está ya terminada, nuestro dolor se inclina ante la ley natural de la vida; pero ¿cómo resignarnos ante la muerte de un hombre joven, en la plenitud de su talento, de uno de los mejores de entre nosotros, que tan necesario era aún para su mujer y sus hijos?

Yo, que sentía por él una gran admiración, no he podido menos de dedicar estos renglones á su memoria. Soria entera debe demostrar á esa viuda y á esos hijos lo que Granados representaba en ella. Si no lo hacemos, no somos dignos de ser paisanos del ilustre muerto.

Me asocio al dolor de esa esposa cariñosa y me inclino ante esos hijos á quienes Granados adoraba y que han perdido su guía y pro

tector. Al subir él al cielo deja en vosotros la herencia más honrosa. Un apellido insigne.

Haced honor á él.

Madrid, 8 Mayo 1914.



Alma de reina.

La tenía esa cupletista de Almazán que, antes de morir á muchas millas de distancia de donde nació, se acuerda de los pobres de su pueblo, de los desvalidos, de los desheredados de la fortuna; alma de reina tenía que tener la que para favorecerlos deja el noble encargo de vender sus alhajas y su producto repartirlo entre ellos. Alma de reina poseía la que con ejemplo tan hermoso predica la caridad, nacida en un corazón también de reina.

Su buen marido, el señor Mello Machado, repartió hace días unos cuantos miles de duros entre los coterráneos de la noble señora fallecida. Digno compañero de sus virtudes, demostró ser al venir de tan lejos para cumplir encargo tan honroso.

Almazán está de enhorabuena; puede enorgullecerse de contar entre sus hijas alguien que personificó la grandeza de espíritu y el cariño por los compatriotas del terruño. El recuerdo de la *cupletista patriota* perdurará en toda la provincia.

Bellísima acción la de esa mujer que al morir lejos de su pueblo se acuerda de los pobres de Almazán; bellísima también la de ese noble caballero brasileño que cumplió tan fielmente encargo tan sagrado. Almas así no mueren en la memoria de los que saben agradecer su altruísmo y sus bondades; rasgos como esos son inolvidables, sirviendo de ejemplo á las generaciones venideras, que al recordar la noble acción de aquella buenísima dama, podrán decir con altivez, con orgullo:

—¡Era de Almazán!

Madrid, Noviembre 1913.



¡Un gran amigo menos!

Ildelfonso Belmonte Peña, el amigo cariñoso, el abogado cultísimo, el sujeto noble y bondadoso á carta cabal, ha muerto. Desde ayer su cuerpo yace en el inmenso cementerio del Este, donde sus buenos amigos, que supo, por cierto, crearlos del alma, irán á dejar unas flores con que adornar su tumba.

Ya va para dos años que yo le conocí en Madrid; llegó á mi casa acompañado de otro bondadoso amigo, y por él me fué presentado, explicándome, en muy pocas palabras, á lo que venía á la Corte: acababa de terminar brillantísimamente su carrera de leyes, con matrícula de honor en todas las asignaturas, y en el deseo de no ser gravosos á sus padres, honrados labradores castellanos, tomó

el expreso para Madrid, anheloso de hallar algo en que demostrar su aptitud.

Por entonces acariciaba yo la idea, que hoy es decisión irrevocable, de hacerme abogado, y él fué, con sus palabras sensatas, el que más inculcó en mi alma la conveniencia de poseer un título, más que nada, por el ambiente de farsa en que vivimos. A partir de aquella mañana, memorable para mí, Belmonte convivió con nosotros; fué mi consultor constante, mi amigo, mi consejero... Aquel ofrecimiento de sus cualidades brillantes, puestas desinteresadamente al servicio de mi voluntad y mi capricho, hizo que en mi corazón se crease una deuda de gratitud. El sirvió para que empezase á estudiar; él hizo que yo aprobase las asignaturas de Derecho que aprobadas tengo; él me aconsejó textos, me indicó métodos, me señaló procedimientos... Su sueño dorado era que yo terminase pronto la carrera, para juntos poner un bufete donde él; seguramente, hubiese demostrado su gran talento jurídico.

¡Pobre amigo! La muerte no respeta nada, y cruel siempre, cortó en flor la vida de aquel gran cerebro, cuando ya estaba en condicio-

nes de poder recoger el fruto de sus bondades.

*
* *

Recuerdo otro día en que mi gran amigo vino á darme la noticia de que le había sido concedido el premio Canalejas en la Licenciatura de Derecho. Para ello me consta que jamás hizo gestión alguna, chica ni grande, y sin embargo, le fué adjudicado en atención á su expediente de estudios universitarios. Y era tan grande de alma y de corazón, y conocía tan bien á la sociedad en que vivía, que jamás creyó que se hubiesen acordado de él para tal galardón. Lo llegó á considerar hasta como broma de algún amigo.

¡Belmonte lo era todo: bueno, listo, estudioso, trabajador, decidido emprendedor, cariñoso, culto, de una cultura extraordinaria. Con veintiséis años que tenía, asombraba oírle tratar cualquier asunto, aun ajeno á su profesión; era una enciclopedia.

¡Pobre Ildefonso! En casa de unos bondadosos señores, donde estaba hospedado, le sorprendió una traidora pulmonía, que se lo



llevó en ocho días al otro mundo. ¡Lástima de hombre, de cerebro y de corazón! El cuarto donde Belmonte ha exhalado el último suspiro da idea de lo que él era... Da una media vuelta y no puede menos de tropezar con algún libro, algún programa de oposiciones... La obsesión del difunto... Derecho, Literatura, Medicina..., de todo, porque todo lo estudió y lo estudió á fondo...

En Valladolid, donde cursó la carrera, lo recordarán como uno de los alumnos verdaderamente distinguidos de aquella Universidad. Los amigos que aquí tuvimos la dicha de conocerlo y tratarlo no le olvidaremos nunca, vivirá siempre en nuestro corazón.

En el curso de mi vida, entre los numerosos individuos que traté, no hallé ninguno parecido á él, ni como bondad ni como inteligencia; en cualquier caso ó asunto á resolver, su juicio sereno daba la sentencia fría y elocuente, que era la solución exacta del problema planteado. ¡Cuando la vida empezaba á sonreírle, cuando adornaba su carrera brillante con el galardón de un premio y se disponía á recoger el fruto de sus desvelos, la muerte, implacable, nos lo arrebató del mun-

do de los vivos, donde tantos triunfos le esperaban, dada su capacidad privilegiada.

Belmonte, al morir, no deja más que amores... el de sus pobres padres, el de sus amigos, que le recordaremos siempre, el de cuantos le conocieron...

¡Descanse en paz el bondadoso joven, y reciban sus padres el pésame más sentido del que estos renglones escribió como postrer tributo al más santo varón que conocí en mi vida!

Madrid, 8 de Enero 1915.



De mi paso por Londres.

Me hallaba en Londres, la ciudad populosa, la ciudad triste. El tiempo estaba como la ciudad, triste, lluvioso. Las orillas del Támesis casi no se divisaban, pues entre las nieblas y el humo no se conocía una persona á tres pasos. El palacio del Parlamento, esa joya del arte gótico, elevaba sus puntas esbeltas hasta el cielo, un cielo nebuloso que agrandaba la riqueza de aquel edificio monumental. A pesar del tiempo, Londres conserva su sello clásico, su aristocrático porte. Los *caps* y los autos circulan rapidísimos y pasan ante mi vista como si salieran de un túnel. Los *polishmen*, todo rectitud, todo severidad, dan á la circulación una regularidad mecánica. Todo allí es orden. Yo venía de México y había de hacer varias visitas... Me encaminé á las que más

me interesaban; llegué á una de ellas y pregunté á un empleado por Mr. G...

—Yes, sir—contestó en un inglés seco; y entregándole una tarjeta, me trasladó á un cuarto de recibir, cómodo y coquetón...

Al poco rato, un señor alto, bien portado, vestido con toda la corrección y elegancia de un *gentleman*, salió á mi encuentro apretando cariñosamente mi mano...

—Usted ser Mr. Aragón...

—Sí, señor—contesté...

—Yo ser amigo de su señor padre; tengo mucho gusto en abrazarle...

El buen inglés me estrujó un rato como satisfecho de haber encontrado ocasión de sentirse atento conmigo...

—¿Viene usted á vivir á Londres?—interrogó.

—No, señor, estoy de paso en él; vengo de México y sigo mi viaje á Madrid pasado mañana...

—Bien, Mr. Aragón, bien—me decía en un español poco correcto, pero muy fácilmente comprensible.—¿Qué tal el viaje?...

—Excelente, querido amigo...

Aquel buen señor se excedía en finezas y

atenciones; sin duda la amistad de mi padre para con él le obligaba á eso, y aún le parecía poco...

De pronto se levantó de su asiento, y á la par que me ofrecía un cigarrillo turco, me decía la siguiente:

—No puedo dedicarle un minuto más; tengo mucho que hacer ahora; esta noche cenaremos juntos; dígame dónde para y le iré á buscar á las seis, porque aquí cenamos temprano...

La franqueza, la sencillez del buen sajón me obligaban á aceptar la invitación.. Dile mi dirección y me despedí hasta la hora dicha... Al salir á la calle, Londres seguía su aspecto triste; parecía que las nieblas querían aplastar la gran ciudad.

*
* *

Faltaban unos minutos para las seis. El *hall* del Royal Hotel presentaba un aspecto inco-
piable: un aristocrático the se servía entre aquellas columnas de jaspe; damas de la buena sociedad londinense se habían dado allá cita, y mis ojos se recreaban viendo mujeres

bonitas y *toilettes* elegantísimas. Yo esperaba á mi amigo, que poco después, y en un magnífico automóvil, llegaba á la puerta del hotel... No le dejé entrar; salí á su encuentro, y juntos subimos al auto que, veloz, tomó la dirección de la casa del inglés...

—Nosotros, Mr. Aragón, los ingleses de pura cepa, odiamos la ciudad para vivir; venimos á ella en el día á negociar, pero en la noche vamos al campo; por lo menos allí respiramos aire puro unas horas, dejando este ambiente de la población, que es poco sano... Crea usted que si los negocios los pudiéramos hacer en el campo, no habría poblaciones como Londres...

El auto seguía veloz, recorriendo calles y más calles; la ciudad no se acaba nunca... Después de unos minutos más de marcha, entró el coche en un jardín admirablemente arreglado...

Hemos llegado; estamos en Patridge Hill... A la casa palacio de Patridge Hill hacen guardia de honor unas acacias monumentales...

Forma el conjunto un paisaje de cromo inglés; aquella vivienda rica, cómoda, prácti-

ca, es el fiel retrato del temperamento de una raza...

Entré en el palacio, y una señora cariñosa me saludó afectuosamente... Me despojé de mi abrigo y pasé á un salón donde se hallaban otros amigos de la casa, ingleses todos... Empezamos á charlar. Uno de ellos, recuerdo que era simpatiquísimo, é hicimos muy buena amistad, tan buena, que luego hizo viajes á España y vino á buscarme presuroso, deseando que yo le hiciese conocer los rincones madrileños... Otro de ellos exclamó:

—¡Oh! Usted ser de España, de la pobre España, donde se celebran las corridas de toros y llevan las mujeres la navaja en la liga... ¡Oh! Un país de chulos, de toreros... Y qué, sigue lo mismo, ¿eh?

La indiscreción de aquel sujeto que así me hablaba por primera vez en su vida, fué advertida por el dueño de la casa, que medió rapidísimo en la conversación, diciendo:

—¡Oh! No, Mr. M..., usted está equivocado, tiene un mal concepto de lo que España es; yo, que viajé mucho por ella, me convencí de que no es como nos la pintan muchos de sus detractores...

Creí el momento de intervenir yo también en la discusión:

—Seguramente si usted fuese á ella—dije,— si conociese usted sus bellezas, variaría de criterio; esa España, que algunos han pintado para ridiculizarnos, es la España de pandere-ta; pero yendo allí, conociéndola, se ve que tiene muchas, muchísimas cosas buenas...

*
**

Al día siguiente, el rápido me conducía á Calais y París, y á medida que abandonaba Inglaterra para aproximarme á mi patria, recordaba las conversaciones de aquellos ingleses del convite... ¿Tendrían razón quizás? ¿Seremos un pueblo muerto, que sólo piensa en toros y en alegría, en nada práctico? Pero pensaba también que ellos, y en gran número, vienen á admirar y conocer eso mismo que critican, y algunos hasta se entusiasman. Nuestro cielo, nuestra alegría, nuestras reliquias, les vuelven locos; el palmito de nuestras mujeres los trastorna; pero, afortunadamente, pueblo muerto ó vivo, ó como quie-

ran, queda entre nosotros, es nuestra carne, nuestra vida, nuestra alma... Ellos con lo de ellos, con su dinero, con su poderío, con su constancia, con sus nieblas... Ni Belmonte ha de saber á nada con un cielo como el de Londres, ni á Londres le importa un pito que exista en el mundo un Belmonte...



Vergüenzas nacionales.

La plaza que se forma entre las calles de Sevilla y Carrera de San Jerónimo, presentaba un aspecto triste. Un gentío inmenso la llenaba: el Banco Hispano Americano acababa de cerrar sus puertas por suspensión de pagos. Los cuentacorrentistas, deseosos de recuperar su dinero, bramaban y vociferaban contra la institución que, por circunstancias bien de lamentar, no podía de momento pagarles, viéndose obligada á dar tan delicadísimo paso. Tenían razón á protestar, á qué negarlo; el que tiene su dinero en un establecimiento bancario lo tiene para disponer de él cuando le plazca, cuando lo considere oportuno, y aquella medida tenía por fuerza que contrariar sus deseos.

Fué triste, realmente triste el espectáculo

que se dió en la corte con la suspensión de pagos de tan florecientísimo negocio: gentes insensatas, rastreras, dignas del mayor desprecio, lanzaron por entre el vulgo una chispa que halló materias combustibles en una opinión ligera y desconfiada. Cuando la versión incierta é indigna de que el Hispano iba mal se propagó funestamente, era precisamente cuando dicho Banco se podía considerar en su más próspero desarrollo: lo que sucedió fué que había CIENTO VEINTE MILLONES DE PESETAS entre los cuentacorrentistas, y que casi todos éstos, impulsados por el temor y la voz de alarma, fueron á cobrar, y es claro, el Banco Hispano Americano, como cualquier otro Banco á quien se hubieran dirigido con la misma pretensión, no tenía en Caja ni podía realizar en corto plazo sus valores para hacer dinero y responder á la legítima, aunque injusta, demanda de los cuentacorrentistas. Gestiones cerca del Banco de España, proposiciones, soluciones posibles, etcétera, etc...., todo irrealizable tan de momento como exigía la situación creada. El Hispano Americano, banco de doce años de triunfos constantes, negocio sano y flore-

ciente, presentóse en suspensión de pagos.

¿Por carencia de operaciones? ¿Por mal empleo de sus fondos? ¿Por profusión de malos negocios? ¿Por la crisis americana?... Por nada de eso, absolutamente por nada de eso. Operaciones tenía más que nunca; sus fondos demostró cómo estaban empleados, en el rapidísimo cobro que realizó en el mes que estuvo cerrado; la crisis americana no afectaba en nada su marcha, puesto que, dada su importancia, lo que tenía colocado allende los mares para nada podía influir en la parte general del negocio. ¿Por qué, pues, cerró sus puertas? Sencillamente por la mala fe de los que propagaron la semilla y por el pánico tan tremendo que se apoderó del ánimo de gran parte de los que en el Banco tenían su dinero. En esta ocasión el punto de enfoque fué el Hispano Americano: en cualquier otro Banco que se hubiesen fijado, hubiesen conseguido lo mismo; pero ninguna otra institución bancaria tenía carácter más nacional que el Hispano; era necesario hacérselo á él.

Si sería grande el temor y el miedo que reinó en esos días, que hubo mucha gente que fué á retirar hasta los depósitos: admírate, lec-

tor, los depósitos, aquello que se podía considerar sagrado, pues tenían delante al Código Penal y detrás á un piquete de la Guardia civil. ¡Vergonzoso, altamente vergonzoso! Lo que ocurrió entonces no se puede titular de otra manera, y más vergonzoso aún porque en aquellos momentos nadie, absolutamente nadie, ni Gobierno ni Banco de España hallaban forma viable para ayudar á la florecientísima institución, honra de la nación, que á más de alimentar á cerca de mil familias, podía muy bien considerarse como un orgullo de la banca española. No tenían para nada en cuenta que todos los años tributaba al Estado en concepto de impuesto de utilidades más de seiscientos mil pesetas, mientras otras entidades extranjeras que realizan un volumen de operaciones, quizás de tanta importancia, entregaban por el mismo concepto una cantidad insignificante. Ahí está el ejemplo del Credit Lyonnais y del Banco Español del Río de la Plata con cinco ó seis sucursales en España. En este nuestro país, para todo somos lo mismo: de aquello que legalmente podemos y debemos sacar un tributo, por lo general no nos molestamos en conseguirlo: de aquello que

para tributar hay que cometer una ilegalidad, nos apresuramos á cumplirlo. Si la ley de utilidades se aplicase equitativamente, ¿en qué cabeza cabe que dos sociedades de crédito de absolutamente el mismo fin y parecidos medios, con una cantidad de negocios aproximadamente igual, una tribute más de seiscientas mil pesetas al Estado y las otras la décima parte? ¿Y qué decir si añadimos que la que paga la suma grande es la nacional, y las otras, las beneficiadas, son las extranjeras. Aquí sí que se puede aplicar aquello de **QUE ESTO NO PASA MÁS QUE EN ESPAÑA**, pues sólo basta observar y ver la cantidad de requisitos que en el extranjero exigen á cualquier Banco español que allá pretende llevar su representación. Es decir, que considerando que las dos entidades extranjeras anteriormente citadas con la misma cantidad de negocios que el Hispano Americano, podrían tributar entre las tres muy cerca de dos millones de pesetas contra unas 700.000 aproximadamente que tributarán hoy y aplicando así la ley, resulta que la Banca extranjera que hay en la Península pagaría unos dos millones de pesetas más de lo que paga, que

es una cifra ridícula. ¿Qué menos debemos hacer para no sentar plaza de primos, que pagar con la misma moneda que nos cobran?

Es un asunto éste de tal importancia, de tal trascendencia, de tan injusta y vergonzosa realidad, que no puedo menos de denunciarlo, aunque de antemano sé que á casi nadie importa y que nada voy á conseguir; pero, por lo menos, que se sepa que á esas grandes entidades extranjeras les paga su numeroso personal el Estado, sólo por incumplir una ley que á otros hace respetar rigurosamente. Precisamente hace unos días, en el Supremo, en la Sala de lo Contencioso, se ha discutido un recurso que reviste excepcional importancia para las Sociedades extranjeras domiciliadas en España, partiendo del mismo punto que he expuesto anteriormente.

Veremos á ver la sentencia que dicta la Sala; pero sea la que sea, el problema planteado seguirá, para nuestra desgracia, siendo una verdadera vergüenza nacional.



Unas cuantas verdades.

Seguramente todos los que estas líneas leais habréis oído alguna vez este juicio del vulgo que á continuación reproduzco, cuando á algún ricacho se refieren. ¡Oh, no sabe lo que tienel Es una creencia muy corriente, muy general, la que existe de suponer que los ricos, por sólo serlo, no se han entretenido un ratito en saber por qué lo son, y he observado que ese juicio le aplican aún más á las fortunas que vienen de Ultramar, figurándose, sin duda, que aquello es Jauja y que los que allí tienen sus bienes son dueños de algo así como toda España ó cosa parecida. Hay muchos ricos, muchos que les agrada oír esa frase en boca de la gente, unos por vanidad, otros por orgullo, otros por ignorancia: al verdadero rico, al rico de cartera y de alma, que es aún

una riqueza mayor, le produce pena el escucharla, pues le evidencia el atraso en que se hallan los que así opinan. Es necesario ir desvirtuando esa especie, es conveniente que la gente poco culta sepa que el que más y el que menos sabe lo que tiene, cómo y por qué lo tiene, y que con respecto á las fortunas de allá no es oro todo lo que reluce; hay muchos adinerados, quién lo duda, pero hay muchos también que presumen de serlo y en realidad no lo son: con el ambiente de la tierra, los que vienen de allende los mares se vuelven un poco *paperos*. Hay quien, á costa de grandes fatigas, ha hecho por allí un capitalito de cincuenta mil pesos, pongo por ejemplo, que total hoy son cincuenta mil pesetas, y viene aquí creyéndose él y su familia que es un Rotschild ó poco menos, y lo más notable es que el mismo interesado, en la mayor parte de los casos, el que ha logrado reunir aquello á pulso después de trabajos ímprobos, lo llega á creer también. Y así tienen ustedes que con un capital que tienen muchos de los que en España viven modestísimamente, ese emigrante se cree un potentado, y su familia, como no ha salido del lugar en su vida más

que cuando volvió el mozo y no tiene ni ligera noción de lo que es el dinero, juzga que con lo que el indiano ha traído hay para todo cuanto haga falta, sin pensar que poco á poco se le van comiendo las entrañas. Ahora, que eso no importa; cuando se acabe, que vuelva otra vez á ganarlo: lo importante es que ellos triunfen y vivan y traguen. Todo es cuestión de concepto; hay quien se juzga poderoso con lo que otros se consideran pobres, y, caso curioso, casi todos los que pueden presumir de ricos, porque en realidad lo son, aparecen más modestos ante los ojos de los demás, y es que no sólo tienen rico el bolsillo, tienen también repleto el sentido común, que es el menos común de los sentidos.



Hemos llegado á un momento de la vida en el que el honor se mide en relación con el dinero; aún quedan, por fortuna, muchos que el honor lo anteponen á todo, y éste resplandece triunfante y hermoso; aún queda gente honrada, en pocas palabras; pero en la generali-

dad de los casos, repito lo anteriormente expuesto: se mide por la fortuna que se posea. Y no es que esto sea una opinión mía, sino una realidad; porque ante nuestra vista se hallan casos palpables que demuestran la verdad de mis afirmaciones. ¿No recordamos todos haber presenciado casos por docenas? Familias que vivían totalmente olvidadas y desconceptuadas por rateros, por ladrones, por sinvergüenzas, y que por suerte suya han cambiado de posición y son ricos, ¿no se las ve acompañadas, agasajadas, respetadas sólo porque la diosa Fortuna cambió su aspecto económico de la noche á la mañana? Son las mismas familias de antes, tan sinvergüenzas, tan rateras, y sin embargo, la sociedad las admite en su seno acariciándolas y queriéndolas. Y es el honor de ellas el mismo honor de antaño, porque el dinero tiene muchas aplicaciones útiles, pero no puede comprar ciertas cosas, entre ellas, honor, dignidad, vergüenza. ¡Cuántos se quedarían sin una peseta si con su fortuna pudiesen lavar algún pecado!

El dinero, con ser indispensable, ha venido á trastornar la vida en muchos órdenes; yo entiendo que en lo que más la ha perjudicado

es en lo que á dignidad se refiere. La cuestión es ser ricos, y muchos lo son porque tienen condiciones para serlo; pero otros, como saben que no lo han de ser si no se aprovechan de los que ya lo tienen, traman canalladas, conciben pillerías y llevan á cabo cualquier clase de acto, por ilícito que sea, con tal de serlo; si no hubiese cierta clase de sujetos, ¿cómo iban á haber contraído matrimonio tantos monstruos como veis, en primeras y en segundas nupcias, por esas calles de Dios?

*
* *

Por último; hay quien concede á la ropa verdadera importancia en el concierto social; hay quien no puede ir de americana adonde la mayor parte van de frac ó de smoking; hay quien no puede ir con quien va mal vestido, porque él en lo de vestir, al menos por fuera, es una dama, y digo por fuera, porque hay una cantidad grande de pollos que presumen de elegantes, y librenos Dios de verles las interioridades; hay también quien viste á sus familias de mamarrachos con tal de que vayan á la moda, aunque el traje les siente como un

tiro. Esos seres que conceden tanta importancia al vestir bien ó mal, se la quitan á otras cosas que la tienen mucho mayor; pero no les importa, porque lo que más les preocupa son los detalles que se ven. ¿No os habéis fijado en esas muchachas de los pueblos, hermosotas y frescachonas, que porque el hermano, el tío ó pariente ha hecho suerte, han sustituido el conocido aparejo redondo por el traje de señorita, y las pobres tienen que aguantar con resignación el sacrificio por no disgustar al familiar que aquello les impone para que hagan el ridículo por cuantos sitios anden? ¡Cuánto mejor, cuánto más guapas estaban como estaban antes, con su pañuelo de talle y su falda redonda, con lo que ellas han llevado siempre. La ropa fina no á todos sienta bien, como la tosca no todos la saben llevar; cada cosa para lo que es. Vestid á un pastor de esos abuelos de la tierra, de los de gorra de piel y capa blanca y abarcas, de frac, zapatos de charol y chistera, y suponedle por un momento con un capital de cien millones de pesetas; estará, indudablemente, para pegarle un tiro; vestid á Tammes, prototipo de la elegancia, de pastor, y

habrá que repetir la descarga. Id á un pueblo y ved á las mozas con su traje regional y os gustarán; pensaréis que, aun siendo paletas, alguna os convendría hasta para mujer propia; sacadlas de allí, y la impresión cambiará por completo, y es que su marco es aquél, el del pueblo donde nacieron, donde se criaron. Dejad á cada cual con sus costumbres, con sus trajes; á qué sacar á ciertas personas de sus moldes, cuando al salir de ellos, ellas mismas son las que van más molestas; al fin y al cabo, la ropa es cuestión de época, de región y de pesetas,

*
* *

Al presentar al lector estos tres aspectos de la vida real, no pretendo herir susceptibilidades y me limito sólo á opinar por mi cuenta. Lo que antecede es lo que yo pienso sobre esas tres distintas cuestiones; yo respeto todas las opiniones y todos los pareceres, que me podrán resultar bien ó mal; pero insisto en que van acompañados de mi respeto siempre. Quizás, aun con esta aclaración, haya algunos que se molesten por lo que escrito queda;

bien sabe Dios que lo sentiré, porque mi ánimo no fué el de molestar á nadie, sino el de decir únicamente unas cuantas verdades...
¿Las he dicho?...



¡Misterio!

La casa de los guardas de "El Retamar" se oculta temerosa entre las frondas del pinar salvaje: un monte obscuro sirve de marco á su silueta blanquecina que presenta allá al fondo del paisaje: un paisaje serrano, encantador... Lo verde del suelo, la frescura de la atmósfera, traen á nuestra alma gozo de primavera: la casita blanca, aquel templo triste que encierra entre sus paredes jalbegadas historias de amores y misterios de cariño, aquel casucho que guarece á guardas viejos y mujeres bondadosas, se hurde en el monte virgen como amedrentado del resto del mundo. ¡Pobre casa de "El Retamar"; rodean sus muros pinares frondosos, vigilan sus penas y tristezas flores y pájaros; besa sus estancias un aire puro de la sierra cercana, el mismo

aire que en el huerto vecino mece cariñosamente unos almendros en flor, que lloran unas lágrimas de oro por entre sus gajos desnudos y abiertos. Todo es poesía, calma, dulzura, placidez: vais á saber, lectores, lo que en "El Retamar" pasó, en esa bella finca del misterio, que en misterio sigue, en ese bello rincón donde nació un amor que murió en capullo, sacrificado por conveniencias mundanales, dejando un fruto que "El Retamar" recibe con caricias de madre, y que sirve de consuelo á unos viejos, que son sus abuelos.

*
* *

En el Retiro un sol reluciente y alegre se filtra por entre las hojas de unos árboles verdes y jugosos, testigos de besos y compañeros de amores: un aire suave mece sus picotas donde unos pajarillos saltan de rama en rama alegres de vivir. Las aguas de un estanque escondido entre arbustos aparecen tranquilas, con una mansedumbre ideal, y cual espejo enorme, reflejan la silueta de un paraíso que tristón se eleva en la orilla. Por la calle que conduce á la puerta principal discurren pare-

jas, que gozosas cantan su amor entre la fronda espesa: pudiera decirse que el Retiro es el templo del amor. En ninguna parte del mundo existe un sitio donde se vean más parejas de enamorados.

Antonio Zaragoza de Tornado, estudiante en Derecho, coloquia con la encantadora Matilde, su novia, á la sombra de una acacia monumental. Llevan unos meses de novios, queriéndose más cada día, y contándose á diario sus penas y sus alegrías en aquel paraje encantador. El muchacho es dichoso del todo; en su casa abunda el dinero y la felicidad; á ella, ya no le pasaba lo mismo; buena, buenísima, sufría porque su madre no se portaba con ella y sus hermanas como su santa misión le aconsejaba; no era feliz, á pesar de sus riquezas: su ánimo se alegraba tan sólo pensando en el día en que su Antonio la hiciera su esposa, y ese día ya se aproximaba, pues el mozo contaba veintidós años, y á su mayor edad pensaba unir sus destinos con la que tanto amaba.

Antonio se conocía; sabía que de seguir soltero su naturaleza no respondería al abuso del placer. Pensaba formalmente en el matrimo-

nio, pero antes necesitaba pasar una temporada fuera de Madrid, lejos de su amor y de sus amigos. Y su novia, la angelical Matilde, de talle menudo y cabello de oro, lo sabía y lloraba, sin más consuelo que el de volverle á ver pronto. Adiós por un poco de tiempo sus caricias, adiós también sus besos, adiós sus palabras... ¡Qué horrible es la distancia para dos que se quieren!

*
* *

Don Antonio Zaragoza, padre de Antoñito, poseía la finca de "El Retamar", y á ella mandó á su hijo, con idea de que recobrase fuerzas, y ver si á la vez podía olvidar á la novia, cuya madre no era santo de la devoción de los nobles Tornos. Por fin, el pollo marchó, dejando á su nena querida buscando un refugio donde su espíritu hallara reposo y su alma juvenil saciara las ansias de vivir entre el aroma embriagador de unos pinos.

*
* *

La finca de "El Retamar", donde Antonio iba á reponer sus fuerzas, era una finca principalmente de caza. En ella vivían el tío Roque, viejo guarda, con su mujer, la tía Manuela, y su hija, la Lucila, criatura ideal, de veinte abriles. Además, en la misma casa de la finca, el tío Troncho, guarda también y compañero de fatigas de aquella familia. El tío Roque era un viejo bonachón, simpático, gran fumador, y sin más vicios que el de apurar la colilla hasta quemarse los dedos. Su mujer, la tía Manuela, un tipo netamente castellano: ni muy alta ni muy baja, fina de cuerpo, alegre de cara, era la personificación de la estética y la viveza. La Lucila, la moza, era sencillamente ideal: esbelta, con unos ojos negros inmensos, y un pelo moro, capaz de alegrar la vida á un ermitaño. A Antoñito le fué arreglada una habitación en aquella casa, y cazando, durmiendo, leyendo y jugando al mus pasaba sus días... Mentira parecía que Antoñito, célebre por sus andanzas y correrías, tuviera la resignación necesaria para meterse en aquel poblado triste y aburrido. Bien sabe Dios que para que tal hiciera, muy averiados enían que andar sus pulmones. El mozo pen-



saba pasar en "El Retamar" un par de semanas, y ya llevaba dos meses. La Lucila había sabido despertar en su alma nuevas ilusiones, y ya eran novios. Con ella salía, con ella entraba, y juntos se les veía por todas partes.

Aun sin olvidar á la de Madrid, aquellos amores, quizás por perseguir otro ideal, tuvieran para él por el momento más interés. Así continuaron algún tiempo, y ya la novia de la Corte empezaba á impacientarse, porque las cartas de su amor no llegaban con la regularidad acostumbrada. También los viejos guardas comenzaban á ver con recelo el derrotero que tomaban aquellos amoríos. La Lucila estaba loca, trastornada por lo que Antonio la había dicho: lo quería con ceguera, haría por él cuanto le pidiese. Así al menos lo denunciaban los coloquios que ambos sostenían bajo la parra vieja de su casa, iluminados sus rostros juntos por una luna retozona... Muchas riñas de sus padres costaron á la muchacha los amores del madrileño, mas todo inútil; ella no podía pensar en otra cosa; le quería, le idolatraba; la imaginación aventurera de Antoñito había plagado el espíritu de la

serrana de emociones nuevas. Lucila no había querido á nadie aún; el pollo gato fué el primero que la habló de amores, de cariño, de pasión. ¡Cómo no le iba á querer!

Por fin llegó un día en que Antonio pensó en volver á Madrid. Aquel mismo día "El Retamar" se alegraba con la llegada de una carta. Gonzalo, el hermano de la Lucila, que estaba en Africa, anunciaba su próximo licenciamiento. Los viejos borraron parte de la buena noticia con las lágrimas que de sus ojos caían. ¡Pobrecillos!

Una nube de polvo densa, antipática, indicaba la ruta que había seguido un automóvil. En él había marchado el amor de Lucila... "El Retamar" quedaba triste de nuevo, en aquella tarde estival; un aire cariñoso besaba las almas tristes de aquellos campesinos... La Lucila se dejó caer en una silla. Lágrimas de cariño mojaron sus ojos, mientras pronunciaba tristemente estas palabras...—¡Dios mío, qué he hecho yo!...



Pocos meses después, los periódicos de la corte anunciaban el próximo casamiento de Antonio Zaragoza de Tornado con la señorita Matilde de Zulueta y Carvajal: la boda, dada la condición y posición de los novios, prometía ser un acontecimiento. Esas noticias llegaban á "El Retamar" y helaban la sangre de los que las leían. La Lucila, aquella muchacha guapa, guapísima, mecía en sus brazos un niño rubio, fruto de sus entrañas y su candidez; la pena invadía las estancias de "El Retamar". El señorito Antonio era un canalla; no sólo se contentó con abusar de la muchacha, sino que después de lo habido entre ellos, ni una sola letra, ni una mala promesa de consuelo llegó á sus manos. Y su desfachatez llegaba á más aún: pensaba ir á cazar con unos amigos á la finca para enseñarles la que tan vilmente había engañado; y como lo que el Tornado joven pensaba lo hacía, una mañana cuando menos lo esperaban, unos automóviles llegaban á la puerta de la finca: era Antoñito con unos amigos suyos, que se disponían á pasar varios días cazando... La presencia del mozo y sus amigos no fué muy agradablemente acogida por aquellas pobres gentes que ha-

bían sido víctimas de él; sin embargo, el espíritu de sumisión, lo que todos querían á don Manuel Tornado, que por cierto estaba muy disgustado con la conducta del muchacho, hacía que apareciesen correctos y serviciales, aunque un roer constante taladraba su alma.

*
* *

La noche antes en que Antonio pensaba marchar á Madrid, tuvo la última entrevista con la Lucila... Toda la solución que el abusador daba á lo sucedido era entregarla un sobre con unos billetes del Banco. Ella, altiva, los rechazó indignada... Gritos, lloros, amenazas...

*
* *

Horas después, en los diarios de la Corte se leía el siguiente telegrama:

“En la hermosa finca “El Retamar“ ha sido hallado el cadáver del acaudalado joven don Antonio Zaragoza de Tornado, con la cabeza atravesada de un balazo.

Se ignora si se trata de un suicidio ó de una venganza. El Juzgado entiende en el asunto."

El misterio se alberga entre las paredes de la casita blanca que se esconde temerosa entre el pinar salvaje.



Un triunvirato simpático.

Tengo la satisfacción de conocer á casi todos los representantes de la provincia de Soria. En el Casino, donde muy á menudo nos encontramos, charlamos muchas veces de política soriana: he de advertir que charlamos platónicamente. El diputado por Almazán don Lamberto Martínez Asenjo, yo soy ante todo sincero, es para mí el más simpático de todos los representantes sorianos, el más popular, el más soriano, el más á propósito para lo que aquella tierra exige. Es bueno, activo, trabajador, cariñoso, entusiasta de su terruño, y en una palabra, un gran diputado; lo demuestran cómo le quieren en su distrito y en toda la provincia, con qué afecto, con qué confianza, con qué popularidad tratan á Lambertillo, como por allí le llaman muchos. Las caracte-

rísticas de este buen sujeto son la sencillez y la modestia; pero con esa modestia y esa sencillez ha llenado su distrito de carreteras y de escuelas y de otras obras de gran importancia. Es un diputado real, no ideal; es un representante de la época en que vivimos, no de dentro de cien años; los proyectos ideales, los sueños políticos, quizás los vean realizados nuestros nietos, pero es seguro que no los veremos nosotros; lo que se hace en el día se ve, se disfruta, es una labor mucho más cierta, más palpable. Don Lamberto es el único que en Soria tiene fuerza política; las cosas se han de decir como son: está, como es natural, afiliado á un partido; pero él ha sido, es y será diputado por Almazán tantas veces como quiera, lo desee ó no lo desee el Gobierno que esté. Y eso hoy, allí, con todas las alturas políticas que quieran presentar ante nuestros ojos, con todas las más halagüeñas perspectivas que algunos esperen no lo puede hacer nadie más que don Lamberto Martínez Asenjo, dueño y señor, muy merecidamente por cierto, del distrito de Almazán.

El movimiento se demuestra andando, y los diputados demuestran que son activos y pa-

triotas cuando hacen por sus representados lo que don Lamberto ha hecho por Almazán. Salud, querido amigo, y os deseo que á ese trono de bondad y sosiego que os habéis sabido crear con vuestro celo y vuestra actividad, únicamente os lleguen las bendiciones de todos aquellós que supísteis proteger con largueza. ¡Ojalá y que como vos, insigne soriano, sin grandes proyectos políticos, ni trascendentales problemas sociales y económicos, pero sí con actividad y un corazón y una honradez grandes hubiese muchos diputados en España!



También he tratado bastante á don Ramón Benito Aceña, el venerable senador. Don Ramón es bueno, cariñoso, amable, enemigo de luchas y pasiones, desearía ver deslizarse el carro de la farsa política por unos rieles que él tendiera y que sólo conducirían á un estado de tranquilidad y de paz. A mí este anciano y bondadoso soriano me infunde un respeto grande; le hallo, y gusto de hablarle, de oírle; no sale de sus labios una frase que pida gue-

rra; no surge de su boca un concepto que pueda molestar á nadie. Es conforme y modesto, generoso y tranquilo, con la tranquilidad propia de todo aquel que en su vida no ha hecho más que bien. Soria ha tenido en este patriarca de la política regional un defensor constante; Aceña ha hecho cuanto ha podido por su tierra, justo es hacerlo constar, y lo ha hecho como se deben hacer esas cosas, sin posiciones de enfoque ni rasgos de petulancia y suficiencia; lo ha hecho lo más en silencio posible; por su gusto, nadie se hubiese enterado hasta después de hechas. Así es de modesto y de espléndido. ¿A qué citar aquí la muchísimo que ha llevado á cabo para engrandecer y enriquecer su tierra? Al reunir en este volumen unas cuantas impresiones político-literarias, ¿cómo no acordarme de él? Por usted, estimadísimo don Ramón, y por encima de toda mira política, siento una admiración y un respeto grandes, y aunque, como ya le dije una noche en una de las muchas conversaciones agradabilísimas que con usted he sostenido, que es menos aragonista que lo que yo quisiera que fuera, yo, que quiere usted, no lo puedo remediar, pago esa

preferencia de usted por otros con una leal estimación.

*
* *

—Pase, mi amigo. ¿Pues qué sucede?

Así me indicaba don José de Parres y Sobrino que entrase en su cuarto del Hotel Ultramar. Don José, aunque no nos vemos muy á menudo, es uno de los individuos á quien yo quiero bien, porque sé que él me corresponde con la misma moneda, y porque, además, me deleita escucharle, pues son pocas, poquísimas, las personas que yo he tratado y he oído hablar que discurren mejor, que tengan un concepto más exacto de la realidad de la vida que el que tiene este senador soriano, que lo es, no porque lo llevase Zutano ni Perantano, como tiene la osadía de decir el comunicado que inserto en el capítulo de "Mi actuación política", sino porque se ha gastado su buena cantidad de dinero, que es el jefe más fiel y más amigo que tienen todos los que á política se dedican.

Don José de Parres Sobrino, además de todo eso, es un gran político, y un gran talento

y un gran orador. No tiene necesidad de la tutela de nadie para ostentar en la política un puesto al que le hacen acreedor sus propios merecimientos.

Esa tarde que os cuento fui á verle, á molestarle, por cierto, como casi siempre, con motivo de una recomendación que necesitaba para un amigo. Y él, tan cariñoso, tan campechano como de costumbre, nos dió su opinión clara y precisa del asunto que allí llevábamos. Excuso decir que con ella, justa y acertadísima, puso una vez más de manifiesto su clara inteligencia. Parres, como le llamamos en esta casa, donde tanto se le estima, es, á más de un buen senador, un sujeto bueno á carta cabal, y forma con los otros dos el triunvirato simpático conque encabezo este artículo, que ni es un bombo ni un himno á sus respectivas virtudes: son sencillamente unos renglones que brotan espontáneamente de un político en embrión, que siente por todos ellos una viva simpatía. ¡He dicho!



Los cines.

El cine ha matado al teatro, Esta es la frase que se escucha por doquier. Pocos gastos, lo cual da mucha defensa al negocio, películas de gran atracción, variedad constante de programa, obscuridad, baratura, etc., etc. Y es cierto; la gente invade los salones del cine y casi prefieren las cintas á las comedias y zarzuelas. La industria cinematográfica ha llegado hoy en día á una maravillosa perfección; los aparatos no oscilan lo más mínimo; se ha alejado de ellos, debido á modernas innovaciones, todo temor de incendio, y los asuntos y argumentos de las películas son cada día más complicados y más interesantes. Han llegado á producir tal emoción en su proceso y desarrollo, que algunos de sus finales han sido ovacionados con el mismo entusiasmo, con el mis-

mo calor que si un gran actor acabase de terminar una escena trágica con un mutis inspirado. En pocas palabras: el cine se ha adueñado del público. Pasa también que, así como á los teatros á determinadas localidades no puede ir más que gente de cierta condición económica y social, por el precio e las mismas, en los cines no sucede eso; las butacas son de X céntimos, lo mismo para el potentado que para el que no lo es, y esta confusión de clases gusta, tiene público.

Además de todo eso, el cine tiene una nota importantísima para que sea negocio; esta nota, que parece así á primera vista insignificante, encierra una gran trascendencia; me refiero, lector, á la obscuridad. La obscuridad presenta una serie de ventajas indudables para los que suelen frecuentar los cines y para el público en general. Como no se da luz más que cada media hora, y dura cuando más cinco minutos, todos, absolutamente todos los concurrentes, tienen con esta medida una serie de ventajas. Las feas se alegran, porque los pollos tienen menos tiempo de admirar su fealdad, si la fealdad es para admirada; las guapas presentan el atractivo de estar deseán-

do que den luz para verles su hermosura, y ese deseo, esa ansia de que enciendan, la hace aún más bonitas... Los pollos no tienen mucho tiempo de sentirse pelmas, en lo que se refiere á timorroteo, porque cuando más entusiasmados están en sus observaciones, ¡zás! se apaga la luz y terminan las vistas. Para todos, absolutamente para todos, presenta ventajas la obscuridad. El cine ha hecho, ha formado muchísimos matrimonios, muchos hogares que no hubieran existido de no existir el cine; en el cine se han hecho muchas promesas que no se hubieran podido hacer con luz meridiana; en el cine se han expansionado en ocho días muchos novios que en otros tiempos de *no cine* hubiesen estado dos años sin expansionarse. Hay que tener en cuenta que la acción del cine á favor del amor es doble. Primero, la serie de facilidades que da la obscuridad para decirse las cosas con mucho más fuego, con mucha más intimidad, con mucha menos distancia entre las bocas que en plena luz; y segundo, hay que ver lo que las películas han democratizado las costumbres en lo que á amores se refiere. Antes, yo recuerdo que en un teatro la sola indicación de un beso entre

dos artistas, levantaba rumores de los espectadores: cuando se estrenaba alguna obra de asunto ó trama inmoral, las mamás tenían muy buen cuidado de no llevar á sus hijas al teatro donde se representaba aquella obra, temerosas de que la niña aprendiese algo malo que pudiera inficionar su pureza. Hoy en los cines se ve todo, se consiente todo, y las mamás y los papás y las niñas en profusión acuden á ellos, deseando la mayor parte que los asuntos sean verdes y picantes y los besos que se den lo más extensos posible. ¿A qué teatro en que se representasen obras de argumentos tan poco morales como se ven en la mayor parte de las películas acudirían las mamás con los pedazos de sus entrañas? Pero así como en materia de dar existe el dicho de que *la caridad lo purifica todo*, en materia de ver *es la obscuridad la que todo lo purifica*. Y menos mal las señoras que igual van al cine á ver una película del color que sea, que á una obra atrevida que á una zarzuela; pues yo soy de los que opinan que la verdadera señora es señora siempre; ésa, al fin y al cabo, no hace más que presenciar lo que le den. La que pone mis nervios de punta es la serie de damas

finas, aristocráticas y mojigatas, que protestaron de *La Garra*, de Linares Rivas, y otras obras parecidas, y que, sin embargo, van á presenciar películas donde la novia se fuga con el novio, y los besos que se dan, el que menos dura cinco minutos... ¡Vaya calor!

Y luego se extrañan algunos de que en los cines baratos, en esos que sólo se llenan los domingos por la tarde, ya comprendereis la clase de publiquito que irá, se pongan en las paredes los siguientes carteles: "Los acomodadores serán los encargados de evitar cualquier abuso que se cometa en el local y que sea atentatorio á la moral y las buenas costumbres."

Tiene su explicación... ¡quién lo duda!, si la base del cine es la obscuridad.



Una cacería en Pinares.

—Mañana, á las tres, aquí sin falta. Hay que ir bien temprano, porque luego el sol y los moscos son el mayor enemigo del cazador..., los perros se cansan y no se consigue nada, y de hacer algo lo hacemos pronto, en los primeros ojeos... Esto me decía el tío Francisquín, el viejo más cazador y el cazador más viejo de Salduero. Este buen anciano es un sujeto notable, y con su hermano, el tío Cecilio, forman el "dúo director" de todas las excursiones cinegéticas que se realizan por aquellos pinares. Pocos habrán visto más caza que ellos vieron en sus numerosas monterías y pocos también les habrán tirado más tiros que ellos á los corzos y los jabalíes, pero casi siempre con poco éxito. Son, por desgracia, muy malos tiradores; se les llenan los ojos de

“pieza” y no dan más que una en el clavo y ciento en la herradura.

—De Vinuesa vendremos diez escopetas, añadí yo—, y antes de las tres pasará por aquí el tío del hato con lastre para dos días. Es necesario que alguien le espere y vaya con él, para indicarle dónde ha de hacer la caldereta.

—Todo estará listo, Juan, todo estará listo. Lo único que hace falta es que tengais buen ojo, porque lo que es caza, vemos, vaya si la vemos...

—¿Traigo perros?—pregunté por último.

—Pocos, media docena, y que sean buenos. Y te digo media docena, porque así sé que vendrán doce...

—Conformes, y hasta mañana... Por fin, ¿dónde vamos á ir?

—Parece que tenemos más confianza en Marañón, porque ahí andan unas parejitas de corzos, y á lo mejor nos trompicamos con el jabalinote grande, maldito de Dios—decía el tío Cecilio...

Nos despedimos... El auto empezó á bufar, y en seguida el pueblo pintoresco, el que para mí encierra tantas simpatías, desapareció de

mi vista; velocísimo cruzo el corto trozo que lo separa de Vinuesa. En él, La Teresa, fábrica de luz, símbolo de la civilización y el adelanto, nos saluda cariñosa; un alma generosa, un espíritu emprendedor, desterró para siempre, arriesgando unos miles de duros, el candil y la tea de los hogares vecinos... La sirena del coche chillaba potente como para celebrar la obra de tan buen patriota... Tres minutos más, y en Vinuesa... La cacería estaba organizada.



Cuando un silencio sepulcral invadía el poblado, un despertador de esos nuevos que repiten siete veces, me avisó que tenía que levantarme... Eran las dos de la mañana. Lo confirmó poco después la voz pastosa y ronca de un sereno que en la plaza vecina voceaba la hora... Se nos presentaba un gran día de caza; el cielo estaba limpio de nubes, y la temperatura, ligeramente fresca, no podía ser más agradable... Me vestí rápidamente y bajé a tomar café, para en seguida marchar. No podía olvidar la advertencia del viejo de Saldue-

ro, que de hacer algo se haría en los primeros ojeos, aprovechando el fresco de la mañana. Ya abajo, me esperaban unos cuantos cazadores. Allí estaban un lejano pariente mío, bueno como pocos, y quizá la mejor escopeta para caza mayor que yo he conocido. Lleva muertos más de doscientos corzos y no sé cuántos jabalíes; una enormidad. Conocedle: le llaman el tío Francisco. Allí se hallaba también mi primo Goyo García, el quinto de cuota, bueno y simpático, y entusiasta como pocos, y otros tres ó cuatro, que en el curso de la carcería conoceréis si es necesario que os los vaya presentando... Poco rato después y en número de doce ó catorce, á caballo, salíamos para Salduero. Una numerosa jauría nos acompañaba, casi todos ellos podencos, por ser la raza más á propósito para el país... A la hora dicha, con plena luna, y por el borde del río Duero, era un espectáculo fantástico el que ofrecía la cabalgata con sus perros y sus escopetas: no creo que nadie que no nos conociera de antaño pudiera no pensar que éramos bandoleros... El camino nos duró poco. Pronto nos hallamos en Salduero. En este pueblo, á más de muy aficionados á la caza,

son muy madrugadores... Cuando llegamos ya estaban todos esperándonos...

—¿Y el del hato?—me preguntó el tío Francisquín.

—Pero qué, ¿no ha venido aún?

No acababa de decir estas palabras, cuando oí detrás de mí la voz del gran ranchero Fulgencio.

—Ya estoy aquí, ¿qué pasa?...

No le habíamos visto porque había venido por el camino de abajo... Todos estábamos listos para partir. Era aún de noche, una noche de esas en que da pena que llegue el día... Un cigarro, un copazo y en marcha.

La cuesta que lleva á la clásica ermita de Santa Ana iba desapareciendo poco á poco, y allá abajo el poblado, moderno y simpático, dormía tranquilo, arrullado por la canción del Duero...

*
* *

Después de dos horas de camino llegamos á un sitio que llaman "Las Majadas"... Allí dejamos las caballerías; los dos viejos, los prácticos, los que conocen aquellos montes palmo á palmo, dieron órdenes á los demás compañe-

ros y fueron colocando las escopetas...; un bocinazo seco y prolongando cruza de lado á lado la comarca... Comienza el primer ojeo y la emoción, propia de esta clase de caza, comienza también... Durante un poco tiempo no se oye ni una mosca; los de los puestos tememos que las reses no entren al oirnos y hasta la respiración guardamos cuidadosamente; de pronto, el latir claro y vibrante de un perro, nos anuncia que ha levantado pieza; el latido es seguro y fuerte; ya se para y ladra parado, ya sigue, ya se para otra vez para seguir después latiendo con la misma pujanza; los gritos de los ojeadores atruenan el monte; ya no es un perro que late, son tres, cuatro, siete, todos los que van; la emoción crece por instantes, todos esperamos con ansia que ante nuestros ojos aparezca el jabalí de acerados colmillos ó el corzo ágil y esbelto...; suenan dos detonaciones secas que retumban entre los pinos con olor á muerte...; han sonado allá, al fondo del barranco; los perros siguen latiendo. Mala señal; seguramente la res se ha marchado tan sana como entró... El charlar y el bullir de los compañeros denota que algo ha pasado... A todo correr me dirijo adonde están... ¡Oh de-

cepción! Ha tirado Goyo García dos tiros á un jabalí como un burro de grande y no le ha cortado un pelo... Este mozo, como os digo, empieza ahora á cazar...; más abajo, en el puesto inmediato, estába el tío Francisco, esa gran escopeta de que os he hablado, y en la parte de arriba, es decir, rodeando al neófito, otra buena también...; sin embargo, el cochino entró por allí. ¿Qué tendrá la caza que casi siempre entra por donde no debe de entrar? Unos cuantos comentarios, unas cuantas lamentaciones y al segundo ojeo...; lo mismo que antes, gran silencio y un deseo grande de ver aparecer la res; en esta ocasión las emociones fueron para mí...; poco después de empezado, un perro traía un bicho derecho á mí; no puedo precisar lo que era, pues con el monte no le vi. Mi puesto era un puesto precioso, rodeado de pinar y en una especie de plazoleta como de unos veinte metros en cuadro; yo estaba en el centro, en un peñón, y allí, á quince pasos y sin querer romper al claro, gruñía y pateaba un animalote que, á juzgar por el ruido que metía, debía ser enorme. ¡Cuánto hubiese dado por verle surgir en aquel rasol! La desgracia, en la caza mayor, me acompaña de

antiguo, y el *pollo* no quiso salir; estaría delante de mí unos diez minutos; momento sublime de emoción que recordaré siempre con verdadero deleite. Nervioso, contento, no podía estar quieto en mi puesto; casi estoy convencido de que en aquel lugar el animalote no hubiese sentido la muerte...; pero nada, no salió... Triscó unos cuantos brezos y el perro, latiendo siempre valiente, le sacó de su emboscada y le llevo Dios sabe dónde... El ojeo fué del todo infructuoso; una ardilla astuta y desvergonzada empezó á hacer momos en un pino joven, disparé y cayó...; fué todo el trofeo de la batida... En otra intentona, dos corzos entraron por el puesto donde se hallaba el tío Francisquín, y á poco se lo llevan por delante... Les tiro y no los toco... ¡Qué raro!

La última batida de la mañana, la que ya nos llevaba á comer, dada en malas condiciones, en el centro del día, con calor, con moscos, fué la que tuvo más éxito. En ella, un hermosísimo corzo entró por la postura de Román Vera, un simpático amigo, que lo tumbó de un postazo certero en el cuello. Unos minutos más tarde todos nos hallábamos comiendo una sabrosísima caldereta, hábilmente sazo-

nada por nuestro rancharo, celebrando la buena puntería del matador y haciendo planes y concibiendo proyectos de esperanza para la tarea de la tarde... En ella dimos tres ojeos sin resultado alguno; se levantó mucha caza, sí, pero nunca entraba bien. Bastante cansados, pues habíamos caminado mucho, nos dirigimos adonde nos esperaban los del ható y adonde habíamos de pasar la noche, que por cierto se presentaba espléndida de clara, aunque algo fresca... La pinada de Sotolengo, al pie de unos peñascos gigantescos, fué el lugar escogido por los prácticos del terreno para esperar el nuevo día... Allá nos aguardaban, ufanas y calientes, unas patatas admirablemente guisadas por nuestro gran cocinero, y que todos comimos, satisfechísimos de haberlas hallado... Éramos unos treinta los que, al calor de una hoguera hermosa, comentábamos los incidentes de la cacería mientras saboreábamos el guiso... Transcurría el tiempo agradablemente, y veloces transcurrían también las horas entre cuento y cuento, trago y trago...; poco se durmió y poco duró la noche, pues cuando quisimos recordar eran las cuatro de la madrugada, hora en que ya casi

podíamos empezar á cazar...; así lo hicimos; entonamos nuestros cuerpos con unos tragos de anís y nos pusimos en marcha para el ojeo próximo... Este, lector, fué un día de prueba; imagínate cómo estarían nuestros cuerpos después de una noche en blanco; además nos acompañó la poca suerte; únicamente Vera, el mismo que había dado muerte al corzo el día anterior, tuvo la dicha de matar una hembra más pequeña... Los demás, ni disparamos...; y allá á las ocho, cuando la obscuridad ya invadía el mundo de los vivos, la cuesta de Santa Ana, la misma cuesta que cuarenta y ocho horas antes habíamos subido creyendo que íbamos á matar cinco ó seis reses, bajábamosla apresuradamente, decepcionados y maltrechos... En todas las cosas de la vida, una de las partes más interesantes es la ilusión con que se hagan; si esa ilusión no existiera, ¿quién se iba á pasar dos días en el monte y dormir al raso sólo por ver si la suerte hace que pueda un corzo ó un jabalí presentarse ante nuestros ojos?



Fornos de noche.

En el reloj brillante de la Equitativa, las manecillas marcan la una. La calle de Alcalá es un jubileo: Apolo, Trianón, la Zarzuela y otros espectáculos dan á sus favorecedores el adiós cotidiano, y una masa humana, compuesta de todas las clases sociales se repliega en la clásica vía madrileña. Los cafés céntricos adquieren su animación proverbial: Fornos marca la pauta. A su puerta de la calle de Peligros, esa puerta de tantos misterios, llegan coches y automóviles. Pollos elegantes, de correcto smoking, dan la mano á vírgenes locas que con lindas toilettes bajan del vehículo. Viejos simpáticos con cara de alegría llegan también envueltos en magníficos gabanes de pieles.

Algunos curiosos admiran la llegada de aque-

llos tipos, alma y vida del establecimiento. Unos golfos medio desnudos, con cara risueña, piden á los que llegan, añadiendo la conocida frase de "¡señor marqués!" que tanto suele halagar á los que no lo son, y que tanto gusta oír á los que tienen el título. El portal de Fornos es coquetón; la escalera, estrecha y muy alegre: arriba, la alegría continúa preponderando aunque no sea más que por el derroche de luz. A primera vista no parece aquello un restaurant, simula mas bien la nave de un colegio con cuartos de lado y lado: esa ilusión se desvanece pronto. Llega al cronista un rumor de gozo, un charlar constante de bocas jóvenes que se brindan amores: la orgía comienza. Detrás de cada puerta una historia, detrás de cada pared un misterio, en cada mozo de aquellos un secreto, en la atmósfera un ambiente de impureza grande; de juerga enorme. De vez en cuando se oye el punteado de una guitarra que gime una falseta de guajira: un hilo de voz, ropaje de un estilo clásico, deja á medio oír una copla sentida, en la que se va dejando el alma á pedazos. Quizás aquel cantar, todo sentimiento, retratase el espíritu triste de alguna decepcionada de la

vida. Entré en un cuarto. Los cuartos de Fornos son simpáticos, convidan á alegrarse con sus techos bajos y sus balcones chicos; parece que lo que allí se hace no trasciende á la calle y que todo el vaho del festín se queda para los que están en él: las juergas de Andalucía, las mismas de Madrid, en verano, son al aire libre y es otro el efecto que producen; parece que el viento lleva á todas partes la noticia; el rasgueo de la guitarra las denuncia, el cantar de sus mujeres las delata; presta delicias su conjunto á las noches bellísimas de Eritaña ó de Bombilla. Las juergas de Fornos son otra cosa, imprimen á ellas cierto misterio, la inclemencia de la época, el local, todo. Es un determinado número de individuos é individuos que allí se divierten ó se aburren, que también las hay, en el límite estrecho de unas habitaciones mal ventiladas y con olor á jerez y champagne.

A eso de las tres el rumor de la orgía, ese ruidillo del toque y del cante va desvaneciéndose y perdiéndose poco á poco en la tristeza de la noche. Los que no se emborrachan ya han desfilado alegres de haber gozado un rato sin necesidad de haber apelado á la borrache-



ra que tanto envilece á los hombres: sólo quedan allí los otros, los infelices, á quienes el vicio trastorna y que, víctimas de él han perdido la noción del tiempo y del espacio... Las puertas de los cuartos están abiertas; se ve en ellos algún desorden; botellas vacías de buenas marcas de vinos adornan sus mesas; en el suelo algún plato roto y algún pequeño lago de Agustín Blázquez; en el aire un humillo de cigarro y vicio. Me dispongo á salir, pero retrasa mi marcha un desentonado acompañamiento de tango, ya no con guitarras sino con platos y copas; una voz pastosa, ronca de vino gesticula una canción triste, tan triste como su estado... De improviso una puerta de un cuarto inmediato se abre violentamente y una moza guapa, con cara de espanto y despeinada sale al pasillo con voz desgarrada pero fuerte, dice con ansia:—¡A ver, mozo, pronto, agua, un paño, un médico!... En Fornos se produce un revuelo enorme. Los camareros corren asustados sin saber qué hacer; la puerta de la habitación donde ha ocurrido el suceso se abre y el espectáculo que presenta no es nada agradable. Tirado en un diván, un hombre joven, pálido y desencajado,

sujeta con su pañuelo la sangre que brota de una herida que en la frente tiene. Viste de gala; la hemorragia mancha su camisa y las perlas que la adornan han tomado ya el tinte rojo de la sangre. Otro hombre, también elegante increpa á la joven diciéndola:—¡Ya ves lo que has hecho, estarás satisfecha!... Y la moza, valiente, de una hermosura verdaderamente salvaje, se retuerce y llora... Afortunadamente la herida no tiene importancia y la tranquilidad renace á la vez que el amigo del herido saca unos billetes, paga la cuenta y arroja uno de ellos á los pies de la autora de la herida...

Los dos hombres forman un grupo odioso. Medio tambaleándose, bajan la escalera y se pierden en el final; en tanto, la joven, con una tranquilidad grande, busca su abrigo, se lo pone y dispónese á marchar... Como único testigo que allí queda de lo ocurrido, le interrogan, la preguntan, y la moza, entera, sin rodeos ni pamplinas, con lágrimas en los ojos, contesta:—¡Ha pasado lo que tenía que pasar. Que Carlos se emborrachó y no contento con pegarme, con echarme vino en la cabeza, con ultrajarme en un ataque de borrachera, se

acordó de mi madre, de aquella pobrecita que está en el cielo y á quien yo maté con mi desgracia y mi locura, y eso es lo que no he podido consentirle. ¡Le oí, cogí una botella y se la he tirado á la cabeza! Al marchar, un camareero recoge del suelo un billete y se lo entrega á la joven; pero en un rasgo de asco hacia aquello con que pagaban un amor desdichado lo desprecia y añade:—Para vosotros...

Ese es Fornos... ese es el ambiente de sus noches... Al salir, las calles están desiertas, un airecillo de Guadarrama se cuela de rondón hasta los huesos... Los mismos golfos de la entrada dan un adiós humilde que contesto con unas perras... Madrid de noche, Madrid, único con tantos placeres y tantas alegrías, pero también ¡cuántas tristezas encierran tus refugios clásicos, productos de tu vida de noche!...



Los buenos y los malos.

Gran número de los actos que los hombres realizamos no tienen más sanción que la conciencia. La conciencia moral reside en el hombre, sea el que sea su grado de saber, á no ser que se halle en uno de esos estados anormales que le priven de la posesión de sí mismo. Todos, sin excepción, hasta los más ignorantes, tienen noción de lo bueno y de lo malo, puesto que reciben en su fuero interno, y según la calidad de actos que ejecutan, la satisfacción ó el disgusto. Podrá su falta de cultura, de educación, equivocar la noción para comprender claramente lo que llevan á cabo, pero, cierta ó falsa, existe en el fondo de su alma y á su fallo van á parar todas las acciones del hombre, sean como sean.

Por eso los que realizan actos malos en contra de la ley y la moralidad han de tener un remordimiento grande, una comezón que, aunque aparezca como alegría, disfraza un pesar constante, va minando poco á poco la conciencia del delincuente, hasta crearle una perturbación moral que no le deja vivir en paz. Esa labor de la conciencia es necesaria, es lógico que exista, porque cuando los pillos con sus pilladas se escapan de las garras de la justicia y no cumplen ninguna sanción penal, es muy natural que Dios, que todo lo sabe y todo lo puede con su sabiduría infinita, les cree otra sanción más horrible que esa y de mucho peores resultados; esa sanción nace en la conciencia y es el remordimiento; si esa compensación no existiese, ¿cómo iban á andar juntos por el mundo las personas decentes y las que no lo son? ¿Cómo iba á ser justo que no tuvieran ningún castigo los actos delictuosos de que se libran los pillos con su pillería? Ese remordimiento, ese cáncer moral que roe el alma y la destruye lentamente, es la pena más horrible que se les puede imponer á los mortales, tanto más cuanto de sus actos el reo es el único responsable, sin más motivos para

realizarlos que un alma de cántaro y un cutis de becerro.

Así, los que ejecuten buenas obras, los que cumplan digna y noblemente su fin en esta vida, á nada ni á nadie temen, viven tranquilos, dichosos, satisfechos de su proceder, seguros de que nunca realizaron el mal por su voluntad. El médico viejo de *Los pastores*, obra bellísima de Martínez Sierra, simboliza esa clase de individuos; le han quitado el pueblo para dárselo á otro joven, y, sin embargo, la tranquilidad de su buen comportamiento espera su última hora altivo, arrogante, con una conciencia moral pura y sin mancha; lo demuestra en uno de los párrafos de su escena con el buen cura, que, sustituido también por otro más joven, ha de dejar el pueblo en plazo breve.

Dice: "De chiquillo he rezado con mi madre, porque quería ella...; aún tengo el rosario, al que ella añadía tantos Padrenuestros y que tantos sueños me ha hecho pasar; de novio he ido á misa con la que hoy es mi mujer por complacerla...; si me muero antes que ella, por dejarla tranquila haré que llame al cura; si va ella antes que yo, me moriré en paz, sin

comedia y sin miedo, como se duerme un niño en brazos de su madre."

Es hermoso el párrafo y retrata el sentir de un corazón sencillo y puro, de un alma noble y generosa; un hombre que espera la muerte con esa tranquilidad, es que ha sido bueno y bueno de veras. Poco después el mismo personaje añade: "No hay más que una cosa: ser hombre de bien ó no serlo, y eso se nace ó no se nace. Lo demás son sueños; en unos, neurastenias; en otros, ignorancias ó cobardías; en los corazones nobles como el de usted, flores con que ir perfumando el camino."

Tiene razón el médico apóstol que el ingenio peregrino de Martínez Sierra nos presenta en su hermosísima comedia; ese individuo puede muy bien presentarse como un ejemplo de bondad; lo merece; si no ha hecho más que obras buenas, ¿cómo no ha de tener su conciencia tranquila?

Los que no la pueden tener así son los que realizan malas acciones, los que injurian, los que roban, los que matan, los que comprometen á personas decentes con tramas de pilletería y falsedad; esos no pueden estar tranquilos, se hallan con zozobra, con temor; acuden

al confesonario para descargar sus culpas y recibir la absolución, con la que se creen libres de ellas; pero, afortunadamente, para los hombres buenos y malos, además de la conciencia, que no es poco, existe una opinión y una sociedad que se encarga de juzgar la manera de ser de cada cual, procediendo con los que mal se conducen de forma tal, que sólo ella basta para fomentar ese cáncer moral de que antes hablaba. Y, ciertamente, la vida es soportable cuando todos conservamos entre sí los respetos que mutuamente nos merecemos; pero si éstos desaparecen por convertirse los individuos en entes despreciables, merced á sus actos, la vida se traduce en un martirio, y si éste nace del mal comportamiento de los hombres, éstos, si tienen dignidad y vergüenza, deben buscar retiro en el aislamiento ó hacerlo definitivo con el cañón de un revólver.



Cuestiones electorales

Han sido durante unos días las de actualidad en España; desde hace algún tiempo la voluntad de los electores designó quiénes los representarían en los municipios de la nación para el mejor gobierno de los intereses de la comunidad; son cuestiones en las que agrada extraordinariamente ver la sinceridad del sufragio, la organización justiciera de los que en ellas intervienen, el estricto cumplimiento de una ley que dictaron para tales casos nuestros legisladores inspirados en la justicia y el orden; pero lo son también de las que más enconan las pasiones y enardecen los ánimos.

Son hermosas las luchas valientes, honradas, nobles, esas en que dos candidatos de arraigo, de ideales, de conciencia, disputan ante la opinión de sus votantes el honroso ga-

lardón de representarlos; lleno su espíritu de fines generosos y saturada su alma de legítimas aspiraciones. Son, en cambio, desagradables, asquerosas, las luchas mezquinas, bajas, rastreras, en las que saltando por encima de la legalidad y la equidad, se emplean métodos indignos, falsos, reveladores de un mal deseo. El primer caso es admirable, eleva á cierta altura social, tanto á los contrincantes, como al censo que los vota, en pocas palabras, honra á todos; el segundo produce tristeza, es un bochorno, deja en un concepto triste á los que los provocan y crean una situación insostenible á los que tienen la desgracia de soportarles.

Yo, que de cierto tiempo á esta parte, he seguido con curiosidad cuanto á cuestiones electorales se refiere, he oído cosas verdaderamente estupendas, que demuestran adónde llega el cinismo de algunos individuos y adónde llega también la paciencia de los pueblos al no apelar á ciertos medios *elocuentísimos* y necesarios cuando no se respetan las leyes ni los derechos políticos.

Un querido amigo mío, diputado á Cortes, me contaba días ha un caso ocurrido en su

distrito. Es el siguiente. Se trata de un pueblo modelo de moralidad y buen orden que desde hace tiempo estaba perturbado por la gestión funesta de autoridades, que por la desidia de los demás habían llegado á serlo; todos los días surgía alguna dificultad y la tranquilidad brillaba por su ausencia. La cuestión nació por no sé qué disgusto ajeno por completo á los cuidados del municipio. Lo cierto fué que al médico del lugar, persona digna y competente, le puso la proa el Ayuntamiento y quiso suplir sus buenos servicios por los de otro doctor á quien por su mal comportamiento anterior el pueblo repudiaba. Gran parte del vecindario, indignado de lo que á viva fuerza querían hacerles tragar, protestó; pero como existía un contrato legal, no hubo más remedio que aceptar lo que aquel Ayuntamiento injusto exigía, aun á sabiendas, por su parte, de que con ello cometía un atropello. El pueblo soportó cuanto tenía que soportar, pagó cuanto tenía que pagar y esperó á que llegasen las elecciones municipales, único medio por el que creía reivindicar sus derechos; y éstas llegaron y la votación se efectuó nombrando la parte que tan justísimamente pro-

testaba tres concejales, que eran los más que podía nombrar. Como el número de los contrarios era mayor en el Ayuntamiento, tuvieron que resistir pacientes una gestión de otros dos años más, hasta que llegaron otras elecciones, en las que aspiraban á nombrar cuatro concejales, que con los que ya tenían, les permitiría por mayoría introducir en el municipio una labor seria, justa y formal, que les librase de los desafueros hasta entonces cometidos.

¡Qué alegría! Los honrados, los pacíficos vecinos de ese lugar iban á ver colmadas sus aspiraciones; los partidarios del orden, que eran más de la mitad del vecindario, estaban de enhorabuena. Se iba á entablar una lucha entre ellos y el partido del alcalde cacique, que también tenía partidarios (cómo no los iba á tener: hubiera la fortuna retirado su protección á los pillos); pero se trataba de una pelea en la que los defensores de la justa causa del doctor no querían que aquel médico, de buénsimas condiciones profesionales y familia numerosa á quien educar y alimentar, dejase el pueblo por el simple deseo de una corporación, en su mayoría ignorante, desconocedora

por conveniencia de los derechos que asisten á los demás mortales; cuando más entusiasmados estaban todos, aparece en escena la labor del secretario del pueblo, un rufián sinvergüenza y canalla capaz de las mayores bajezas, como lo demostró en la práctica de su cargo, que de acuerdo con el alcalde y sorprendiendo la buena fe de los de la Junta del Censo, simula un acta falsa y hace caer en la red á aquellos sencillos electores, para nombrar candidatos á cinco de los de su pandilla y elegirlos por el apetecido artículo 29 de la Ley.

Y he aquí que el pueblo ha de soportar con calma y resignación ese estado de cosas creado por funestos regidores. Eso es intolerable é indigno. Los pueblos honrados, los vecinos pacíficos y probos, tienen derecho á ser dignamente conducidos, dejándoles ejercitar con independencia los derechos que las leyes les conceden, puesto que éstas les obligan á cumplir sus deberes, y cuando tipos verdaderamente repugnantes emplean medios ilegales é injustos para salirse con su capricho y seguir explotando voluntades y bolsillos, los vecindarios, en un movimiento de digni-

dad, en una sacudida de amor propio, están capacitados para apelar á medios violentos, pues si bien los prohíben las leyes, los aconsejan el honor y la vergüenza de los hombres cuando se salta por encima de lo legislado sin respeto alguno á los que nos merece la sociedad en que vivimos.

Dichosos los pueblos que saben elegir entre sus hijos representantes que los honren; dichosos también los que ponen la administración de sus bienes en manos de gente honrada y cuidadosa. Dignos de compasión aquellos que soportan á quienes pisotean y manchan sus fueros de justicia y libertad, á los que carecen de temple y alma de pueblos muertos. Considero á éstos merecedores de lo que soportan al juzgar que ante tales situaciones cualquier medio es lícito, antes que hacer el papel de borrego, porque es, sin duda alguna, mucho más elevado el que la dignidad y el sentido común tiene reservado á los hombres.

Los estados anormales que crea la pasión y el capricho están combatidos por las leyes; pero cuando la eficacia de éstas la anulan intrigas y bajezas de los que han de aplicarlas, surge un derecho nuevo innato en el honor

del ciudadano. Ese derecho no tiene más sanción que la conciencia, ni más procedimiento que el motín con sus naturales consecuencias.

QUINCE SONETOS
Y OTRAS POESÍAS



SORIA



Surge de entre su tierra colorada
riqueza que aun en ruinas es riqueza;
leyendas que dan sello de grandeza.
á ti, ciudad querida y postergada.

Familias de virtud acrisolada,
paisajes rebosantes de fiereza,
tierra santa que invade la pobreza
y por todos ha sido abandonada.

Muerta región de cepa castellana
con bolsa pobre, mas con alma sana
que ejemplo á todos diste de bravura.

Que un sol nuevo te colmó de riqueza
y veas coronada la cabeza
que en tu escudo te puso Extremadura.

MI TERRUÑO

Muchos pinos que al cielo desafían,
buenas casas á usanzas castellanas,
muchas gentes rastreras y holgazanas
que en las fuentes de América confían.

Muchos que á nadie dan ni á nadie fían.
algún rico burgués con alma insana
que tranquilo en su hogar mira el mañana
mientras en su corral las aves pían.

Y así entre señoritos y chupones
se trueca en una rifa de ambiciones,
un pueblo que en verano á mí me encanta.

Lo que antes era paz, son colisiones,
lo que ayer fué justicia son pasiones.
¡Vinuesa entre unos pinos se levanta.!

EL CACIQUE ACTUAL.

Recuerdo haber oído á un diputado
que al pueblo la palabra dirigía,
no paseis más cuidados, les decía,
desde hoy todo lo malo ha terminado.

Pasó tiempo después, el desdichado
cumplió siempre tan mal lo que ofrecía,
que el pueblo ni á las urnas acudía
y la elección le tiene sin cuidado.

Con tal pasividad nadie se mueve,
le aplican el hermoso veintinueve
y en el acta se sigue revolcando.

Es el mismo señor de horca y cuchillo
que en el siglo noveno en su castillo,
gozaba á sus esclavos degollando.

A MI PRIMERA NOVIA

Te conocí una tarde en el paseo
en un auto veloz que te llevaba,
Sólo te vi una vez, y ya te amaba,
tal pasión encendiste en mi deseo.

Si no estás ante mí, también te veo,
mira si te querré, niña adorada,
que por verte asimismo enamorada
diera, bella deidad, cuanto poseo.

Si fuera Rey te cedería un trono.
Si fuera Dios, cuanto por ti ambiciono
á tus pies diminutos yo pondría.

Si fuera rico, mi fortuna entera;
y si ni Dios, ni Rey, ni rico fuera
me contentara con hacerte mía.

A UNA BELLEZA ANDALUZA

Quiso Dios colocar en mi camino
una mujer, lector, la más gitana,
la más bella y juncal, la más barbiana
que al campo del amor lanzó el destino.

La conocí entre flores y entre vino
una noche de Abril pura y lozana.
Me apenaba pensar que una tirana
explotase aquel cuerpo tan divino.

Envuelta en un pañuelo de colores
vende sal, entusiasmo, dicha, amores
y su charla es pregón de la alegría.

Un calañés le sirve de montera
y es la gracia que encierra tan torera,
que retrata fielmente á Andalucía.

AMOR DE UN DIA

Por una dama lo sentí encendido
y la quise con rara idolatría.
Yo mismo me asusté de mi manía.
Triste es querer sin ser correspondido.

Ya se casó, y al ver con su marido
nada feliz, aquel amor de un día,
batalla en mí con noble algarabía,
La pena de querer sin ser querido

¿A qué pienso en su amor y en sus hechizos,
si otras caricias compondrán sus rizos
y labios de otro besarán su boca?

Cual visión fugitiva del desierto
guardaré su recuerdo, pues no acierto
á poder olvidar pasión tan loca.

RUEGO

Tú que eres mi ilusión y mi alegría,
tú que eres la mujer que quiero tanto,
ayúdame á formar un hogar santo,
nido de amor, de paz y de armonía.

Tú que has de ser mi compañera un día,
tú que fuiste y serás siempre mi encanto,
despliega la pureza de tu manto
y acógeme en tu seno, vida mía.

Y unidas mi pasión y tu hermosura
formaremos un lecho de ventura
al calor de mil besos y caricias;

Y seremos felices y dichosos
pasando nuestra vida venturosos,
Disfrutando del mundo y sus delicias.



DECEPCION

Ya no te quiero cual llegué á quererte
ni jamás te amaré cual llegué á amarte.
Aun sin querer empiezo ya á olvidarte
y aun sin querer comienzo á aborrecerte.

Triste fin del amor tuvo mi suerte,
yo que sólo viví para adorarte
y tu cara estrujar para besarte
y acudir á tus citas para verte.

¿Por qué así me olvidaste traicionera
y tus besos prodigas á cualquiera
incapaz de apreciar tu donosura?

Vuelve al redil, oveja descarriada,
que ese amor que te fingen vale nada
juzgando el que merece tu hermosura.

REALIDAD

Conocí una muchacha enamorada
de un joven que dinero poseía.
A juzgar por el fuego que fingía
cualquiera hubiese dicho que le amaba.

Y un día la fortuna encaprichada
privó al joven del oro que tenía
y la misma mujer que amor sentía
en su cara le dijo que le odiaba.

No te fies, galán, de las promesas
que en amor te concedan las princesas
si son de condición más elevada.

En el siglo presente es el dinero
el que indica á las damas un te quiero,
ó un no me importa en absoluto nada.

QUINTO...

La suerte le tocó y el mozo erguido
va á vestir su uniforme de soldado.
se acabó su papel de enamorado
donde tantos amores ha tenido.

El rodar de las bolas ha querido
que aquel conquistador deje el poblado.
y allí deja también su ser amado
por quien tantos disgustos ha sufrido.

Ya no oirá sus coplas su chiquilla,
pues su amor se lo llevan á Melilla,
á luchar por España contra el moro.

Ya tampoco con él cogerá flores
ni escuchará sus pláticas de amores,
ni decirla con ansia ¡si te adoro!

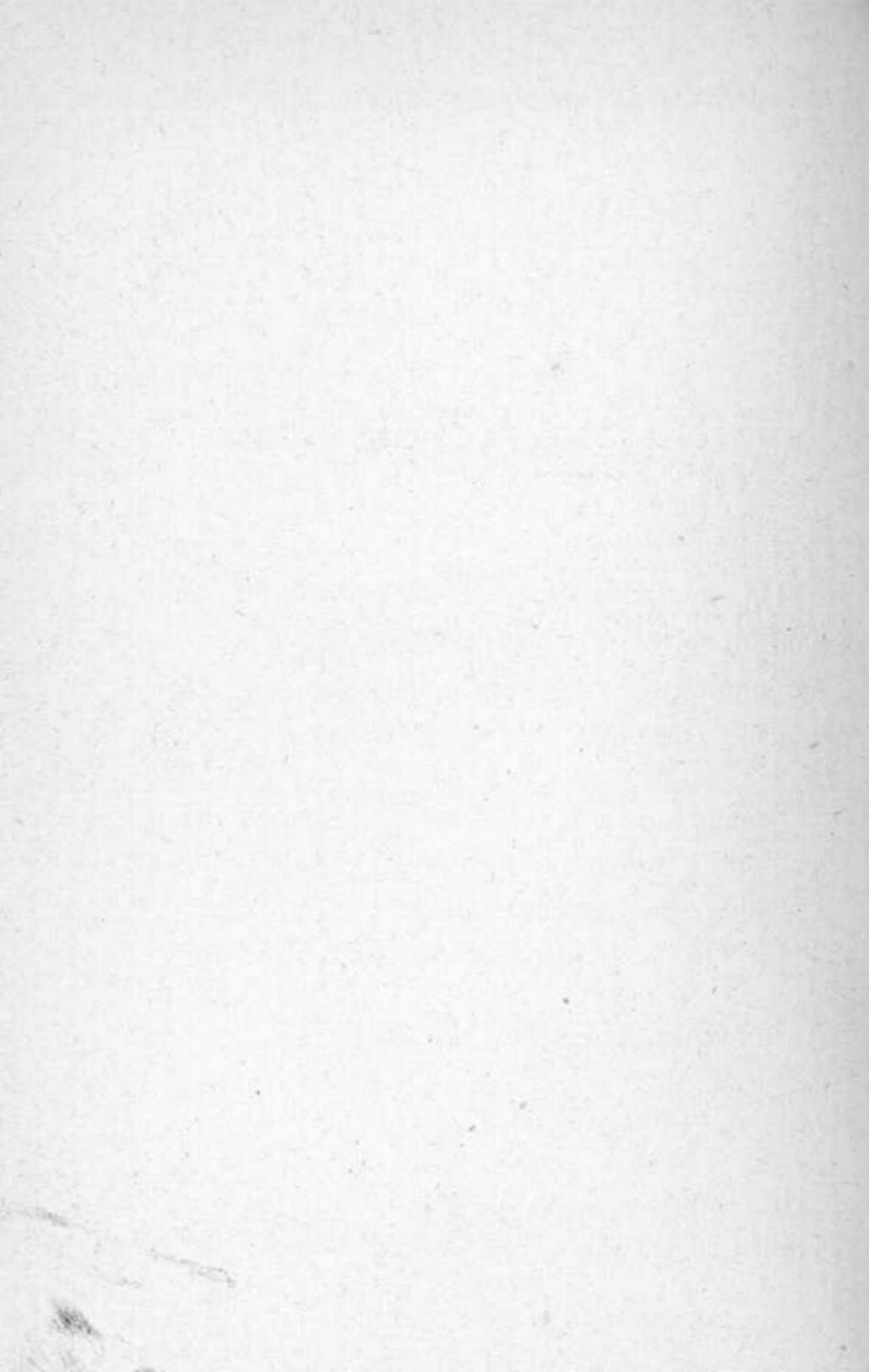
LA CARRETERA DE PINARES

Una mañana suave y delicada
con un sol bondadoso que se inicia,
un monte que resulta una delicia
por sus ricas aromas perfumada.

Pasa el auto una curva pronunciada
que en un suave vaivén nos acaricia,
y vemos una gente sin malicia
que corre hacia el pinar medio asustada.

Un águila arrogante y altanera
despliega de sus alas la bandera
y al espacio se lanza en regio vuelo.

Un chillido entre triste y arrogante
sale de un trompetón altisonante
que parece que tocan desde el cielo.



EL PRIMER BESO

Me lo dió en el Trianón, recuerdo el día,
mientras una película de amores
prendía la atención de los señores
y á las damas también entretenía.

Juntó su boca con la boca mía
y al beber de mi cuerpo los vapores
sus labios rojos como rojas flores
reventaban de gozo y alegría.

¡Oh mujer ideal y cariñosa
que pagaste tan fiel y generosa
el deseo carnal de mi ambrosia!

Me resulta tan grata tu memoria,
que creo que fué Dios desde la gloria
que en tu boca ese beso me ofrecía.



UN HOGAR AMIGO

Una bella mujer que ríe y canta,
un grupo de estudiantes perezosos,
una serie de amigos generosos
forman esa mansión alegre y santa.

Un constante reír que el alma encanta,
un bullir de tenorios cariñosos,
un rumor de coloquios amorosos
alegra el corazón, la pena espanta.

Esto forma ese hogar que yo venero,
á cuyos dueños muy de veras quiero
símbolos de verdad y de entereza.

Por doquier que se vaya hay alegría,
por doquier que se mire hay simpatía.
¡Dios bendiga aquel templo de pureza!

ELLA...

Ven que te estreche en amoroso lazo
é invada nuestras almas la alegría.
Ven que bese tus labios a porfía
y que te estruje en apretado abrazo.

Ven que apoye mi frente en tu regazo
y que aspire en tu seno la ambrosía,
que es pregón de ilusión y simpatía
tu bello cuerpo de arrogante trazo.

¡Oh! bello amor, ¡oh! bella mariposa
que me tiendes tus alas de consuelo
siempre gentil y ufana, siempre hermosa.

No se hacia dónde dirigir mi vuelo,
si me funda con tu alma cariñosa,
ó me vaya de bruces hacia el suelo.

PAISAJE

En un puesto escondido y entre arboleda
se escucha el tosco cuerno que bronco suena.
Es un chillido raro que el monte atruena
y cual quejido triste latente queda.

Estamos en pinares de Covaleda,
entre atmósfera pura, santa y serena,
tranquila, perfumada, suave y buena,
en el peñón más alto de una roqueda.

Y un corzo dando botes, astuto y suelto,
sacude entre los pinos su cuello esbelto
burlándose del perro que cerca late.

Y aquel bicho tan ágil y tan valiente
se para ante mis ojos de repente
sin duda deseando que le mate.

EL EMIGRANTE

I

Es un pueblo de Castilla
el que en la trova se canta,
es una región hermosa
llena de vida y de calma.
De una casa muy tristoná
con una fachada blanca
cuyos bordes carcomidos
va acariciando una parra,
un joven de unos quince años
sale envuelto en una manta.
La mañana es de las frías,
de las que apenan el alma.
Nadie se ve por la calle,
está triste hasta la parra
en cuyos gajos desnudos



unos gorriones se paran.
El muchacho se despide
de unos viejos que le abrazan
y el abrazo se prolonga
hasta que otros los separan.
¡Qué cuadro de más tristeza
el de la casita blanca!
uu grupo de chiquitines,
hermanos del que se marcha,
piden llorando á su madre
que Manolo no se vaya.
Por fin ya desaparece
al revolver de la plaza,
montado en un burro gris
tan gris como la mañana.
Nadie á despedirle sale,
está triste hasta la parra
en cuyos gajos desnudos
unos gorriones se paran.

II

Han pasado algunos años.
la pobre casita blanca
ya ni es pobre, ni es casita.

es una regia morada.

El mocete aquel que vimos
salir envuelto en su manta,
ha hecho una fortuna enorme
en tierras americanas.

Ha mandado diez mil duros
para hacer nueva su casa
y á sus viejos les envía
puntualmente su mesada.

Todos los que de allá vienen
dicen que muy rico se halla
y que sus muchos negocios
viento en popa todos marchan.

El tío Roque, su buen padre,
ya no riega, ya no labra:
ya sólo lee la prensa
y casi con nadie habla.

La tía Rosa, que es su madre,
ha *cambiao* hasta de cara.

Las hermanas de Manolo
son á las que más les cantan,
son á las que más festejan,
son las que tienen más pasta,
son las que tienen más novios,
son las que tienen más galas.

El muchacho este verano
con nosotros se lo pasa
—dice el padre á otro vecino
que vive al *lao* de su casa—
y como trae mucha guita
y además sabe gastarla,
lo que es este año las fiestas
van á ser de las sonadas.
Va haber *cuetes* y novillos
y gaiteros y bengalas
y van á venir toreros
porque sí, porque él los paga.
Todo eso lo cuenta el viejo
cayéndosele la baba,
mientras al pobre vecino
la envidia le roe el alma.

III

A los pocos días de esto
el tío Roque tiene carta.
En efecto, su Manolo
le confirma su llegada.
Y como el correo al pueblo
tres ó cuatro días tarda,

casi ven antes al mozo
que se recibe la carta.
En una tarde de Abril
serena, sin una mancha,
al poblado llega un auto
que ante la puerta se para
de la que ayer fué casuca
y hoy es suntuosa morada.
Del auto baja un señor
á quien cien brazos aguardan,
mil apretones, mil besos
llenán su cuerpo y su cara,
aquel que marchó hace tiempo
en una triste mañana
y al que sólo su familia
la despedida le daba.
Encuentra cien mil parientes
al regresar á su casa
que no se acordaron de él
al saber que se marchaba.
Sin embargo, hoy que han sabido
que vuelve lleno de pasta,
vienen todos en cuadrilla
á festejar su llegada.
El mozo á todos saluda

y hasta con cariño abraza.
¡Ciertas miserias no sirven
para su alma bien templada!
Unos cuantos que le admiran,
unas coplas y unas jarras...
unos mozos que le entonan
una jota en las guitarras,
un billete de los chicos
que á los que tocan regala,
unos viejos que contentos
le chiquean y le halagan,
unas mozas que le miran.
¡La ventura de una casa!

IV

Manolo se ha enamorado
de una chiquilla de gracia,
joven, sin una peseta,
pero con alma de santa.
No le importa su pobreza,
pues con lo que él tiene basta.
La ha buscado guapa y buena
y eso sí lo es la muchacha.
Ella se viste modesta,

como neta castellana,
sin ostentación de lujo,
pero sin faltarla nada.
El la quiere con locura,
no sabe lo que le pasa,
pero cuanto más la mira
más se acuerda de ella en casa.
El pueblo está que arde en fiestas
que el americano paga
y á más de haber dos novillos
ha pedido una rondalla:
¡Cuánto suspiró por verlas
allá en tierras bien lejanas,
pensando en sus pobres viejos
que su ausencia lamentaban!
¡Cuántas veces lloraría
al repicar las campanas
y forjarse la ilusión
de que en su pueblo sonaban!

V

Han transcurrido veinte años.
La suntuosa morada
de Manolo el del tío Roque

hace tiempo está cerrada.
¿Qué pasa que la tristeza
ha invadido aquella casa
y que el mozo aventurero
no ha vuelto á pisar España?
Pasa, que sus pobres viejos
ya no existen por desgracia
y que él sigue en la Argentina
amontonando la plata.

¿A qué volver a su pueblo,
que tantos recuerdos guarda,
si á los que tanto quería
ya bajo tierra le aguardan?
¿A qué volver á su pueblo,
donde un hatajo de parias,
que son todos sus parientes,
le sablean y le cansan?

.....
Y así va pasando el tiempo,
que todo lo borra y calma.
La casa se va arruinando,
pues nadie la habita y guarda.
La torre que él construyera,
llena de ilusiones su alma,
la llenan hoy las cigüeñas

orgullosas de ocuparla.

La huerta no tiene un árbol,
se están cayendo sus tapias.

Sin embargo, el emigrante
cada vez tiene más plata.

CAPRICHOS

Es tan suave su cara, tan linda su mirada,
de sus negros ojazos tan bello su color,
tan preciosa su carne sonrosada.

Pienso en lo que es amor.

Tiene cara de virgen y perfiles de diosa,
es tímida y modesta como camelia en flor,
declaro que jamás la encontré más hermosa.

Pienso en lo que es amor.

Esconde entre unas gasas su nítida belleza
y su excelsa hermosura oculta por pudor,
es un timbre que siempre conservó su pureza.

¡Pienso en lo que es amor!

NOCTURNO

Oyeme, noble princesa,
la de los rubios cabellos,
la de los ojos tan bellos
que todo mi encanto son.
Oye tan siquiera un rato
á este galán atrevido,
que sólo amarte ha sabido
con verdadera ilusión.

La más ingrata doncella
entorna su celosía
y escucha con simpatía
el canto de un trovador.
¿Qué haces tú, linda muchacha,
que no sales á tu reja
y en ella escuchas la queja
que encierra un canto de amor?

La calle está oscura y triste
y la ventana cerrada;

no sale la niña amada
á pesar de la canción.
Adiós, amor de mi vida,
adiós, tu reja y sus flores,
el nido de mis amores
donde está mi corazón.

LA ESCUELA DE MI PUEBLO

En la escuela de mi pueblo, pobre escuela provinciana,
un palacio que en sus líneas tiene sello de grandeza;
lo donó para sus hijos una noble alma soriana
á quien Dios á más de un alma, quiso colmar de riqueza.

Es un centro donde acuden los muchachos empeñosos
con el viejo y preterido profesor de edad caduca,
es un centro donde acuden los muchachos estudiosos
junto al noble y bondadoso profesor que los educa.

Es un centro de pureza, de tranquilidad, de calma
donde á las generaciones les inculcan un deber.
Es para el niño el estudio como la salud del alma.
¿Dónde puede haber más dicha que estudiar para saber?

En sus muros y en sus tejas nido han hecho los aviones,
en su huerta los almendros ya van tirando la flor.
Guardan sus puertas recuerdos de escudos y de blasones,
¿no guardarán sus ventanas algún recuerdo de amor?



RECUERDOS

Yo he visitado el terruño donde mi padre ha nacido,
yo he paseado las calles donde de chico ha corrido,
y he conocido la casa donde pequeño vivió,
y tal encanto he sentido al conocer tales cosas,
que aun siendo feas y pobres me parecieron hermosas;
¡si querré yo á ese terruño donde mi viejo nació!

Donde estuvo la casuca, templo de recuerdos gratos,
yo he construído otra casa donde pasaré los ratos
viendo correr á mis hijos como mi padre corrió,
y cuando sean mayores, cumpliendo un deber que anhele,
con satisfacción enorme les contaré que el abuelo
por donde ellos han corrido en otros tiempos corrió.

Mis abuelos fueron ricos, dueños de grandes riquezas,
pastaban de sus haciendas muchos miles de cabezas
que vendían y compraban como quien merca un cebón.
Vinieron tiempos peores y sus riquezas bajaron;
sus hijos, que ricos fueron, arruinados se quedaron.
No resta de su grandeza más que algún rancio blasón.

Adiós sus grandes palacios con escudos y blasones
llenos de estancias suntuosas, monumentales balcones,
donde los coches del amo subían hasta el salón.

Adiós sus fiestas famosas do derrochaban el vino.
De vuestra fama no queda más que un viejo pergamino,
de vuestra riqueza queda sólo algún triste doblón.

Donde yo tengo mi hacienda es en tierra castellana,
en el centro mismamente de la provincia soriana
entre pinos y romeros, peñas y tranquilidad,
en un pintoresco valle lleno de agrestes roquedas
de caudalosos arroyos, de frondosas arboledas
que al mecer el aire cierzo pregonan felicidad.

Fué allí mismo en esa tierra donde cientos de pastores
custodiaban las ovejas de los que eran sus señores
mientras ellos la gozaban en la cercana ciudad.

Todo era paz en los campos y en las majadas tristeza;
el silencio de la noche dejaba oír las ovejas
si algún corderillo inquieto pedía maternidad.

Ya las gentes de mi tierra no son como las de antaño;
ya la ropita de seda sustituye á la de paño
y el hablarles de trabajo es hablarles de un horror;
ya los montes y los llanos van perdiendo sus encantos.
Sólo quedan unos pinos, unos brezos y unos cantos
y alguna tierna zagala que ya barrunta el amor.

La pobre, en el monte, sola cuida de sus corderillos;
 como es guapa, la cortejan los precoces zagalillos
 que al reclamo de sus coplas buscándola ufanos van.
 Un rubio de guapa cara, buen mocetón y fornido
 es por la bella zagala de todos el preferido
 y á nadie querrá en su vida como quiere ya á su Juan.

Sentados en unas peñas se relatan sus sentires.
 Ni el aleteo de un ave interrumpe sus decires;
 es un romántico idilio saturado de ilusión.
 Y entre los pinos bravíos que pueblan el denso monte,
 surge potente y hermosa la luna en el horizonte
 iluminando orgullosa una escena de pasión.

Yo quisiera que ese pueblo volviese á ser lo que ha sido,
 que tuviese la grandeza que en otro tiempo ha tenido
 y que en él viviese gente cual la que antaño vivió;
 que los que rigen sus fines fuesen personas sensatas
 que no fueran caciquillos, ni leguleyos ni ratas
 de los muchos que el destino de otras tierras les llevó.

Yo quisiera que volvieran aquellos buenos varones
 que inspirados en justicia huían de las pasiones
 y crearon una raza orgullo de la nación;
 que se fueran los que hogaño lo infectan con sus mandatos

los que han puesto al vecindario como unos perros y gatos,
los que forman la desdicha de la actual generación.

Bellos montes son los montes de mi tierra castellana,
bellas mozas son las mozas de mi provincia soriana,
bellas tardes son las tardes que he pasado entre el pinar;
entonaban las pastoras unos cánticos de amores,
los pastores cariñosos recogían unas flores
que en el pecho de su amante pensarían colocar.

CASTELLANAS

Ya están todos reunidos
en la clásica cocina.
Buena fogata ilumina
tan confortable mansión;
sólo esperan que el abuelo
cuente unas historias llenas
de pintorescas escenas
de ternura y de pasión.

En plena Castilla estamos,
entre piedras y pobreza,
un ambiente de tristeza,
envuelve todo el hogar;
el pobre viejo ha cogido
dos de sus nietos en brazos,
dichoso en tales trabajos
empieza un cuento á narrar.

La noche es triste y oscura,
en el muro el viento choca,

sale de una anciana boca
la historia de un trovador.
Todo es silencio en la estancia,
las nietas ya más crecidas
se preguntan conmovidas
¿será algún cuento de amor?

Algo habrán ellas oído
de alguna rubia princesa
que romántica y traviesa
de un pastor se enamoró,
ó de alguna bella niña
de espíritu aventurero
que prendóse del guerrero
que en su ventana trovó.

Algo habrán ellas leído
de doncellas y delfines,
de poetas y arlequines
que mueren de tanto amar.
¿Qué mujer, aun siendo joven,
el hechizo no ha sentido
de algún mancebo aguerrido
que la trastornó al pasar.

Quizá oyesen el romance
de algún noble caballero
que ansioso de luchas fiero
cabalgando su alazán
con su estirpe y su nobleza
fuese á lejanas regiones
á conquistar corazones
veloz como un huracán.

Al relato del abuelo
los nietos se van durmiendo,
sigue el trovador queriendo
la niña que tanto amó.
En el fogón los rescoldos
están casi agonizando,
el candil se está apagando,
la cena ya terminó.

Es una santa morada
llena de paz y cariño
donde el lloro de algún niño
sirve de arrullo al querer.
Todos se van á la cama;
la madre coge á un pequeño

que en dulce y plácido sueño
en sus brazos va á mecer.

Y así todos venturosos
esperan el nuevo día
llena su alma de alegría
y de gozo el corazón,
y pedirán al abuelo
que otra historia les relate
de un engañado que mate
á la que le hizo traición.

En plena Castilla estamos,
entre piedras y pobreza,
un ambiente de tristeza
envuelve todo el hogar;
la noche es triste y oscura,
el vendaval iracundo
hace trepidar al mundo
contra la casa al chocar.

CREPÚSCULO

Es el sol que se esconde bajo el pinar bravío,
es la tarde que triste comienza á decaer,
es la pena que invade todo el monte sombrío
¡es que unos cuantos novios se empiezan á querer!

Es el pueblo ruinoso que se aprecia á lo lejos,
es el río cercano que entona su canción,
es la gaita tristona del pastor con sus dejos
que sonidos de amores lanza de un corazón.

Es el bullir constante de la ciudad cercana,
es del galán amante una trova de amor,
es la copla que escucha la noble castellana
rendida ante las plantas de su dueño y señor.

Es el querer intenso de una pobre zagala,
que de un zagal vecino loca se enamoró,
es el eco angustioso de la oveja que bala
porque á su corderillo en el monte perdió.

Son los guardias civiles que van por la vereda
conduciendo á un muchacho que unas peras robó,
es el aire que mece la vecina arboleda
donde tantos misterios el pasado guardó.

Es un gitano viejo, jinete en un pollino,
con cara de asesino, de listo y de ladrón,
son míseros braceros que cruzan el camino
buscando en el poblado descanso á su misión.

Son las campanas tristes de la torre ruinosa
que con tenues quejidos anuncian la oración,
es la voz de cariño de madre bondadosa
que á sus pequeños duerme con familiar canción.

Es la reja sombría que muda permanece
guarida de recuerdos, de besos y pasión,
es la silueta vaga de la que allá aparece
esperando á su novio nerviosa de ilusión.

Es el chocar extraño de dos bocas queridas
que en un beso se dicen todo lo que es amar,
es el trazo sublime de dos almas unidas
á quien sólo la muerte podría se parar.

Es el sonar alegre de una ronda serrana
que trae hasta nosotros de coplas un rumor,
es la moza celosa que entorna su ventana
para ver en qué puerta ha cantado su amor.

Es la noche tranquila, serena, perfumada;
un cárabo á lo lejos lanza agudo pregón,
una moza, de un mozo enamorada,
le dice entre las sombras: ¡tuyo es mi corazón!

LA POSADA DEL RINCON

He llegado á una posada de la provincia soriana
y á su puerta me recibe una bella castellana
que es de todo caminante la Maritornes más fiel.
Cubre su cuerpo un corpiño de seda ya deslustrada
y una saya de bayeta amarilla y encarnada
que ni encarnada parece comparada con su piel.
Es una moza robusta de gracia y de gallardía;
aunque tosca, tiene mucha, pero mucha picardía,
y contesta con donaire á un piropo ó á una flor.
De la posada es el alma y á ella acude el caminante
solo por ver si la moza no se halla de mal talante,
y quiere escuchar amable alguna oferta de amor.
En el pueblo tiene fama de ser algo descarada,
y por más de cuatro mozos ha sido ya festejada,
sin que á ninguno la moza se le asomase al balcón.
Cuantos le hablan de amoríos pierden un tiempo precioso:
á todos dice que NONES con un desden cariño,
¿á quién, castellana hermosa, cediste tu corazón?
¿Conociste algún mancebo de atenoriada figura?

¿saboreaste de los celos la tristísima amargura,
ó es que está fuera del pueblo el que tu ilusión soñó?
Si alguien pasó por la venta que te robó el pensamiento,
hazte la ilusión que fué algo que llegó á ti con el viento
y que el viento traicionero á otra venta se llevó.
La posada es una casa á la usanza de Castilla,
con el portal embarrado, un par de arcas y unas sillas
y varios sacos de paja que han de servir de colchón.
Una perdiz y una caña, junto á dos panderos viejos,
dan escolta en una esquina á unos cuantos aparejos
que en desorden se amontonan junto á un rifle de pistón.
El amo, aunque buen sujeto, es de un aspecto sombrío,
tiene un gesto de tristeza que infunde pavor y frío,
y á nadie de los que llegan quiere dar conversación.
Vestido de negro terno pasea por la posada,
de vez en cuando á la moza dirige alguna mirada.
¡Qué misterio impenetable encierra aquel caseron!

—
Es el caer de la tarde,
una tarde de verano
en la que el sol cariñoso
se oculta allá por el llano.

Los pobres trabajadores
se dirigen al poblado

cansados de la fatiga
del ajetreo cansados.
Un aire de paz y calma,
invade todos los campos;
un arrullo de palomas
se escucha junto al tejado;
un pastor de pocos años
arrea ya su ganado
y va á buscar su zagala
que por verle está rabiando.

A la puerta de la venta
un santero está rezando
y después que un poco reza
va un romance relatando.
El pobre, como está ciego,
no sabe dónde ha llegado,
sólo ha oído que allí hay gente
y comienza su relato,
por ver si algún generoso
le da para echar un trago.

Un aire de paz y calma
invade todos los campos,
un arrullo de palomas
se escucha junto al tejado.

.....

Caminante, caminante,
que llevas viaje tan largo
ten cuidado donde paras,
que son los hombres muy malos
y donde menos se piensa
de caer han puesto el lazo.

Por eso tú, caminante,
ten cuidado, ten cuidado...
escucha lo que pasó
en un próximo poblado
donde había una posada
con unos perversos amos.

Sucedió que un tal Julián,
que tenían de criado,
buenazo á carta cabal
además de ser muy guapo
se enamoró de una moza.
¡Figúrate qué pecado!

Aquí comienza el romance,
que da horror hasta contarlo,
pues el amo, que era un fiera,
y que estaba enamorado,
de la misma que Julián
estaba ya festejando,
le juró que sus amores



no habrían de ser muy largos.

A los pocos días de esto
el mozo fué degollado
mientras tranquilo dormía
en su morena pensando.

Hubo muchos detenidos
y hubo un proceso muy largo;
pero quien mató á Julián
no han podido averiguarlo.

Caminante, caminante,
nunca seas confiado,
y aunque te guste una moza,
pasa si puedes de largo,
que el destino de esa moza
no es tu destino serrano.

.....

Doy unas perras al ciego,
y el ventero saca un trago
y después de haber bebido
le prende fuego á un cigarro
y sigue por el camino
en busca de otro poblado
donde repetir el cuento
del galán asesinado.

El ambiente que disfruto en aquel portalón ancho, me hace recordar los tiempos en que Don Quijote y Sancho caminaban melancólicos por los campos de Montiel.

Veo aparecer la dama que dejando su morada protegida por lacayos de peluca bien peinada acudía presurosa á la cita del doncel.

El relato del romance que he escuchado del santero me ha hecho pensar en lo triste del ceño del posadero y en el misterio infranqueable que encierra aquel caserón.

Me figuro la pareja de novios enamorada que huídos de sus hogares refúgianse en la posada esperando que un buen cura les eche la bendición.

Mas todo lo que he pensado no pasó de una quimera; vuelve á mí con cara alegre la robusta posadera, y cariñosa pregunta lo que deseo cenar.

No comprendo que tal moza esté baldía de amores; es lo mismo que si á un huerto le arrancan todas las flores porque algún rosal ingrato no ha querido retoñar.

Qué lástima de chiquilla, tan castiza y castellana, qué lástima de muchacha, tan hermosa y tan barbiana, oculta entre las paredes del antiguo caserón.

¡Qué mirada tan traidora la del celoso ventero, qué romance tan puzante el del errante santero.

¡Qué misteriosa posada la posada del Rincón!





Indice.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	V
PRÓLOGO.....	VII

Mi actuación política.

Por qué quise yo ser diputado.—Satisfacciones y disgustos.—Floretazos que no hieren.—Mi manifiesto y mis amigos.—Proyectos para el porvenir.....	3
--	---

Del otro mundo.

Hacia la Habana.....	15
Mi estancia en Cuba.....	23
De Veracruz á México.....	29
México moderno.....	35
Los españoles en México.....	43
Huerta, presidente.....	51
Los españoles de México, gimen.....	55
Los españoles de la Argentina, piden.....	61
¡Pobres compatriotas!.....	65
Mirando al porvenir.....	71

Desde Vinuesa.

	<u>Páginas.</u>
Carta abierta.....	85
La labor de un profesor.....	89
Un paseo hacia Molinos.....	93
Cosas de mi tierra.....	99
El conflicto europeo.....	103

Varia.

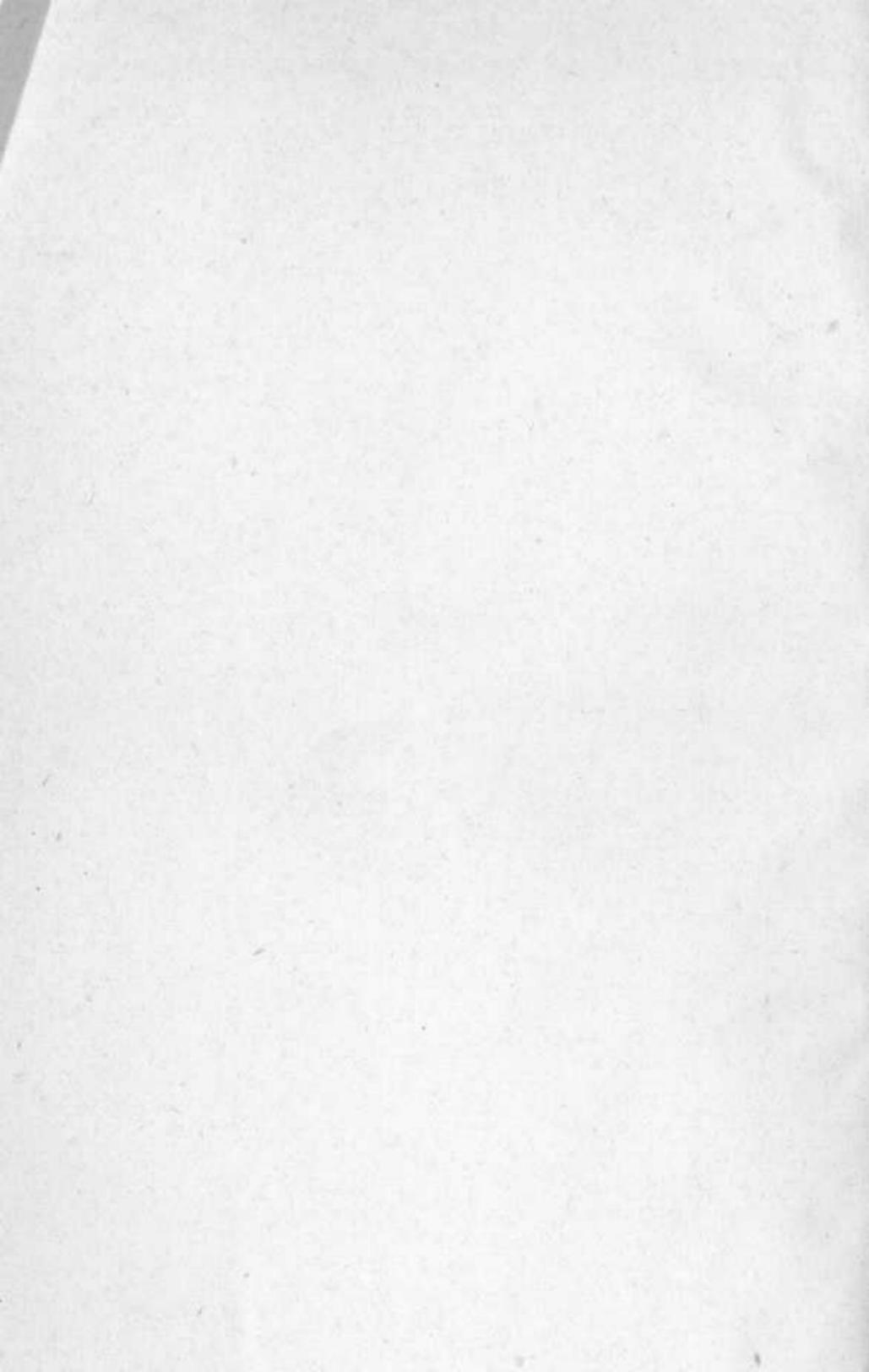
Galdós y Belmonte.....	113
La paz de la aldea.....	117
Algo sobre emigración.....	127
El hospicio del Burgo.....	133
Granados.....	137
Alma de reina.....	141
De mi paso por Londres.....	149
Vergüenzas nacionales.....	157
Unas cuantas verdades.....	163
¡Misterio!.....	171
Un triunvirato simpático....	181
Los cines.....	187
Una cacería en Pinares.....	193
Fornos de noche.....	203
Los buenos y los malos.....	209
Cuestiones electorales.....	215

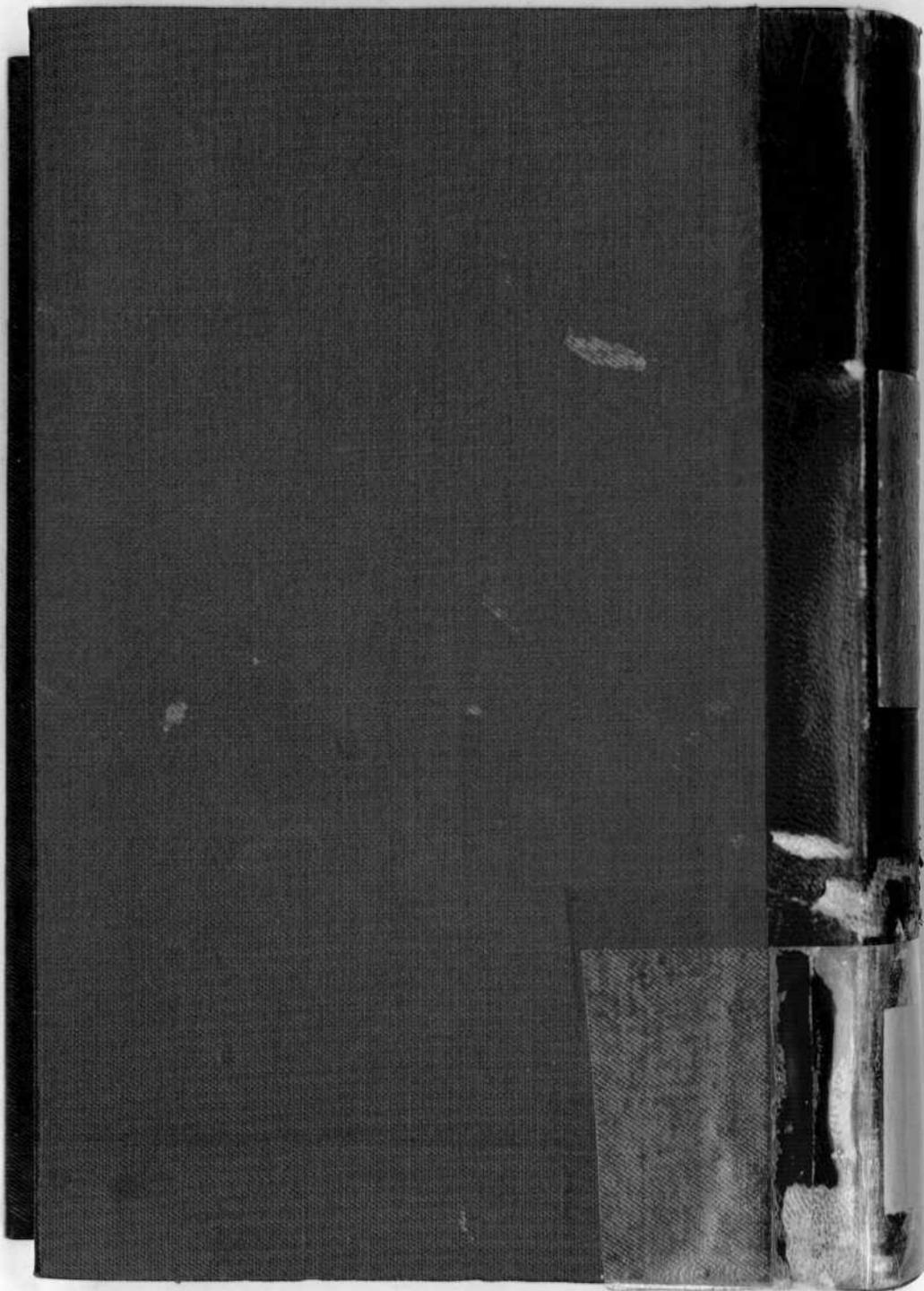
Quince sonetos y otras poesías.

Soria.....	225
Mi terruño.....	227
El cacique actual.....	229
A mi primera novia.....	231
A una belleza andaluza.....	233
Amor de un día.....	235
Ruego.....	237
Decepción.....	239

	<u>Páginas.</u>
Realidad.....	241
Quinto.....	243
La carretera de Pinares.....	245
El primer beso.....	247
Un hogar amigo.....	249
Ella.....	251
Paisaje.....	253
El emigrante.....	255
Capricho.....	265
Nocturno.....	267
La escuela de mi pueblo.....	269
Recuerdos.....	271
Castellanas.....	275
Crepúsculo.....	279
La posada del Rincón.....	282







ARAGON

DE MI
INTRODUCCION
POLITICA
Y LITERARIA

SS
929
ARA
dem